

Bernardo Celis Parra



UNIVERSIDAD  
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO ACADÉMICO

## UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

### Autoridades universitarias

- **Rector**  
Mario Bonucci Rossini
- **Vicerrectora Académica**  
Patricia Rosenzweig Levy
- **Vicerrector Administrativo**  
Manuel Aranguren Rincón
- **Secretario**  
José María Andrés Álvarez

SELLO EDITORIAL  
PUBLICACIONES DEL  
VICERRECTORADO  
ACADÉMICO

- **Presidenta**  
Patricia Rosenzweig Levy
- **Coordinadora**  
Marysela Coromoto Morillo Moreno
- **Consejo editorial**  
Patricia Rosenzweig Levy  
Marysela Coromoto Morillo Moreno  
Marlene Bauste  
María Teresa Celis  
Jonás Arturo Montilva  
Joan Fernando Chipia L.  
María Luisa Lazzaro  
Alix Madrid  
Francisco Griosolía

### COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones del  
Vicerrectorado Académico.  
Consejo de Publicaciones de la  
Universidad de Los Andes.

Los trabajos publicados en esta colección  
han sido rigurosamente seleccionados y  
arbitrados por especialistas en las  
diferentes disciplinas.

### COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones  
Vicerrectorado Académico

**La Grilla. Cuentos y relatos**  
Primera edición digital, 2022

© Universidad de Los Andes Sello  
Editorial Publicaciones del  
Vicerrectorado Académico de la  
Universidad de Los Andes  
© **Bernardo Celis Parra**

Hecho el depósito de ley  
Depósito Legal: ME2022000193

ISBN: 978-980-11-2101-5



**Corrección de estilo:**  
Carlos Perdomo Ramírez

**Diagramación de la obra:**  
Marysela C. Morillo Moreno

**Diseño de portada:**  
Pablo Javier Celis V. / Ilustración:  
Bernardo Celis Parra

**Fundacelis – Mérida**  
Coordinación: Francy Ovalles  
[fundacelismerida@gmail.com](mailto:fundacelismerida@gmail.com)

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES  
DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO  
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Av. 3 Independencia,  
Edificio Central del Rectorado,  
Mérida, Venezuela.  
[publicacionesva@ula.ve](mailto:publicacionesva@ula.ve)  
[publicacionesva@gmail.com](mailto:publicacionesva@gmail.com)

<http://www2.ula.ve/publicacionesacademico>  
<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción total o  
parcial de esta obra sin la  
autorización escrita de los autores y  
editores.**

Editado en la República Bolivariana de  
Venezuela

### COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Esta colección es especial en un sentido antonomástico. Se publican aquí obras cuyo contenido, por la especificidad que contienen, no están sujetas a ser clasificadas en ninguna de nuestras otras colecciones; ya sea porque el tema tratado no es afín a la doctrina de éstas, porque su presentación exige diseños y graficaciones muy particulares, o por ambas razones al mismo tiempo.



UNIVERSIDAD  
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO ACADÉMICO

# LA GRILLA

(CUENTOS Y RELATOS)

BERNARDO CELIS PARRA



---

PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO ACADÉMICO



A: Bernardo Alberto, André,  
Juan Pablo, Marcel, Caterina,  
Gabriella, Marianna, Paola,  
Natalia e Ivanna....

Dedico.



# INDICE

## LA GRILLA (Cuentos y Relatos)

Prólogo .....	ix
Prefacio .....	xv
El Cuento de Mérida .....	1
“La Grilla” .....	15
El Hombre Vaciado en Probeta.....	20
Simona y la Chuya.....	26
Dueños de Lagunas bravas.....	32
Contra Cultura Jipy.....	37
Las Ratas Negras.....	43
“Príncipe”, el Árabe.....	50
Hermann y los Vagabundos.....	57
Los Hombres Animalizados. ....	66
Subculturas: Punks y otros.....	72
El Ojo.....	77
La Brevedad de la Inmortalidad Terrenal.....	82
Asesinos del Agua.....	90

Este Libro contiene “El Cuento de Mérida”  
Escrito por el autor en homenaje a los 450  
años de la ciudad y su gente singular.

.

## PRÓLOGO

Cuando Pablo Celis, hijo del autor de este libro, Dr. Bernardo Celis Parra, me solicitó que escribiera el prólogo de este libro, supe, al aceptarlo, que asumía la responsabilidad de analizar el trabajo de un reconocido intelectual, cuya obra escrita, por conocerla, la catalogamos como un aporte intelectual al razonamiento de convergencia, fundamental en los procesos de inducción.

Generalmente, los que asumen el reto de hacer literatura, considerándola como la praxis más profunda y legítima del quehacer intelectual del hombre, no pueden dejar de escribir cuentos basados en hechos reales o ficticios, que dan vida a un número limitado de protagonistas y con argumentos casi siempre diáfanos, de factible asimilación.

Catorce narraciones conforman “La Grilla”. En ellas hay un profundo sentido educativo. Nos sumergen, con un lenguaje ejemplar, en hechos y conceptos de importancia filosófica, histórica, social, geográfica, biológica, psicológica, política y cultural. Como en toda obra literaria, las narraciones tienen aspectos que les pueden resultar controversiales al lector, lo que del todo es positivo, pues refuerzan la calidad de lo escrito, si es que entendemos que las diferencias son “disputas” que mejoran los conocimientos, fortaleciendo el acervo filosófico.

En las narraciones se dan aspectos que caracterizan la literatura en general. A saber, el carácter totalizador de la experiencia humana y la utilización de una materia desigual y poliédrica, haciendo que el lector se enfrente con contenidos que le pueden resultar opuestos, lo que resulta útil para fortalecer la capacidad crítica.

Es nuestro criterio que Mérida contó con un intelectual trascendente, facultado para representar, encarnar y articular opiniones de la más diversa índole: Ser mensajero de hechos históricos, sociales y políticos; emitir opiniones, ideas y conceptos desechando la censura cercenadora de la libertad de expresión; definir visiones premonitorias, en especial de aspectos públicos y administrativos relacionados con la sustentabilidad del país; y, lo que resulta un elemento compaginador, concebir a la filosofía como la reflexión crítica sobre todas las proposiciones, teniendo en cuenta que **“lo que existe no detiene la existencia, causa por la cual hay que ir mucho más allá de lo evidente”**.

Saber que algunas de las narraciones surgen de situaciones vividas por el autor, nos dice de su capacidad como observador. Efectivamente, fue mucho más allá de “ver” o de “mirar”, pues observar es una técnica consciente que consiste en captar atentamente un fenómeno o un hecho, del cual se toma la información y se registra, para luego proceder a un análisis que permita conocer apropiadamente sus características y cualidades.

En algunas de las narraciones, podríamos decir, un tipo de animal es el protagonista, tal como sucede con los grillos, caballos, cucarachas, ratas y los peces “caribes”, lo que permite confirmar lo aseverado en cuanto a la observación, pues solo mediante esta se puede llegar a descripciones anatómicas, funcionales y formas de vida, que pueden resultarnos asombrosas.

Acatando que una de las máximas para escribir un prólogo es la libertad expresiva y la utilización de criterios propios, optamos por considerar que resultaba conveniente darle al lector, antes de adentrarse en la lectura formal de cada narración, una idea que le permita despertar su interés.

**“LA GRILLA”**: Narración en la cual se aprecia gran admiración por los grillos. Tuvo la oportunidad de observarlos detenidamente y en consecuencia, de describirlos. Comprobó que el del páramo vive entre las hojas de los frailejones. El pasaje más resaltante está dado por la descripción de lo observado al voltear un frailejón podrido, debajo del cual una pareja de grillos se disponía a concretar, después del ritual de sugestión, el juego eterno del acoplamiento amoroso.

**“SIMONA Y LA CHUYA”**: Se trata de dos cucarachas, insectos a los cuales estudio con detenimiento. Las califica como campeonas de la asepsia y poseedoras de características dignas de ser conocidas. Hace la observación de que hombre solo las ha tomado en cuenta para destruirlas, sin saber nada de ellas. Nos da a conocer un insecto que habita de la tierra desde tiempos inmemoriales y que ha sido capaz de sobrevivir a explosiones atómicas. **Implícitamente, nos recuerda que los juicios no pueden basarse en simples apariencias, pues tal aptitud es tener a menos nuestra propia inteligencia, capacitada para objetivar.**

**“LAS RATAS NEGRAS”**: Diserta sobre la epidemia de “peste negra” (bubónica) de 1.384, que acabó con el 33% de la población europea. Dado el papel protagónico de las ratas en el proceso de infección, se describen sus características, su comportamiento y el haber proliferado a sus anchas en un medioevo en el que predominaba la suciedad y la falta de higiene. Se explica el proceso de transmisión: las ratas portadoras de la “Yersinia pestis”, son picadas por las pulgas extrayéndola y luego estas la inoculan en el hombre, generándose una enfermedad mortal

Se detiene a analizar el hecho de que por ignorancia el problema era considerado un castigo de Dios, dada una vida sexual desenfadada, el alcoholismo, la gula y por mantener el paganismo heredado de los romanos.

Paradójicamente se nos señala que la peste repercutió positivamente, ya que por el temor a otra epidemia la gente empezó a cambiar la forma de pensar, dándole paso al Renacimiento. **“Y la iglesia, que estaba obsesionada por el poder terrenal, se volcó de nuevo en la ética, en las viejas reflexiones, a lo que se sumaban las contundencias dogmáticas repotenciadas, por suponer nuevos castigos divinos”.**

**“PRINCIPE, EL ÁRABE”**: “Príncipe” es un caballo del que se resaltan las envolturas de su excelencia. Se suministran datos históricos sobre hechos de guerra en los cuales el noble animal fue determinante. El caballo de la narración no es uno cualquiera, por él corre sangre de la raza árabe, considerada la mejor.

Lo más llamativo de la narración es conocer de los pormenores de la monta de “Príncipe”, en la hembra seleccionada, de nombre “Diva”, con lo que se aseguraba una selecta descendencia. **“Príncipe”, había sembrado vida en el vientre de “Diva” que anhelaba ser madre, y con ello esperar hasta el nacimiento de la cría, para recibir de nuevo a un ansioso semental”.**

**ASESINOS DEL AGUA:** Cuenta que aprendido en el llano todo lo referente al temido depredador que vive en las aguas tropicales de Venezuela: el Caribe. Lo aprecia como una criatura asombrosa y de las más eficientes en la asepsia de las aguas en donde habita. Se describen los pormenores anatómicos, fisiológicos del pez, al igual que su comportamiento. Si bien es un voraz carnicero, también es alimento del “pavón”, su implacable depredador.

**“EL CUENTO DE MÉRIDA”:** Está estructurado como una sucesión de espacios históricos: el exclusivo de los aborígenes, el relacionado con la llegada de los conquistadores y, por último, el establecimiento de la colonia, incluida en ella la fundación de Mérida.

La primera parte narra el tránsito por los caminos parameras de Timotocó y su hijo Timotocá. Se describen las tierras que recorren para intercambiar mercancías con otras tribus. Impacta conocer la enorme cantidad de poblados indígenas y la belleza de las tierras altas, descritas poéticamente. Incluyendo metáforas plenas de emotividad. A lo descriptivo se suman hermosas leyendas, sustento de creencias sobre la naturaleza y la vida humana como hechura divina. ...”*El cóndor había tirado una bolita de oro desde lo alto del cielo cayendo en un farallón. Al encontrarla, los hombres la soplaron y se perdió pegada al cielo y nació la luz y el sol*”.

Se transmite nostalgia al recordar cómo la vida apacible de los aborígenes terminó cuando los blancos entran en sus tierras: “57 con dos patas y 14 con cuatro patas” y los sometieron, dándole inicio a la colonia y al camino seguido para fundar a Mérida en “San Juan de Lagunillas”, luego su refundación en la “Punta” y por último en la meseta, su asiento definitivo

Concluye el autor resaltando que **“La libertad ha sido y es el anhelo y la pasión de Mérida y este es el Apólogo de la gran Sierra Nevada”**.

**“EL HOMBRE VACIADO EN PROBETA”:** Predomina la ficción, ideada de manera tal que induce a reflexionar sobre la miseria humana.

Adonis Narciso, era hombre guapo que ganó el “Mister Universo”. Copia de un padre corrupto, y de abuelos y tíos criminales. Considerado superior, fue impulsado a convertirse en el más grande donante de semen a un centro de estudios de fertilidad. Solo le faltaba para ser aceptado, copia de antecedentes familiares. La madre y su tía, conocedoras de los mismos, consiguieron certificados falsificados. Resuelto el problema, fue aceptado.

Pero la madre se preocupó al conocer una investigación donde se concluía que donaciones no apropiadas podrían determinar problemas graves en la descendencia. Inquieta, le pidió dar a conocer el historial de sus antepasados, pero, en vez de hacerlo, reforzó con alardes su condición de “Gran Donador”. La madre entró en pánico al comprobar que había alcanzado un record impresionante de donaciones.

Al morir Adonis, todos, incluidos los médicos, lo lamentaron. No sabían que con su muerte el mundo se salvaba de un grave peligro. Pero ya había dejado un rastro extenso en miles de personas, posiblemente degeneradas y llenas de crueldad. **Se trata de una lección que da a entender que soslayar lo humano, es darle cabida a la ambición y a la prepotencia, sin importar el efecto en los demás.**

**“DUEÑOS DE LAGUNAS BRAVAS”:** Se considera un aspecto cultural-mitológico, arraigado entre nuestros campesinos: La creencia en hechos sobrenaturales. Pone como ejemplo haber averiguado que las personas de los alrededores de la laguna “La Sabana”,

aseguraban que en ella habitaba una enorme serpiente que ya había devorado niños y era protegida por una hechicera. Lo de la culebra lo asociaban con otra creencia según la cual en las lagunas hay un arco iris humanizado, que infecta a quienes pisen el agua. La narración se enriquece dándonos a conocer aspectos que forman parte del acervo cultural de nuestros campesinos, producto del inconsciente y que no tienen nada que ver con la lógica y la razón.

**“CONTRACULTURA” JIPI:** Movimiento, originado en los Estados Unidos en los años 60. Se define como un proceso social relacionado con el existencialismo, que condujo a la anarquía, al pacifismo, al amor libre, a la lucha por el medio ambiente, su rechazo al materialismo y la adopción de expresiones artísticas innovadoras. Fueron jóvenes que querían **“alcanzar un estado elevado de conciencia, siguiendo las doctrinas del mundo oriental, a lo que se agregaba su posición antibelicista y su desprecio a la mediocridad del consumo”**.

Como contracultura tuvo su impacto social, pues propuso nuevas formas de pensar. Fue positiva por haber sido tomada en cuenta como pauta para analizar y resolver disconformidades sociales.

**HERMANN, LA GARZA Y LOS VAGABUNDOS:** Nace de la conjunción de una aguda capacidad de observación y del análisis crítico de las manifestaciones humanas.

Sus observaciones lo llevan a la conclusión de que nuestros mendigos no pueden ser iguales a los vistos en Nueva York, pues en este los que viven en las calles son casi siempre holgazanes, alcohólicos, drogadictos, en donde la “pobresía” se aleja del sentido que tiene en América Latina.

En sus paseos fijó su atención en un “hombre de la calle”, rubio, alto. Lo intrigo notar que si bien su vestir era pobre, había cierta limpieza, a la par que mantenía terso el espacio en el parque en que moraba.

Aumentó su asombro al verlo un día leyendo un libro, llegando a la conclusión de que en aquel ser privaban razones muy diferentes a las de los demás indigentes, difíciles de desentrañar.

Le llamó la atención que una garza lisiada se acercaba y compartía el espacio de hombre, al igual que un par de perros. En el otoño desapareció para siempre del parque y no volvió a verlo. Se dijo que de encontrarlo de nuevo le preguntaría sobre lo que le gustaba leer y hacer. **Lo intrigaba saber si vivía tristezas y silencios o del recuerdo de alguna mujer que lo hubiera rechazado.**

**HOMBRES ANIMALIZADOS:** En una visita al Louvre, el autor se detuvo para apreciar la exposición “De la fisonomía humana y animal”, del pintor francés Charles Lebrun. Interesado en los retratos de animales con rostros humanos, es decir, de animales - hombres u hombres - animales. Profundiza sobre sus pormenores pictóricos y la respectiva interpretación.

Termina asegurado **“haber apreciado en el senado a muchos “animales-hombres” y a muchos “hombres-animales”, que siendo a veces insustituibles, cambiaron la “verdadera política por la ramplonería”, haciendo pedazos el país.”**

Como colofón, asegura que la obra de Lebrun demuestra “...que el hombre puede animalizarse más sin requerir el auxilio de Darwin y sin perder el lugar humano que el exceso animalizador vigoriza”.

**SUBCULTURAS. “PUNKS” Y OTROS:** Se describen subculturas, inspiradas en el existencialismo, que como tal propugna la libertad y la responsabilidad individual, fenómenos que son independientes de categorías abstractas, ya sean racionales, morales o religiosas.

De los “Punk” asegura que se trató de una rebelión contra el rock industrial de la época, optándose por música inspirada en la protesta, el anarquismo, la autogestión, la lucha contra la religión y por asegurar que no había lugar para los jóvenes, pues todo lo llenaba el comunismo y el materialismo. Fue una subcultura transitoria y superficial. No produjeron nada importante, aunque manifestaban rechazos y adoptaron modas con fines distintivos.

Sobre los “Yupis”, aclara que se trataba de jóvenes urbanos estadounidenses de clase media alta, con talento, logros exitosos e individualistas. Describe su original forma de vestir y otros pormenores bastante definatorios. El objetivo de los “Yupis” era convertir a sus hijos en grandes ejecutivos, pero la corriente social los llevó a “**transitar por un camino hacia la esperanza, la justicia social, la libertad y la política, pareciendo estar decepcionados de la democracia**”.

Se incluyen los llamados “Hell’s Ángel”, clubes de moteros estadounidenses, fundados en 1948, consideradas criminales por la Justicia de los Estados Unidos. Solo persisten en poco número. Se hacen algunas consideraciones sobre los grupos neonazis.

**EL OJO:** Inspirado en los admirables ojos de una hermosa mujer, que le produjeron inquietud a él, a sus amigos y demás clientes de un restaurante, hace una disertación admirable, razonado sobre el liderazgo de los ojos, a los que considera “la primera y la última expresión de la existencia”. Con una riqueza conceptual de carácter filosófico y social, se razona sobre la visión como organizadora de la sociedad y la espiritualidad.

**LA BREVEDAD DE LA INMORTALIDAD TERRENAL:** Es una disertación filosófica compleja sobre la inmortalidad “terrenal” y de cómo la búsqueda de la misma puede envilecer la conducta humana. Es medular la apreciación de que esa inmortalidad se sustenta en la conducta y obra trascendente de hombres que siguen teniendo presencia “viva” aun después de su muerte física, sin discriminar entre un quehacer calificado como positivo y otro calificado como negativo. Ejemplariza considerando la “inmortalidad” de Bolívar, Napoleón, Galileo, XXIII, Lenin, pero también la de Nerón. “**Todo se refiere al logro inmortal de la mortalidad terrena de los hombres.**”

*Eleazar Ontiveros Paolini*



## PREFACIO

‘La Grilla’ título del libro, es la historia de dos grillos parameros andinos.

El cuento milenario ‘El Cuento de Mérida’ que envuelve el período prehispánico de nuestros aborígenes y su acontecer hasta el paso de El Libertador en la campaña admirable, fue un homenaje a la Mérida (Venezuela) amada en sus 450 años de existencia singular y única. ¡El libro lo contiene como un cuento especial!

El resto de los relatos y cuentos son un acopio de tiempo, de nuestro devenir existencial, unos son hechos de la creatividad, y otros sucesos adornados y enriquecidos con agregados de muchos momentos vitales, donde leyendas y región llegan a nuestros recuerdos de niñez, pubertad... cosas de ayer.

Los personajes y los tiempos de esta obra permiten pasearse por la historia, detallar sus actores y el pensamiento que los acompañó, una síntesis del denso proceso cultural que acompaña a la historia de la humanidad. El mestizaje que modeló el culto pueblo merideño en todos sus rincones y detalles, es brillo civilizador que con la Universidad moldeó prodigiosamente el acontecer de Mérida.

*Bernardo Celis Parra, 2014*



## EL CUENTO DE MÉRIDA...

¡La senda Andina es severa! El camino entonces era estrecho y tormentosamente inclinado, se escarpaba haciéndose rocoso y a veces descendía arenoso resbalando. En fatiga continuada se empinaba insistente hacia la altura, llenándose de sudores chorreados que asfixiaban los pulmones, el paraje hermoso y austero empezaba a estar repleto de frailejones altos y pequeños. Timotocó casi reptaba en aquel sendero ocupado por las transpiraciones que mojaban la tierra. Timotocá su joven hijo también lo escalaba siguiéndolo con paciencia, sumisión y muchas pulsaciones. El Páramo estaba todavía muy oscuro y aún no amanecía, la neblina que caminaba lenta junto a ellos era consistente y espesa y escondía las piedras grandes para promover tropezones agresivos que golpeaban piernas; los indios iban pesados, sólo animados ante el anhelo de recibir por sus cargas, mercancías que no poseían y con las cuales vivificarían la calidad de su vida aborígen milenaria.

El oxígeno en tramos era más ausente y mezquino apurando los deseos de agua fresca. Timotocó y Timotocá evadían frailejones tiesos; ambos eran indios andinos prehispánicos. Timotocó era un indio claro, de pelo muy lacio, manos gruesas y callosas y cara lampiña, pertenecía a la tribu de los Timotes, vecinos de los indios Cuicas, escultores especiales de múcuras y dioses en barro cocido bien moldeado y casi negro. Los dos eran altos, con ojos pardo oscuro que se hacían en la claridad marrones, Timotocó imponía al verlo la voluntad y certeza de su conducción. Era viejo, ¿setenta? Pero seguía viril fabricando variados amores a su paso persistente de hombre legendario, acariciaba sueños para prodigar vida nueva en las entrañas de las indias, Timotocó era padre en muchas partes y conocía todos los caminos parameros y las calzadas que los unían junto a los dialectos de su amplia región, estaba atado por su sangre a mohanes y piaches que conformaban su estirpe dominadora, pertenecía a la recia “oligarquía” de los indios Mucus, que conformaba el liderazgo aborígen andino en la vasta nación de los Mucutatuyes a la cual se amalgamaban entre muchas tribus los Timotes, Mucuchíes y Jamuenes.

Muy fatigados despidieron aquella fría madrugada para recibir un amanecer increíble que se hacía transparente en rosados de luz que nacían por todas partes para dar vida a la génesis maravillosa del dios sol de las alturas, vistiendo el páramo con esa primera luz rosa, joven claridad que presagiaba para el día que nacía un cielo muy azul y pulcro sin las nubes ya robadas por el viento.

Los Timotes compartían con muchas tribus una comarca sembrada de montañas y sierras que con arroyos de agua libre y revolcona creaban continuos

parajes de asombro y maravilla y se acompañaban de un milagro: las nieves eternas tropicales, convertidas solo por esto en excepción de vida que fundía en verdades sorprendentes el frío y el calor. Su noble bisabuelo Mucú le había narrado muchas veces que cinco águilas blancas se habían posado sobre los cinco más cimeros picos de la Sierra, de roca acerada, haciéndose en sus cúspides la nieve eterna y petrificada siempre blanca unida a ese bellissimo y singular frío tropical.

Los indios habían salido de Mucurujun el pueblo donde vivían los Timotes, rodeado de cultivos y frailejón. Timotocó y su hijo Timotocá caminaban con veinte indios más, cargados pesadamente todos, iban a comerciar con el rosario de pueblos y caseríos que los esperaban al ir descendiendo desde la altura hacía la tibia laguna de Urao al sur, su destino final: ¡el pueblo de Jamuen!

La primera parada sería en el lugar del frío: Mucuchíes, el más alto de sus pueblos, esterado de excelentes tierras que ellos habían milenariamente limpiado, dando origen a bellísimos cercados de piedra y a los andenes que en productiva escalera permitían el cultivo de los cerros y sabiamente protegían sus tierras de la erosión, creando delicioso cobijo al musgo y a la humedad entre esas piedras recias tan bellamente arrugadas. Mucuchíes era un lugar tenido como sagrado. Estaba muy alto, repleto de aguas diligentes y de lagunas frías, depositadas en las oquedades de su páramo que proyectaban puntos de luces de cristal dados en azules, verdes y ocres que coloreaban el fondo de esos espejos de aguas puras e insondables. Iban todos a esas lagunas a orar y a hacer los sacrificios. Mucuchíes tenía muchas chozas de paja y piedras grandes, sus montañas eran de cortos árboles... sólo los que permitía en brevedades de tamaño aquel intenso frío de la altura tropical. Los Mucuchíes estaban pegados al río Chama, vegas verdes bien sembradas amparaban su vida, ellos eran los líderes del cultivo de la papa andina en sus ricas variedades. Estaban ubicados al pie de Chamarú, las montañas desde donde nace y se escurre humilde, silencioso y transparente el río Chama que sólo se desliza ya arrobador y atropellado en su paso por la mesa de los tatuyes, donde comenzó a esculpir asociado a los siglos su hondo y bello cañón bien labrado y tapado de hojas en sus barrancos; después se volvería inundador y cegador de vidas y de siembras hasta llegar a la ciénaga fecunda de su final que pasa dejando limo en la rica tierra llana muy al sur en el coloso y salobre lago grande de los indios guajiros. Mucuchíes era un lugar sagrado –dijo Timotocó– él conocía a todos los primos Mohanes que allí ejercían su liderazgo político – religioso, ellos los enseñaban a venerar en las alturas, el agua y las piedras gordas (grandes), estas eran la máxima expresión material de lo sagrado. Su Dios grande era Chez, el supremo, que ellos relacionaban con Zuhe –el sol– señor del día y protector de las plantas

y la vida; la Diosa luna era Chia, protectora de las heladas noches andinas, sus grupos de recogimiento y oración estaban en cuevas y lagunas, donde ofrendaban con cacao y una especie de incienso de olor terrible, que producían incinerando hojas de frailejón. Tijuy era su Dios–demonio, al que todos temían. El viento y el trueno poderosos en aquellos páramos tan cercanos al cielo eran profundamente respetados. Reverenciaban una trilogía de aves casi cósmicas que les decían de la vida y de la muerte, por eso cultivaban adhesión al poderoso Kuntur (Cóndor), al águila y en la unión de estos: el zamuro mantenedores de vida limpia en lomas y zanjones.

Después seguirían descendiendo por pueblos y caseríos indígenas, bajando y subiendo los continuos relieves unos duros y otros amorosos a veces, junto a ríos y quebradas, otras sorteando piedras vastas. Verían a los indios Chamas, Escagüeyes y a los Mucurubas y Tabayes, después acamparían por más tiempo en la hermosa y acogedora altiplanicie de los indios Mucutatuyes, los Taítas, los más viejos, aquella meseta<sup>1</sup> era espectacular, respiraba pulcra y hojosa, henchida de vida vegetal en sus zanjones que soportaban un bosque húmedo lleno de musgos, orquídeas y bromelias, estaba frente y entre: la Sierra Nevada con sus imponentes crestas de nieve eterna y al frente de esta la Cordillera de los Conejos, (la Culata) la primera separaba a la meseta del llano infinito y la segunda del inmenso lago de los guajiros, en esos lugares estaban otros indios: los indios del calor y los inestables y trochadores caribes. Aquel altiplano por las vertientes hondas de sus cinco bellos ríos se hizo isla, estaba llena de pobladores indios, eran como todos los Mucus cultivadores del trabajo y escultores de la artesanía. Todo estaba muy poblado. Después Timotocó se iría con sus indios al centro más importante de sus negocios: Jamuen, el pueblo del cacique Zamú su amigo, sangre y protector de Timotocó quien vivía junto a la tibia laguna de Xurao, de delicioso y sano clima tropical, donde encontrarían cosas nuevas y adelantadas a su tiempo, allí existían los indios ricos, los dueños del chimo, el tabaco, y el cacao motor económico de los Mucus, ellos eran los Jamuenes. Con Zamú y sus indios se quedaría Timotocó y su gente largo tiempo, desde allí podrían ir más allá buscando nuevos fríos o calores tropicales, a los lugares de otros indios, cercanos o lejanos, pero otros: los Giros, con sus tribus, los Guaraques, los Canaguaes, los Guaimarales, o más allá los Bailadores que hacían Guazabaras<sup>2</sup> y peleaban bailando, estos cercanos a “los Grita”, que lo hacían con griterío y voces altas para apabullar la voluntad del contendor. Otro día podrían ir mucho más lejos, ya más afuera de sus montañas para buscar sofocos de calor en Acequias y Mucujepe o saber de los belicosos Quiriquires.

---

<sup>1</sup> La Meseta donde se asienta la Ciudad de Mérida en Venezuela.

<sup>2</sup> Guazabaras encuentros de guerra entre los indios.

El oro lo tenían las minas de los Aricaguas en el pueblo de Mucupiche y una gran cultura del agua se la enseñaban los Estanquez que construían los Chimpues (depósitos agua) y los cequiones de los Jamuenes con los cuales habían alcanzado un gran avance agrícola. ¡Caminaban! los indios resollaban mientras el viento helado condensando el poco oxígeno que les llegaba, seguían subiendo y bajando los relieves casi todos ateridos por el intenso frío, entendieron complacidos que Mucuchíes estaba cerca. Después de una noche abierta de cielo limpio y negro que les permitió observar las estrellas que anárquicas saltaban vivaces en el universo lejano y misterioso, vendrían, –lo sabían– una mañana azul de intenso verano sin estorbos nubosos que cubrieran aquel cielo espectacular y transparente que arrojaba la cordillera alta, seguían cercanos al río Chama que los guiaba. Timotocó ordenó detenerse y hacer una parada para calentarse con el cercano sol de la sierra; prepararon Chorote – cacao con agua caliente– para redimir sus fuerzas y animaron su espíritu con chicha muy fermentada, estaban resguardados en el altor de una inmensa roca cuya visera los protegía, robaron por un tiempo espacios al cansancio y despojaron brío y pujanza a lo bebido, la inmensa soledad los acompañaba con chiflones y ventiscas que silbaban ruidosamente en abras cortas y vaguadas. Timotocá tocó la guarura; buscaba gente cercana en los vericuetos y zanjones de los cerros circundantes... nadie respondió aquel llamado, Timotocá y los más jóvenes... pensaron entonces, en la esperanza y pasión amorosa de ver y tocar doncellas en Mistajá y Misintá, lugares soñados del dicitamo real y de las jóvenes indígenas que desnudas y rígidas de carnes paseaban los contornos.

Reposaban en la parada y otros dormían sólo aturdidos por el sosiego, en eso estaban, cuando irrumpió en el silencio libre un grupo de Kuntures<sup>3</sup>, “el señor de los Nevados”; los indios hablaron copiosamente de la leyenda que relataba... a los hombres que buscaron la bolita de oro que un Cóndor había tirado en un farallón, al encontrarla los más ancianos la soplaron y esta se perdió pegada al cielo y nació la luz, el sol, les contó Timotocó. Por esto son “los mensajeros del sol” agregó. Entonces los contemplaron atónitos y en silencio... eran cuatro cóndores que volaban, acompañaban su marcha entre los cerros en vuelos muy elevados impulsados por el viento que mágicamente los sostenía muy altos lo que les permitía flotar allí por horas y horas sin ningún esfuerzo, sólo como sabios y magistrales planeadores, ícaros del viento frío, casi sideral, los cóndores observaron y buscaron largo tiempo sobre los indios acampados la difícil carroña escasa en esos parajes, sólo poblados de osos frontinos, venados y conejos. Los indios estaban distraídos con la maestría de aquel vuelo, cuando Timotocó los despertó, sacudiéndolos de su contemplación, tenían que seguir al

---

<sup>3</sup> Cóndores Andinos, ave solo carroñera limpiadora de Páramo.

pueblo de Mucuchíes antes de que la noche los apurara, habían descansado poco, en el largo camino de tantas horas ya recorridas.

Llegaron tarde a Mucuchíes, se repartieron en el poblado, su pesada carga fue guardada en la amplia choza del gran Mohán Mocaó, donde se alojaron Timotocó y Timotocá. Éste les comunicó lo primero: en esos días de camino y distancias su amigo Mocó había muerto, él lo había depositado acurrucado y con muchas pertenencias personales para darle vida plena en el más allá, ellos asintieron agradecidos, les dijo que ahora reposaba en un hueco de rocas tapado por una gran laja rodada con esfuerzos hasta el sitio escogido. Entonces les sirvió más chicha y les ofreció suridipas<sup>4</sup> muy calentadas, hablaron de guerras y comercio y de verdades trascendentes con Mocaó, quien les alertó después del largo tiempo en el que debían ausentarse, que observaran cerca del camino de salida muchas piedras magnas y blancas, esas son dijo Mocaó a Timotocó y Timotocá, las vírgenes petrificadas que veneramos. Respetaron entonces a las piedras blancas y se hicieron más creyentes de ellas.

Pasaron en Mucuchíes muchos días de descanso y comercio intenso, el trueque les dio acopio para seguir a la Meseta de los Mucutatuyes y después a los Jamuenes de Zamú. Salieron alumbrando el día, el frío los acompañaba, Timotocó aumentó cinco indios a su caravana humana. ¡Caminaron decididos! El sendero ahora más trajinado se hacía camino claro marcándose más su trazo, al bajar aumentaba la vegetación alta, pasaron aldeas y más comunidades indias para finalmente y después de mayores esfuerzos llegar al norte de la mesa de los Mucutatuyes, la altiplanicie era imponente cortada a tajos verticales en sus bordes que hacían acantilados poderosos llenos de árboles que la separaban y singularizaban con cinco ríos lozanos y fríos en sus honduras que la rodeaban haciéndola isla de aguas revolcadas, estaba muy poblada, muchos indios los acompañaron a su llegada hasta el sitio de encuentro de los dos ríos del norte donde después habitaría el gran Murachí, cacique y líder de los Mucutatuyes, llegaron y se desplazaron entre chozas cercanas y apretadamente ubicadas, los Mucujunes vinieron a verlos para preguntarles noticias de los Mucurubas y Tabayes y claro de sus Timotes y Cuicas.

Por días Timotocó y Timotocá compraron y vendieron mantas y muchos otros artículos obtenidos en Mucuchíes, también canjearon papa y semilla de muchos tipos y variedades, dos o tres de ellos portaban quipos que eran cuerdas de fique anudadas utilizadas para contar.

La meseta era lluviosa y de exuberante frondosidad, un día el viejo Timotocó recibió allí la visita de indios Mirripuyes que le trajeron de la Sierra Grande, bloques de hielo que pagaron él y sus indios muy bien, sólo para

---

<sup>4</sup> arepas de maíz

degustarlo y conocerlo por días. Otra noche disfrutaron de una velada donde bebieron chicha fuerte y pudieron contemplar un bello oso frontino grande, domesticado desde oserno por Mocaqueton un indio joven que perseguía águilas y gavilanes para curarles heridas y devolverlos al bosque o la sierra y quien les organizó con los Tatuyes una gran cacería al pie de la Sierra Nevada, allí abundaba la fauna, cazaron muchas palomas, perdices, lapas, lochas, y algún vaquiro. Timotocá sobre esteras de los jamuenes departió amores por horas y horas con Mukagua hija predilecta del cacique Tamanayre jefe del lugar colocado en la filuda punta de la meseta, después fueron el abra de Mucutuyquian<sup>5</sup> donde abundaba la gente y los sembradíos. Partieron de la mesa extraordinaria frente a la Sierra Nevada con buenas ganancias y nueva mercancía hacia su esfuerzo final del viaje: Jamuen junto a la laguna de Xurao. Había pasado ya tiempo desde que Timotocó y sus indios habían partido de Mucurujun el pueblo de los Timotes, tan cercano a la bella laguna de Mucubají al norte de Mucuchíes, los esfuerzos supremos de camino se habían multiplicado pero el resultado era de gran beneficio para todos.

Pronto, al salir de la bella meseta de los Mucutatuyes<sup>6</sup>, los caminos se hicieron menos húmedos, la sequía abrazaba los lugares y el viento continuó secando con premura y escozor al gran cañón del Río Chama, los indios sintieron cambiar los ambientes y sectorizaron más los avances de su esforzado caminar acongojados por la carga, está la llevaban en costales de fique sobre las espaldas que se sujetaban desde la frente con las cuerdas que soportaba aquellos pesos. Llegarían a Jamuén más allá del medio día, –habían adormitado varias veces en chozas del camino indio –un clima más tolerante y sin frío los escoltaba desde la meseta, los rodeaban farallones de piedras sembradas precariamente que se mostraban altas, iban con el río chama a su paso que era fatigoso y lleno de empeño y voluntad, al fin... al llegar a Jamuen, vieron que el cacique Zamú los esperaba, el ambiente de fiesta era alegre para recibirlos, les impresiono el extenso pueblo donde las chozas se multiplicaban como los indios, estaban cercanas y rodeaban a la gran laguna tibia y agradable de Xurao, era totalmente opuesta a la sensación que ofrecía la laguna de la helada Mucubají singularizada en su altura, poder y transparencia.

Llovía. La tarde se hizo agua. El agua caía diáfana soleada y rubia y dejaba ver un sol amarillo que no encandilaba poco. Caminaron desde el río y en esa demora mojada, el sol hizo más el arco iris de detalles increíbles, sólo uno los distrajo, el que marcaba el territorio de colores sobre la laguna grande, allí los recibieron los indios de Zamú con música de flautas, cuando el sol cambio la coloración de charcos y lluvia por la irisación de rojo naranja

---

<sup>5</sup> Lugar de la piedra. La Pedregosa

<sup>6</sup> La Meseta de Mérida

luminoso y animado “de los venados” de esa tarde, la silueta de los montes se hizo entonces intensamente negra y los árboles se dibujaron infinitos y sedientos de la noche. Timotocó y Timotocá acompañados de sus indios se mostraban impactados con los vestidos y batolas lucidos por los Jamuenes, estos los esperaban con túnicas los hombres y chingastes las mujeres en alegría escandalosa de collares que entumecían la luz del arco iris visto. Zamú su líder, se acercó a Timotocó para abrazarlo, una choza alta de paja sin paredes sirvió de refugio para celebrar el deseado encuentro de unos y otros. Temprano, al día siguiente los más jóvenes hablaron de la bella laguna llena de riquezas: la sal de Urao es nuestra primera fortaleza les indicó Zamú y departiendo por horas comerciaron chimo, que era el verdadero poder económico de los jamuenes fueron alabados por Zamú, también su cacao y el tabaco. Los Timotes compraron esteras, cestas y mucho fique pagando con vasijas de barro de los Cuicas y hamacas suyas. Zamú condujo a Timotocó hasta la orilla de la laguna de Xurao para que éste viera la operación de extracción de la sal de Urao –base del chimo–, desde el fondo barroso de aquella laguna. Timotocó los contempló un rato muy largo, eran hábiles nadadores aquellos indígenas de Zamú, se zambullían ligeros en el agua verdosa con una vasija de barro que en instantes sacaban repleta de sal de Xurao. Después Zamú explicó a todos otra ceremonia: ese día debían depositar en las aguas de la laguna un niño recién nacido, como ofrenda para que la laguna no volviera a mudarse en forma de nube por los aires para irse al páramo frío, esto había sucedido varias veces les indicó Zamú a los asombrados Timotes que lo escuchaban atónitos. El niño arrojado a la laguna lloraba intermitentemente, y cayó al agua sumergiéndose para siempre, observado por sus padres bien conscientes del horror que se les entregaba con su sacrificio.

Después de la ceremonia Timotocó pago diferencias con dicitamo real y mantas de Mucuchíes, así paso largo tiempo mientras la chicha, la tristeza y la melancolía musical se hacía presentes con flautas, tambores y maracas tristes. Los Timotes pudieron ver en las casas Jamuenes, los piscos<sup>7</sup> domesticados al igual que paujés y comieron abundante lochas<sup>8</sup>, palomas y perdices obtenidas en una cacería colectiva donde los dardos y flechas de los jamuenes hicieron blanco para agasajar a los visitantes Timotes. El ají era abundante, arvejas y maíz puya llevaron a la mesa espléndida de Zamú, que agasajaba a Timotocó para impresionarlo, relato que la mejor cacería la encontraban en las tierras de los indios Chiguaraes ubicado entre el llano sudoroso y la montaña fría y lluviosa, muy cercana a Jamuen.

---

<sup>7</sup> Pavas de monte

<sup>8</sup> Venado pequeño del frío

Contaron que, en días anteriores, unos cinco indígenas caribes bien armados del pie de monte andino, los Bobures, acompañados de algunos Quiriquires habían atacado a comerciantes Jamuenes incursionando cerca de las tierras de los Mocotíes, para robarles sus mercancías matando a dos de ellos. Los Timotes regresaron bien protegidos a su pueblo tiempo después de una larga temporada.

El tiempo centenario se fue consumiendo.

Muchos años y años habían transcurrido; ya Timotocó había muerto de una gran herida causada por una estaca sucia de camino; su hijo Timotocá envejecido era ya padre de un joven y valiente guerrero llamado Timó; tiempo después, Timotocá también murió a causa de una abigarrada y extraña enfermedad que había diezmado con crueldad al pueblo de los Timotes, Mucurujun y toda la región norte y fría. Timó el nieto de Timotocó e hijo de Timotocá, comerciaba también en la zona y hacia la representación del liderazgo y estirpe de sus abuelos, en uno de sus largos viajes estando por tierras de los Grita primero y después de los Guaraques y Bailadores donde habían llevado un viaje copioso de dicitamo real, hamacas y esteras para el reposo, se enteró con insistencia de verdades que él se resistía a creer, se decía que los indios Capuchos<sup>9</sup> más cercanos a los Chibchas<sup>10</sup>, contaban que hombres muy extraños blancos y barbados que cubrían sus cabezas con gorros de metal, merodeaban su región, unos referían que tenían dos piernas y habían otros por el contrario, que eran muy voluminosos, fuertes y andaban con cuatro piernas; decían portaban largas lanzas con las cuales ensartaban con destreza y maestría el corazón de los indios, traían armas raras, insólitas, jamás vistas por los aborígenes que escupían fuego de muerte y a distancia. Los aborígenes que vivían en senderos y trochas de sierra y montaña, acongojados pensaron que con aquellos hombres narrados había llegado la muerte. Timó escucho cada vez más alarmado por las insistencias de que aquellos hombres buscaban afanadamente oro y torturaban y mataban a los indios para obtener información de cómo conseguirlo. Timó se había unido por mucho tiempo a una bella nieta de Yohama de Jamuén se llamaba Mucutika tenía unas piernas largas y bonitas, un color melao que brillaba al sol y unos senos frondosos que apenas caían solos en plena libertad, la había dejado en Mucurujun el pueblo Timotes, con todos sus demás hijos, uno de los cuales ya hombre, lo acompañaba siempre, se llamaba Timotón y también organizaba giras y contactos en la vasta región de los Mucus.

Paso un tiempo y los rumores insistían ubicando a aquel hombre blanco y barbado de cuatro patas y gran corpulencia más cercanos, lo que angustiaba a

---

<sup>9</sup> Nombre indio a los encuentros de guerra.

<sup>10</sup> Indios Capachos. Estado Táchira.

Timó y su hijo Timotón. Veían a los blancos más reales y posibles, muchos indios Grita los habían observado desde lejos y confirmaban lo dicho por los Capuchos y Bailadores ya con obstinación y seguridad.

Un día cualquiera, inesperado, a pesar de la inquietante espera, el hombre blanco apareció en sus trochas y caminos, venía acompañado de otros indios más lejanos, que ellos poco conocían, estos aborígenes lejanos los habían guiado por el camino grande. El rumor se hizo entonces grito de guerra, vendrían las guazabaras<sup>11</sup> pensó Timó y alerta con más pasión a su hijo Timotocón y su mujer Mucutika comunicándolo a todo el resto de sus numerosos hijos y a los aborígenes del Páramo alto de Chamarú. Estaban en el pueblo de los Timotes reunidos con indios Mucuchíes y Mucutatuyes y el cacique Jaruma cuando llegaron tres indios de Los Bailadores venían muy excitados y fatigados narraban que los indios Cigaras les habían enterado de que el blanco estaba por sus lados y ya había hecho guazabaras con ellos y con los Capuchos, los Táribas y los Guásimos estos los habían enfrentado llenándose de muerte. Los aborígenes Bailadores informaron también que venían más o menos 71 hombres blancos: 57 con dos patas y unos 14 de cuatro patas y traían unos animales extraños y grandes con grandes cachos en su frente relatando que el paso de los blancos había dejado una rara enfermedad que cubría el cuerpo de granos redondos pustulosos y negros que marcaban y traían la muerte.

No había pasado mucho tiempo cuando otra delegación de los indios Estanquez enteró más a los Timotes y los Mucuchíes de que ya habían guerreado en Bailadores, entonces Timó y Timotocón se prepararon para partir de Mucurujun, reunieron unos 35 indios para ir hasta donde estaba el nieto de Zamú pensó Timó. Partieron una madrugada de silencios y angustias, hacia la mesa de los Mucutatuyes donde se les unió Murachí y Jaruma con otro grupo, todos muy recelosos y bien armados tomaron rumbo a Jamuen.

Desde la tierra de Los Grita los españoles vinieron un día claro una cordillera, era la Sierra Nevada, a partir de aquella mañana ya no cesarían en su voluntad de llegar hasta allá para conquistarla.

Ya en Jamuén, Timó se reunió con el nieto de Zamú y Murachí, Jaruma y otros caciques vecinos, estaban divididos: los Jamuenes querían recibir a los extraños en paz; pero a la hostilidad de los Bailadores se le unió la voluntad rebelde de los guerreros Timotes y Guaruries (Estanquez) y los Mucuchíes y Mucutatuyes querían mantenerse en observación. Así el nieto de Zamú y los otros aborígenes de Jamuen resolvieron esperar en paz al español allí y enseñarles lo que eran y producían, Murachí, y Jaruma con Timó y su hijo Timotón junto a los Timotes venidos con ellos resolvieron unirse con los

---

<sup>11</sup> Indios de la Sabana de Cundinamarca (Colombia)

Guaruries que también los enfrentarían y organizaban una guazábara para recibir al español, partieron a buscarlos para enfrentarlos a su llegada por las trochas indias cercanas al río.

Las noticias entre los nativos andinos corrían de norte a sur del Río Chama, trepaba las abras y laderas con la velocidad del fuego en la maleza de los sequerales, el terror tomó a muchos indígenas que se adentraron temerosos en las montañas, otros buscaron distancias y otros la guerra en las orillas de quebradas y torrentes y en las fuentes lejanas de oxigenados manantiales, nació una congoja general: había empezado desde la lejanía perdida y oscura de su génesis y germen, algo totalmente nuevo, la conquista de su tierra amada por unos hombres extraños que jamás habían pensado ellos que existieran, menos aun con cuatro patas... y armas con bocas que esculpían un mortal fuego.

Guazábara continuas acompañaron al capitán fundador y a los españoles en las adyacencias de pueblos y caseríos, los hombres blancos sufrieron bajas y se hicieron prudentes en su avance por lo desconocido, muchas trochas y rastros de paso los confundían y los escarpados que en los andes áridos o parameros se multiplican, los hacían vulnerables a la vista, a la guerra y al terror.

Los aborígenes comprometidos decidieron salir al encuentro de los barbados forasteros que llegaban. Todos presagiaban buena suerte pues habían visto la noche anterior el bello y continuo resplandor del relámpago milagroso del lago de los goajiros<sup>12</sup>. Murachí, Jaruma, Timó y Timotocón marchaban primeros, iban bien equipados: macanas, algunas lanzas y muchos dardos para las cerbatanas, bien quemados en sus filudas puntas y untados de sustancias para dormir al enemigo, algo diferente a otros aborígenes Caribes que le ponían veneno de curare para matarlo. Llevaban muchos arcos y flechas y una guarura blanca y bonita que entregaron a Timotón para operarla. Su provisión para comer era curos<sup>13</sup> muy maduros y algo de apio y cambures cocidos.

Bajaron caminando rápido hacia el lugar de los Guaruries que les esperaban –los Guaruries resultaron ser Los Estanquez nombre que les impuso el español al ver sus chimpues que así llamaban sus muchos depósitos de agua–. Los indios iban fatigados pero hablachentos y alegres, los temerosos eran los menos, entraba una tarde que presagiaba lluvia larga de nubes negras, cuando se encontraron a los Guaruries que venían con su chaman al frente, hablaron largo y después se subieron a una cresta cercana del cerro dominador del camino que miraban al Río Chama, que estaba muy abajo; Murachí y Timó se ubicaron en un pináculo para observar. Unas horas pasaron y los indígenas al fin divisaron a los primeros castellanos, era una avanzada de unos doce, estos venían a pie, Timó propuso esperar a que se asomaran más hombres, aquel

---

<sup>12</sup> Relámpago del Catatumbo

<sup>13</sup> Aguacate

camino era de travesía, con pequeñas subidas, pasado el tiempo terminó la paciencia aborígen, ya ocupaban el camino unos 50 españoles, los indios alarmados singularizaron en algunos de ellos a los hombres de “cuatro patas”, entonces los indios vocearon con alboroto, gritaban anárquicamente amenazándolos desde arriba a la vez que hacían rodar muchas piedras grandes, las tenían reunidas en su sitio de guazábara y las empujaban por las pendientes, estas alcanzaron a varios de los hombres del fundador capitán Juan I que se adornaba y distinguía entre todos por una capa roja. Los españoles respondieron desde su incómoda posición cercana al río y subieron a mitad de la ladera, disparando sus arcabuces, los indios aterrorizados ante el ruido sonoro de la pólvora acompañada de heridos y muertos inmediatos, decidieron retroceder hacia el monte para protegerse mientras los españoles seguían arcabuceando, entonces los indios se escondieron huyendo por la maleza falda arriba y aceptaron la idea de conservar la vida...

Los españoles decididos siguieron encaminados hacia la laguna de Xurao iban guiados por el camino ancho y las chozas distantes o cercanas que enseñaban la entrada a Jamuen, el capitán comentó que era tan extensa la población que “parecía una Roma pajiza”, llegaron más allá, al norte y acamparon en un lugar que llamaron El Realejo en San Juan de Lagunillas, después de descansar el capitán Juan I fundó una ciudad, era un 9 de Octubre era el año de 1558, le dio el nombre de Mérida similar a su ciudad en España, en Bogotá la llamarían “Ranchería de las Nieves”. Los indios rebeldes los hostilizaban diariamente con guazábaras repentinas, un día lanzando piedras, otros cortándoles el agua del cequión que permitía allí la vida española.

Los conquistadores paseaban el derredor, querían conocer todo y muchas veces apremiados por el fuego interno intentaban llegar a las jóvenes indias que los miraban desde lejos insinuando favores. Inseguros mudaron la ciudad más arriba en la tierra del Cacique Tamanayre sitio que después se llamó Santiago de la Punta estaba ubicada en la propia punta filuda y bien cortada, al sur de la amplia y plana meseta merideña, tampoco allí les agrado el lugar y la ciudad nueva fue mudada otra vez por otro conquistador llegado después de Juan I el de la capa roja, fue el capitán Juan II quien también trajo hombres y caballos desde Pamplona y Trujillo, así Mérida tuvo dos españoles fundadores: el original y un cofundador después, Juan de Maldonado esto multiplicó en poco tiempo a los blancos que poblaron la bella altiplanicie frente a la imponente Sierra Nevada. Había nacido Santiago de los Caballeros de Mérida, la ciudad de la nieve entre dos sierras, con muchos españoles y caballos, por esto con un gran potencial para el enfrentamiento y la violencia reciproca que perduro en los siglos y para acometer –como sucedió– desde allí la fundación de otras importantes ciudades de la Sierra, su pie de monte y sus alrededores.

Más que los demás los Mucuchíes, al saber de la ocupación de los españoles mostraron su contrariedad yéndose a los páramos lejanos haciendo esa resistencia su manera de protestar con el silencio.

Muchos indios se integraron al proceso de conquista estimulando así el siguiente proceso: la colonia, las encomiendas dieron piso a ese proceso conquistador envolviendo al indio en su acontecer y producción. Las indias preñadas iniciaron su densa europeización de su vientre que forjó un extenso, productivo y bello mestizaje. Mérida fue una de las ciudades de mayor desarrollo cultural, se construyeron pronto iglesias la primera pajosa y de una sola torre que después sería su gran catedral, se construyó frente a una gran plaza<sup>14</sup> que hizo de centro de reunión y mercado por siglos. El desarrollo se expandió, nacieron parroquias: Milla, El Llano, El Cementerio y en su centro el Sagrario y se repartieron tierras entre los fundadores, naciendo más enfrentamientos y rivalidades de poder y riquezas, entre gavirias y cerradas...

Muere Murachí y la bella princesa viuda Tibisay deseada por muchos también muere al huir de Juan de Milla, batallador e insipiente empresario que creo hornos para cocinar arcilla, entre los ríos ahora bautizados como Milla y Albarregas. Las órdenes religiosas con inclinaciones culturales aparecen como hongos en la singular ciudad serrana que nacía: los Dominicos; los Franciscanos; la orden de Santa Clara; Los Agustinos y los Jesuitas con un colegio que implanto su hegemonía por 139 años, fueron estos últimos, precursores de la universidad y la educación superior que consolido siglos después con un seminario convertido en la Universidad. Mérida aprendió pronto a leer y a escribir y a pegarse como la hiedra a un proceso de cultura. El cristianismo consolido valores y creencias acompañados de un profundo proceso cultural entregado a través de los obispos merideños apoyados en las órdenes religiosas que ocuparon densamente la ciudad que prontamente hizo posible el nacimiento de una gran Universidad, nacida de un Seminario, en 1785, apuntalado en la presencia en 1628 de aquel Colegio Javier de los Jesuitas, Universidad que nació después de ellos, fundada por un fraile visionario y hombre de la excelencia: Fray Juan Ramos de Lora –compañero del civilizador Fray Junipero de California– pionero trascendente de lo que sería una gran ciudad rebotante de academia líder ilustrado del país que nacía, haciendo multiplicar el paso cultural de Mérida hacia la luz, la ilustración y el humanismo, como tierra de privilegios y excelencias geográficas.

Los españoles hombres muy solos a su llegada se integraron más pronto a un profundo proceso de mestizaje que multiplicaría el amalgamado por España ¡ocupada por los Moros durante 800 años! Así nacieron miles y miles

---

<sup>14</sup> Hoy: Plaza Bolívar de Mérida

de hijos mestizos que se integraron en aquel proceso evolutivo iniciado, cuyo norte y esfuerzo se encaminó siempre hacia la libertad, la igualdad, la cultura y el amor por la naturaleza todos amparados religiosamente.

Timó era chozno, había muerto por heridas en guazabaras ya remotas, también su hijo Timotocón murió muy viejo víctima de fiebres raras y novedosas traídas por los conquistadores, este había dejado una extensa descendencia cuyo líder era ahora Timojosé hijo de conquistador y una india Mucuchíes de la estirpe legendaria y lejana de Timotocó su chozno.

Timojosé vivía en la meseta de los Mucutatuyes ahora ciudad de los caballeros de Mérida, en la calle que conducía al cementerio cuando Gavirias, Cerradas y Maldonados rivales irreconciliables en los siglos, promovían continuos enfrentamientos políticos, sociales y económicos; estos debieron reclutar gente para ir a la defensa del Puerto de Gibraltar, el Puerto de Mérida, por donde recibía sus importaciones y la ciudad exportaba bizcochos, jamones y trigo. Los piratas habían ido a saquear aquel puerto, Mérida y su gente lo defendió con éxito. Después les tocó ir a Barquisimeto para detener al célebre tirano Aguirre, Timojosé fue héroe de esa jornada inmortalizando su nombre de guerrero y trayendo como trofeo una mano del tirano y el pendón de muerte que este portaba, Timojosé asistía al conquistador García de Gavia que era el caudillo de la ciudad Serrana.

Doscientos cincuenta años consolidaron la profunda mezcla de aquel mestizaje excepcional de indios y blancos, aborígenes y europeos integrados plasmaron un proceso civilizador indiscutible y poderoso, ¡que creo una nueva raza cuya mejor expresión de excelencia y calidad son sus bellas mujeres y sus recios hombres amantes de la libertad!

Timojosé había muerto y sus numerosos descendientes pululaban, a la cabeza de los cuales estaba ahora el mestizo Juan Timotes joven estudiante de letras quien analizaba con los suyos su linaje llegado de la estirpe de los Timotes y Mucuchíes y ahora de españoles: Esa tertulia se desarrollaba con la numerosa familia que ocupaba integrada a la ciudad cuando José Gavia Cerrada llegó para anunciar el rumor ya noticia de que Simón se dirigía a Mérida desde la Grita, venía buscando oxígeno vital, militar y de guerra, precariamente, casi solo, “–soy un hijo de la infeliz Caracas” gritaba para que le conocieran venía sin armas ni dinero, ni fama, ni hombres y por ello habría una importante reunión en casa de los notables que organizaba Don Ignacio de Rivas y el gran prócer Antonio Ignacio Rodríguez Picón.

¡Simón llegó! Fue aclamado como Libertador pensó en una guerra a muerte para crear la idea de independencia desechando la de una guerra civil, conseja del rey para apagar el fuego nacionalista. Bolívar aclamado por todos,

recogió recursos de generosidad y el indio Mucuchíes Tinjacá, le ofreció un bello perro blanco después fue muerto con él en Carabobo.

Juan Timotes y sus medio hermanos menores José Zamú y Santiago Canaguá en días, más bien en horas, se vieron integrando en el gran ejército libertador que nació en Mérida y derrotó a los españoles llegando vencedor a Caracas; se materializó así la marcha con Bolívar de 400 Mucuchíes que formaron aquella fuerza nacida en la meseta, la crema de la juventud mantuana y mestiza merideña: Dávilas, Picón, Rangel, Paredes, Uzcátegui, Cerradas, Rivas y Briceño con muchos curas y Campo Elías, se fueron con El Libertador, ellos comandarían con generosidad y desprendimiento, –mutilado alguno–, aquella proeza no repetidas de excelencia de la Campaña Admirable de 1813. Todos caminaron una mañana fría trepando el páramo, como sus choznos. Juan Timotes y sus hermanos “sudaron nuevamente montañas”, llegando primeros, precariamente armados y mal dotados para la guerra, Niquitao fue la batalla de gloria donde enfrentaron un ejército europeo bien educado y armado: los cuatrocientos Mucuchíes agresivos y llenos de amor a su suelo enfrentaron la pólvora con cargas no de bayoneta –que no poseían– sino con cargas de machete y voluntad de hierro, venciendo al poderoso y entrenado ejército español. Simón Bolívar en acto solemne recibió los cadáveres de los mantuanos y Mucuchíes combatientes muertos, el primero era el de Juan Timotes legendario hijo de mantuanos e indios valientes que hicieron la gloriosa independencia de Venezuela. El camino irrenunciable de la Libertad había sido abierto y marcado su surco en Mérida y desde Mérida, en la comarca de los Timotes, los Mucuchíes y los Jamuenes por ello es impensable vivir sin ella... todos lo aprendimos para siempre... La libertad ha sido y es el anhelo y la pasión de Mérida y este es el Apólogo de la gran Sierra Nevada...

Es el cuento hermoso que ató en largos proceso de Academia la paciencia erudita del gran merideño, Tulio Febres Cordero, tejedor de verdades que sucedieron y ha dado dimensión a la excepcional ciudad venezolana en milenios de cosas especiales y 450 años de cultura trascendentes.

## “LA GRILLA”

He señalado antes, que mis simpatías vitales por los insectos abundan. Así, cultivé el conocimiento de algunos y traté sin mayores éxitos, en abstracciones fugaces, de pintarlos. Repito que son para mí el símbolo de la vida y la muerte, del principio y del final que atrapa como verdad incuestionable la paciencia del hombre. La rapidez con que transcurre este acontecer es realmente prodigiosa, los insectos son una masa de vida y/o una aglomeración de muerte: esa maravillosa dualidad, instantánea, contradictoria, se mantiene en armonía con su individualidad y vivificadora existencia que se multiplica.

El lapso vital de los grillos es corto, pero su reproducción y fertilidad los hace eternos e inagotables, simbolizando así el nacimiento y la mortalidad, la vida y la muerte, casi en un mismo instante. Desde la Biblia ya en Egipto o Babilonia, ocuparon templos y ocasionaban creencias y ausencias, representaron plagas, generaron amores y cambios en el hombre en cuyo acontecer han estado presentes siempre. Los grillos nos han acompañado, pues, en los milenios.

Generalmente, son verdes o llevan un mimetismo pardo y son tan numerosas sus especies y formas de presentación que fabrican las mitologías y curiosidades que los acompañan en colores y formas de trasladarse, que acortan sus vigorosos y sorpresivos saltos alcanzando trechos increíbles que los hacen tomar ventaja en la huida o en el regreso acompañado de belleza.

Los grillos del frío paramero, son de una vitalidad y un vigor increíbles. Su calor, confunde la neblina fría que rodea el intenso acontecer de su hábitat. Una tarde de páramo mojado que disfruté en exceso entre los grillos del páramo andino<sup>15</sup> singularicé una grilla que me dejó maravillado: era de ojotes inmensos, su cuerpo y alas acosaban una perfectibilidad refulgente que jamás volví a olvidar. Era radiante y seductora; ¡la recuerdo siempre!

Lejanamente ya en el tiempo, fui asiduo pescador de truchas y frecuente visitante de la montaña andina; el pescador allí se hace solitario, contemplativo y curioso de su derredor. En el páramo, el mutismo acompaña al visitante, por eso la actividad del pescador del frío nevado suramericano es diferente y opuesta a la del pescador tropical del mar o al pescador llanero, amazónico o del Caribe.

Los grillos en su variedad acopian una diversidad intensa que va de la rudeza cruda y áspera de la langosta a la sensibilidad y belleza de ese grillo de

---

<sup>15</sup> Lugar situado a unos 3.200 metros o más s/n/m, en los Andes merideños de Venezuela.

colores paramero, tan diferentes al grillo chillón escandaloso, devorador y destructor de las noches de sueño por él desmantelado con su ulular persistente.

En el páramo andino de Mérida, entre las hojas del frailejón,<sup>16</sup> esa planta *sui generis* cubierta de una suave pelusa que recuerda la delicia al tacto del cachemir, vive un huésped sensacional: el grillo paramero de intensos colores. Se acerca a una joya, fantasía de brillo intenso, troquelada con cristales venecianos de radiantes colores que semejan un broche de diminutas piedras preciosas y diamantes que le dan luz por todas partes. En aquellas hojas de algodón, ellos encuentran la suavidad y humedad requerida para una activa vida de calores, el alimento diario los forma vigorosamente fuertes en el centro de un frío que congela. Su hábitat está allí, y desde las hojas salen a las gramíneas que rodean aquellas plantas. En esas gramíneas que son tensas y rígidas, que ellos circundan y trepan animadamente con prodigiosa destreza y agilidad saltando en ejercicio de su privilegio cuando estas pajas pretenden detenerlos en su pertinaz recorrido diario que acompaña al sol.

Sus hembras son más austeras en color, pero robustas, hermosas y grandes, más entalladas y delgadas, potencian en animación y vigor su presencia activa; y son más numerosas, lo que facilita al hermoso macho el ejercer como tesonero y reiterado polígamo, estimulado por la madre naturaleza.

De cualquier forma, ambos: grillos y grillas, son alimento succulento y abundante de un pajarote feo con ojos rodeados de amarillo, grande y sin mayor gracia que los devora impunemente recorriendo el páramo en este fácil oficio recaudador de muerte. También las truchas forasteras, dan cátedra magistral de pesca a la mosca, cuando los bellos grillos en mañanas y tardes saltan y caen involuntariamente en el agua de las lagunas o de los torrentes llenos de oxígeno y de vida para perderse en las bocas trucheras.

Este bello espectáculo vital, sólo puede ser percibido por un aburrido pescador de truchas; el campesino lugareño no lo observa tal vez por los apuros de llegar con su carga, o pleno de tareas en las áreas donde su arado y sus dedos de grietas ennegrecidas engendran la papa suramericana.

Aquellos grillos de colores tropicales forman colonias en el fondo de las humedades, debajo de la hojarasca aguosa o húmedas que al levantarla desguarnece su actividad, y les hace desaparecer por decenas en segundos y a increíbles velocidades, haciéndose más intensa y tangible a las soledades de su lugar.

Pasé largos ratos admirando su forma y su foresta escasa, pero consecuente con su sistemático existir. Siempre en algún momento de las repetidas visitas, movía hojas y hojarasca buscando a mis admirados amigos

---

<sup>16</sup> Planta originaria del páramo andino que vive sobre los 3000 m/s/n/m y muere al descender de esa altura.

que tanto me enseñaron de la vida y de la muerte, de la abundancia y escasez, de la consecuente mortalidad y del amor llegado o por llegar. Había entrado en convivencia con las colonias de aquellos grillos singulares, no sé si había aprendido algo de ellos o la experiencia reiterada de buscarlos habitualmente en sus lugares me había concedido una facultad de observación que, por supuesto, desconocía. Lo cierto es que empecé a encontrarlos más a menudo, logrando que no huyeran, se quedaban activos en sus áreas, serenos, ausentes de mi abusiva curiosidad. Los observaba siempre apurados, muy pocas veces sosegados o quietos. Su tacto –me enteré–, está en sus patas, una aguja repleta de vellos que frotaban en sus momentos de amor o para percibir alimentos. El olfato reside en las largas antenas que cruzan amorosamente en sus encuentros vitales. El gusto está en sus *palpos*, sensibilidades adyacentes a su boca. Pero lo más singular y extraordinario es su sentido del oído, sus tímpanos están ubicados en sus patas delanteras. Como invertebrados que son, a su cuerpo no lo soporta una osamenta, sino que se sostiene con la rigidez de la coraza exterior que los arma y donde esos hermosos colores están mágicamente distribuidos.

Los vi de alas cortas como chalecos de frac, que enseñaban su cuerpo de gusano y aprendí que éstos eran los más jóvenes. Otros, más toscos y varoniles de gruesas y vigorosas alas protectoras y con un brillante colorido, más subido, parecían más vívidos y mejor alimentados; se diferenciaban, pues al percibirse más reposados y de colores más firmes, estos eran los machos adultos de colores.

Sus actividades bajo en el humus eran intensas; se perdían en hendidias y entre hojas para aparecer más allá. Saltaban y caminaban, surgían y desaparecían de mi vista por vericuetos vegetales armados en laberintos; otros comían distraídamente sujetando con sus patas delanteras pétalos o gramas muy verdes y tiernas.

Lo cierto fue que me hicieron adicto y subordinado para observarlos en cada oportunidad de visitar la altura, cuando la impaciencia me obliga a abandonar mi actividad de pescador ocasional para mirarlos con voluntad de “biólogo” paciente.

Una tarde húmeda y fría que había seguido a una mañana de intenso sol que allí abrasa más por estar más cercano, el páramo soplaba muy lentamente su neblina haciendo más visibles los parajes; el frío parecía acercarse con rapidez ayudado por el viento lento; ya pasaba la mitad de la tarde y al voltear un grueso y pesado frailejón podrido, cuya raíz había dejado una sensual oquedad que penetraba el suelo, pude ver a una pareja de grillos que se destacaba y sobresalía con facilidad entre todos los demás. Estaban anímicamente distantes de todos los que caminaban, se movían y comían cerca de ellos sin poder perturbarlos o restarles la concentración que ellos se

otorgaban abusivamente. La bella oquedad descubierta tenía el dinamismo poblacional de una acuciosa urbe activa. La grilla “ojotes” era suave pero deliciosamente agresiva. El grillo, pomposo, tenía mucha espuma en su boca; se movía nerviosamente frotando sus largas patas traseras para prodigar un extraño sonido que parecía salido de otro lugar, todo un ventrílocuo amoroso, en la inmensidad de aquel silencio aplastante. Era vigoroso, no sé si por su excelente estado físico o por el reto de la grilla, pero resplandecía en sus colores y mantenía intensos sus movimientos. Sus patas largas eran de variados tonos verdes; sus alas protectoras, de un negro brillante con puntos rojizos y bordes fucsia; la cabeza era maravillosa y fuerte. Su cuerpo se adornaba con un naranja pálido y tímido. El viejo grillo se comportaba sensacional, sus colores atropellaban a los grises y pardos del páramo neblinoso huérfano de color en esas horas. Era asombroso, no había visto otro igual con ese inusual poder y alegría aquella grilla lo hacía brillar. Saltaba y caminaba empujando a la grilla que permanecía segura en una provocativa docilidad. ¡Una grilla imperial! Bellísima, no sólo por sus colores más ausentes, sino por lo vivificante de su vistosa conducta. Se proyectaba recia, poseedora de una energía interna que le permitía incesantemente saltar y retozar amorosamente retando al macho. Hacían una pareja única, no sólo para mí que era observador persistente de ese escenario, sino para quienes atónitos me acompañaban en aquella recordada tarde de neblinas, frío y humedad.

La grilla tenía unos inmensos y redondos ojos, que ocupaban abusivamente su cabeza alegre dejando entre ellos un espacio interminable de frente repleta de vigores y colorido distribuidos con surcos o venas hinchadas; coloreada en marrones, ocres y café con leche rosado, como todas las hembras, sólo que ella brillaba más y se distinguía del colectivo. En mis múltiples visitas, jamás vi una grilla igual; sus patas eran robustas y densamente gruesas, una armonía total la acompañaba, insistí observándola. Bailaba acercándose al macho y cuando éste respondía asediándola, saltaba suavemente hacia atrás alejándose unos centímetros de él, pero con deseos visibles de no querer hacerlo, confundiendo al grillo con esta persistente coquetería, en medio de los demás grillos que ocupaba la complaciente oquedad.

El silencio de todos se intensificó. El grillo de colores roza sus antenas, con prodigiosa habilidad para tomarla. La grilla, en deliciosos aleteos, corría tan despacio como era necesario para que aquel grillo crecido e impetuoso la pudiera alcanzar. El privilegio de aquella observación nos impregnó. Deploré no contar con una cámara fotográfica para perennizar la escena incomparable, con aquellos seres y movimientos singulares.

En el momento menos esperado, el demorado juego se consumió: el grillo la penetró y cabalgó para empalmarse con la hermosa grilla, y nuestra fiesta

terminó. Al movernos para comentar la curiosidad observada, el grillo se escondió, la comunidad de grillos de la oquedad se perdió también; la grilla, sobradamente altiva y poderosa, permaneció unos segundos en el lugar y luego, con paso de gran señora, se perdió para siempre entre las hojas dejándome el recuerdo... de jamás olvidarla.

Jamás volví a observar aquella pareja a pesar de mis constantes visitas a aquel frailejón podrido que había colocado en su sitio al terminar la tarde, dejando atrás el lugar mágico y de sueños como lo había conseguido.

Pasaron los años. Vi repetir el espectáculo para mí asombroso, incomparable, tal vez con más actores, pero jamás volví a ver el entusiasmo y el colorido de aquel grillo veterano y ostentoso que su joven compañera esculpíó tan vanidoso; tampoco a “ojotes” la grilla espléndida que se escondió en la tarde... y para siempre.

Un excelente amigo, mago de la fotografía, años después me facilitó hermosas fotos que después incluí en alguna publicación mía. En ella, grillos de colores copulaban; confieso, con tristeza, que nuestro privilegio de aquella ya lejana y fría tarde, no se repitió. La grilla ojona no regresó más, y así alimento más, mi nostalgia por no verla.

Alguna vez he vuelto a visitar sus anhelados lugares, los grillos de colores fantásticos, valientes habitantes de ese frío tropical colosal, viven afanosamente su diario recital de vida y muerte, son parte fundamental de la cadena ecológica del páramo y también estandarte legítimo de la vida, el color, del calor y del amor que acompaña la mortalidad de los seres terrenales.

Siempre recuerdo aquella grilla espectacular que me enseñó lecciones de amor y vida; fue un privilegio sentir la intensidad de su reciedumbre y destreza que tanto admiro ahora cuando los recuerdos se amontonan envueltos en añoranzas del tiempo ido que no regresará para vivirlo.

## EL HOMBRE VACIADO EN PROBETA

La tarde se dibujaba larga, por eso el *gin-tonic* se despachaba en sorbos de mucha distancia y lentitud. Había pasado un tiempo desde que Adonis Narciso ejercía su profesión de intenso burgués y rentista, ésta le permitía excelentes paseos por el mundo y frecuentes comilonas con amigos y amigas en sus bellas casas de la playa y la ciudad. Su físico, más por el fenotipo que por el cerebro, le había permitido esa vida de ingresos cuantiosos y obstinados, sin haber puesto un solo esfuerzo diferente al de sus genes y al de haberse encerrado en la placenta de su bella madre durante nueve meses. Los embriones hicieron lo demás.

Adonis Narciso estaba solo desde que los dos únicos seres adheridos a él por la sangre habían desaparecido del mundo de los vivos: su madre y su tía. No había conocido a su apuesto padre, pero sabía de sus historias y la de sus dos “bien parecidos” abuelos como si los hubiera vivido: tal era la vehemencia insistente de su agitada madre por relatárselo diariamente.

Desde muy pequeño, la madre le había dibujado a su padre como un pendenciero; había muerto en una riña típica de las cervecerías de los bajos fondos, en las noches de licencias con marineros sedientos de vida. Decía que Adonis Narciso era la imagen de aquel padre, protegido en su conducta por una esposa que lo había amado oscureciendo su degeneración. Se decía que era fornido, muy alto, un hombre blanco que, de acuerdo con las intensidades de sol o luna, lucía rubio o moreno. Sus facciones se veían impecables y sus proporciones habían abandonado toda aspiración a una mayor perfectibilidad: era un hombre físicamente perfecto. Los ojos, como su cabello y su piel, eran del color del tiempo, le decía y repetía la madre de Adonis Narciso aparentemente soñando en su exagerado culto y recuerdo de perfección por aquel esposo tan éticamente dañado y cuyos harapos morales tanto ocultaban.

Adonis Narciso lo había hecho todo para concursar en aquellos eventos masculinos que titulaban el “mister región” y “mister ciudad” hasta alcanzar el codiciado título de “Mister Universo” que abrió a Adonis Narciso las puertas de la fama, el dinero y la posibilidad de imponerse.

“Es una copia al carbón de su gallardo padre”, no se cansaba de repetir a sus abismadas amigas la madre de Adonis Narciso, produciendo exclamaciones entre ellas que alimentaban el ego ya desmesuradamente ejercitado y desarrollado en el joven Adonis Narciso, quien tomaba poses olímpicas para animar los halagos terrenales de su belleza ante la madre, la tía y las amigas de éstas.

El lugar genético donde fallaba gravemente el apuesto joven era la realidad genética de un padre inmoral, pendenciero y asesino, que había perdido la belleza en muchos de sus ángulos visuales por las profundas cortadas recibidas en enfrentamientos callejeros con navajas y machetes; “Más valía que hubiera sido en la guerra”, se lamentaba la esposa. Pero la vida le había negado este anhelo pues el padre de Adonis Narciso había rehuido el servicio militar al parecer porque permear más en la cobardía que las balas frontales. Pero no era esa la ausencia de valor real lo que preocupaba a la mujer, sino el karma que la familia soportaba por parte de los dos abuelos de Adonis Narciso, tanto del paterno como del materno y, por si fuera poco, del bisabuelo y de unos tíos; todos ellos habían cumplido condenas severas por depravados, violaciones a menores y espeluznantes asesinatos llenos de morbosidad enfermiza, tormentosa y mil delitos más lamedores de sangre.

Por esta razón, la madre, la tía y Adonis Narciso se habían mudado del pueblo a una ciudad de millones de habitantes donde soportaban más sus recuerdos difíciles y el olvido colectivo era posible, o al menos más probable que en su pueblo natal reducido y charlatán.

Los abuelos gandules absolutos habían cumplido desde muy temprana edad agobiantes condenas por asesinato, con el grueso agravante de que el abuelo materno había despachado a dos para el otro lado, con ensañamiento increíble y destrozo corporal de los cadáveres. No tenían la lista de las víctimas del abuelo paterno, pero le contaban no menos de cuatro o cinco muertos y muchas violaciones; habían pasado cuarenta años en las cárceles después de los 25, cuando cometió el primer crimen de los descubiertos. Contaban que uno de sus asesinatos había sido el más cruel y morboso: buscó a un enemigo suyo y finalmente logró encontrarlo, lo amarró a un árbol cortándolo en varios lugares de su cuerpo y sentándose al frente, con una botella de ron como compañera para esperar perversa y patológicamente a que muriera guapeando súplicas. Del tío apenas digamos que era buscador de mujeres solitarias a las que robaba y luego violaba asesinándolas. Lo acusaban de diez, pero sólo con dos lo descubrieron frente a la justicia, decían.

A estas crueles conductas se agregaba el hecho de que los abuelos en la guerra donde participaron habían tenido actos de perversión y maldad, cobijados o cubiertos por esos “derechos de guerra” que se otorgan a los vencedores o que se toleran en el frente, para justificar maldades donde los vencedores son héroes aclamados y condecorados, y los perdedores “criminales de guerra” a pesar de los hechos monstruosamente sanguinarios de ambos. ¡Porquerías vitales! Que procuraban alargar muertes y sufrimientos.

A la madre de Adonis Narciso le atormentaba la idea de que el Departamento de Fecundidad, Embriología y Genética del hospital, descubriera

y rechazara como donador de esperma a Adonis Narciso, quien había pasado y aprobado ya todos los difíciles y complicados exámenes sin requerir del “consejo genético” pues carecía de “riesgo de recurrencia”. Sus exámenes de semen habían sido insuperables, los porcentajes normales de sus espermatozoides eran gigantescos, apenas unos porcentajes bajísimos de espermatozoides: macrocéfalos, cabeza alargada, bicéfalos o defectos citoplásmicos aparecían en ellos. Se habían cuidado con una exactitud milimétrica al presentarse a todos los exámenes habidos y por haber sin que Adonis Narciso hubiera dado lugar a “detección” alguna; carecía de toda remembranza patológica en el proceso facultativo y científico requerido rigurosamente por el lejano Hospital de Almaracá, para su “banco de esperma”. La ética era allí estricta y cuidadosa. Rigurosos aquellos médicos, ya adelantados en el estudio de los genes, sabían que cuando éstos se “expresan”, las consecuencias eran impredecibles al acompañar la herencia a la derecha o a la izquierda.

Adonis Narciso, la madre y la tía, se estremecían de terror al recordar que faltaba una prueba que la mayoría superaba, pues era relativamente más fácil de aprobar que las de fenotipo, fertilidad, vigor y salud salvadas ya con excelentes créditos por Adonis Narciso: el examen de sus ancestros biológicos. ¡De su herencia biológica! De lo que había recibido para a su vez... seguir pasando a los hijos sus genes: sedientos de sangre y morbosidad.

A Adonis Narciso le faltaba aún esa prueba genética del estudio psíquico, mental y de conducta de sus progenitores y ancestros, precisamente donde se escondía su aglomerada degeneración y su desastre biológico: ¡la depravación hereditaria que acompañaba a sus genes! El jurado debía conocer el expediente de sus padres, abuelos y familiares, remontándolo así genéticamente para dar la prueba de aptitud final y de excelencia a su codiciada esperma. Allí estaba la sólida angustia que los acompañaba, con desesperación no disimulada.

Finalmente, recurrieron a aliados inmorales para superar el gravísimo problema, que les facilitaron diferentes carpetas, análisis e historias de otras personas, adulterando el expediente de Adonis Narciso y presentándolo como pertenecientes a su padre y a los abuelos y bisabuelos; lo lograron por medio de una vieja enfermera amiga de infancia de la tía, quien sustituyó y suplantó información, exámenes y resultados de abuelos, bisabuelos y tíos, llenándolos de salud biológica, síquica, con virtudes, méritos y oficios muy nobles; entonces la madre se presentó con su hijo y los entregó al médico jefe, coordinador del último examen, para graduar a Adonis Narciso de donador oficial de semen en el prestigioso Hospital de Almaracá, visitado por millones de mujeres de todo el mundo que tenían problemas de fertilidad y podrían, con el semen del banco del hospital, concebir el hijo deseado. Con este examen último Adonis Narciso

obtendría el certificado de excelencia que lo convertiría en un hombre de asombroso prestigio y utilidad y primer donador de Almaracá. Así sucedió. Pasaron muchos, muchos años, cuando resultados de donación de esperma empezaron a llenar las páginas rojas de ese tiempo.

La tía, de reconocida honestidad, no resistía el acontecer terrible de su existencia ante aquella manipulación inmoral del expediente de su sobrino, pero esto alcanzó su máxima expresión cuando leyó en la prensa la noticia de que un padre y sus dos hijos habían asesinado y descuartizado a una anciana para robarle una treintena de dólares gringos; entonces la tía pidió a la madre de Adonis enmendar lo hecho y decir la verdad al médico jefe engañado con la falsificación. La madre se negó tercamente y la tía, un día inesperado, desapareció para siempre de la casa, abrumada por su empantanada conciencia. Los esfuerzos de Adonis Narciso y de su madre resultaron inútiles para encontrarla. Un nuevo tormento los seguía con insistencia: les había dejado un papel donde ella les expresaba: “Mi conciencia no soporta esta gravísima falta a la ética que afectará a miles de hombres y grupos familiares en el mundo”.

Adonis Narciso recibió su titularidad de selecto donador y la autorización para fecundar *in vitro*, procedimiento mediante el cual el riesgo genético no se daba jamás por congelar el semen, es decir, por la técnica usada, sino por malformaciones psíquicas o físicas de los donantes. En el caso de Adonis Narciso no fue precisa la constitución de un Consejo Genético, común en casos de duda, pues en el suyo no existía el más sencillo y simple de “los riesgos de recurrencia”, el donador era “impecable” genéticamente hablando, esa fue la conclusión de aprobación final del hospital. Los espermatozoides de Adonis Narciso podrían fecundar los gametos femeninos representados en los ovocitos para formar el embrión producto de la concepción artificial. Adonis estaba feliz en esta nueva profesión y oficio que le daba un excelente *estatus*. ¡Su moral no existía! Su ventaja era total en tiempos de abundancia de anomalías reproductivas ante la creciente proporción de estabilidad y la pobre calidad de otros espermatozoides. Adonis Narciso representaba una prodigiosa adquisición para el acreditado hospital.

El Departamento de Embriología celebró el ingreso del nuevo donador que tantas “alegrías” daría al hospital y a sus miles de pacientes.

El acto fue emotivo para madre e hijo, pero en la soledad de la casa ambos lloraron abrazados durante un largo rato. Tomaron algún trago y escucharon música adormecedora; nada valió para aplacar el severo peso de sus conciencias pues éste se volvió insoportable cuando a fin de distraerse de la congoja que los empapaba, leyeron las revistas y la literatura distribuidas por el Departamento de Embriología y Fertilidad del hospital, donde se remarcaba con pesada insistencia el gravísimo riesgo que contenían los problemas psíquicos y de

conductas dispersas, inconvenientes o graves, en los donantes de óvulos y espermatozoides de oscuro y degradado origen. Las cifras y porcentajes en el cálculo de probabilidades patológicas eran tan altas, que al conocerlas la madre sufrió un mareo que alejó su conciencia por un largo rato. Repuesta ya de esto, mostró una angustia enloquecedora y rogó a Adonis Narciso reparara el inmenso daño que ya estaban ocasionando sus falsificaciones y trampas, y se presentara al hospital a confesar la terrible mentira. Adonis Narciso la calmó con mil recursos y habilidades semejantes a los de su recordado y sagaz padre.

El certificado de salud mental y corporal lo había recibido junto a tres compañeros y tenía ya un año continuados en ciclos de donaciones de esperma. Su labor conllevaba dietas especiales, largas abstinencias reales y reposo absoluto durante los días previos; esto lo obligó a recoger por días un sueño temprano.

El carácter de la madre cambió para siempre, y un tormento existencial se apoderó de la mujer. Adonis Narciso sufría intensamente por ello; no obstante, no quiso recapacitar, ya tenía un espléndido carro y había negociado un velero, planificando para el siguiente verano un largo viaje por Europa que incluía su sueño más codiciado: una larga temporada en París y traerse un maserati en el barco de regreso.

Su vida se hizo más atractiva. Llegaron amigos en abundancia, las mujeres lo rodeaban y admiraban como el más perfecto de los seres. Adonis Narciso jamás había podido imaginar tanta facilidad para vivir, hacerse de tanto dinero y recibir bonificaciones jugosas e inesperadas. El éxito personal lo embriagaba, se sentía pleno y feliz. Sólo le agobiaba el estado de consumición corporal que había tomado su madre. No salía. Se ocultaba de sus amigas parlanchinas, el teléfono había dejado de ser aliado de su vitalidad ensordecedora. Se consumía irrevocablemente con la lentitud derretida y segura de una vela. De nada valían los costosos regalos de su hijo.

La madre sólo vivía para rebuscar en las páginas rojas de la prensa vieja o diaria, casos de asesinatos donde se involucraron personajes de la misma sangre de padres e hijos, morbosamente crueles.

Adonis Narciso seguía disciplinadamente su oficio.

El tiempo transcurrió con la rapidez intensa del triunfo.

La madre casi enloqueció el día en que encontró las cifras de donaciones dada a Adonis Narciso que sumaban miles y miles: había alcanzado un record. Este hecho coincidió con un sonado crimen en la ciudad de mucha publicidad: un padre y su hijo habían ocupado por horas un apartamento para atracarlo y violando a cinco mujeres presentes, entre ellas una niña, matando luego con torturas increíbles a todos los ocupantes, seis en total, sin llevarse ningún bien, sólo justificando a los ojos policiales un espantoso acto de crueldad: el sadismo.

La madre palideció en la anemia visible de su diaria angustia que la había convertido en esqueleto ambulante, sólo tenía voluntad para tomar las pastillas que obligaban su sueño diario que consumía agitadamente.

La madre del donante con más crédito y arraigo en el hospital de Almaracá, murió un día de paro cardíaco. Así lo certificó un médico amigo de Adonis Narciso para ayudarlo en la recuperación de su destruido interior.

No pasaron seis meses cuando una noticia abrumó al personal del hospital: Adonis Narciso, junto a dos damas, había muerto en un accidente de graves contornos en alguna de las difíciles vías de Capri. Todos lamentaron la gran pérdida para el Departamento de Embriología. ¡Pero el mundo se había salvado! Aunque dejando un rastro extenso de miles, tal vez millones de degenerados únicos y de singular crueldad...

## SIMONA Y LA CHUYA

La fascinación y curiosidad por los animales no es en mí novedad.

Un amigo guasón me aseveraba siempre “que él cuidaba a algunos de sus enemigos, porque amaba a los animales”, tenía un humor pegajoso. Las cucarachas llegaron a la tierra mucho antes que nosotros: pueden tener aquí trescientos millones de años y no han cambiado jamás.

Me agradan los animales. Especialmente siento una inmensa curiosidad por los insectos: esto, sin duda, lo potenció mi amistad con Simona y La Chuya, cuya información y animación vital condujeron a muchas de mis elucubraciones en soledad. Muchos de ellos se adornan curiosamente de una extremada belleza, son invertebrados con más de un millón de especies en este planeta. La reproducción y vida de los insectos es tan urgente, abundante y breve que son para mí la mayor expresión y símbolo de la vida y de la muerte. Un primo de mi afecto, –quien dolorosa y tempranamente se marchó, Álvaro–, sabiendo esa consecuente inclinación, me obsequió el libro de Hebert Wendt, “El descubrimiento de los animales. De la leyenda del unicornio hasta la etiología”. Pensé que en él había muchos insectos, no los encontré en mi vaciado interés. Sin embargo, este estupendo libro al referirse a los exóticos animales del misterioso Madagascar hace referencia al lemur, uno de los rarísimos monos de allí; hablaba de los grandes “insectívoros primitivos”, lo que potencio en mi mente la idea de su arcaica existencia y por ello la presencia soñada de enormes insectos que incluirían a las viejas y consecuentes cucarachas. La imagen que pensé de ellas era tan grande e insólita que debí concebirlas agresivas, mitológicas y gigantes allí.

En el libro del creador Jorge Luis Borges, “Manual de Zoología Fantástica”, tampoco pude encontrar algún insecto, mucho menos a las cucarachas; debí conformarme entonces, con mi propia cosecha y curiosidad.

Desde muy pequeño, cultivé curiosidad por las cucarachas, pero confieso que no me atrajeron tanto como los escarabajos, chicharras y grillos, a pesar de ser ellas primas muy cercanas de los grillos y saltamontes de mis nietos; todo nació de la violencia de mi madre para con ellas. Descubrí que la inmensa mayoría de sus variedades vive en el bosque, de las 3.500 especies de cucarachas conocidas ¡25 especies sobrevivieron a las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki! Dando así lecciones a la insuperable morbosidad de los hombres para matarse.

Mi madre jamás reconoció que ellas eran campeonas de la asepsia, como zamuros, de la micro-pudrición casera y vegetal. Para mi madre, la separación con ellas fue insalvable, no las aceptó bajo ninguna condición, ni siquiera bajo los porrones de flores de su bello jardín. En mi casa paterna no hubo jamás lugar para las cucarachas.

Lo primero que de niño descubrí sin mayor ayuda, era que no olían bien. Las encontraba a cada paso y en lugares increíbles: habitaban rendijas apartadas de todo vestigio de comida y por supuesto abundaban en la cocina. Mi madre se empeñó siempre en enseñarme a agredirlas con fiereza incontrolada, buscando afanosamente en sus diarios y cotidianos enfrentamientos con ellas aplastarlas y machacarlas con premura. ¡Jamás lo aprendí! Ni lo quise hacer.

Cuando inconsecuente, en traspies de voluntad aplanadora, quise triturarlas, fue transitoriamente pues llegaba a mi recuerdo en cada oportunidad el amigo que con ensañamiento y alevosía atacó a una cucaracha presurosa que se le atravesó una noche a su paso madrugador por una angosta escalera de madera; la cucaracha salió triunfalmente intocada, victoriosa e ilesa de las incoherentes y rápidas pisadas de mi amigo, y éste con una pierna enyesada por varios meses.

La cucaracha permanece vivificada en el bastión de la inmundicia cotidiana. La limpieza o la ausencia de pudrición vegetal las aleja. Los gringos la llaman “cockroaches” hablando entre biólogos, pero los legos la llaman “cukarracha” cuando la cantan y pretenden bailar tropicalmente con algunas cervezas dentro. Su condición es de pioneras sobrevividas de un planeta con tanta muerte, debilidades e imperfecciones; su insistencia en presentarse porfiadamente a cada paso pese a los continuos riesgos de aplastamiento y mi ilustrada amistad con Simona y La Chuya, terminaron por ganar, además de mi curiosidad inicial, mi simpatía casi total por ellas; ésta creció cuando en el cine vi que eran devoradas por los chinos, que las comían crujientes igual que a las mejores y más crocantes papitas fritas de la delicia francesa. Eran chinos imitados por los colombianos que enlatan fritas a las hormigas culonas del cementerio de Bucaramanga, con deseos de obsequiarles por maní tostado a los borrachos exóticos que las mastican con la rapidez inconsciente de la media noche y a los come grillos mejicanos.

Mi simpatía se fue al máximo, al enterarme que productores de la película “Cubby House”, buscaban en el año 2001, cinco mil cucarachas australianas como actores, con pagos excelentes para ellas, a pesar de lo difícil que resultara recogerlas después de cada set de filmación. Desde entonces las observé más detenidamente, Simona y La Chuya me enseñaron como hacerlo. Sé mimetizaban en rincones, rendijas, y zócalos; algunas eran coquetamente catiras, otras tenían antenas parsimoniosas y largas. Las más largas eran las de

los rústicos machos que por sus movimientos suaves y sensuales parecieran destinadas sólo a tocar y oler, pues con sus puntas palpaban a las hembras y los objetos, como averiguando el uso y destino de ambos.

Vi algunas muy grandes, sobre todo en los lugares despoblados, de fincas o haciendas, tal vez allí la posibilidad de alimento, que la asepsia limitaba en la ciudad, las hace crecer más. Viven en el jardín de mi biblioteca, entre las matas, palos, hojas, tierra y siempre entre libros. Son sensibles a la luz y gran parte de su excelente agilidad la aporta la persecución y el pisoteo que por siglos les han propinado en sus casas las señoras del mundo. Observé que las cucarachas campesinas eran más tolerables, felices y libres que las de las ciudades más sometidas a ruidos y agresiones.

Las cucarachas fueron también precursoras de la insensible y aplastante globalización. En efecto, antiguamente los caballos y camellos las llevaron y trajeron de Asia, África y Europa; después, los barcos, trenes y camiones y ahora cruzan los cielos de la Tierra y el espacio cósmico en aviones y vehículos siderales globalizando su presencia. En algún lugar –estoy seguro leí– han acompañado cómodamente a los astronautas.

Simona y Chuya me instruyeron: la cucaracha americana es la común, esa que va del ocre oscuro al rojizo o caoba. La alemana es de menor tamaño, rucia o amarillenta, podría ser parecida a la “chiripa” de Venezuela, donde un talentoso y persistente anhelo dio productiva cosecha electoral y la politizó. La asiática es rechoncha y regordeta, oscura y corta en sus alas protectoras.

En Venezuela, las comunes y normales, vulgares y corrientes podrían equivaler a las conocidas como “americanas” junto con las chiripas y unas muy grandes llamadas “zulianas”, quizás por venir del bosque, o metidas entre los plátanos producidos en el estado Zulia, de Venezuela.

Las comunes, me demostraron Simona y La Chuya, son de cuerpo aplanado y cabeza más aplanada aún, como si su configuración se hubiera creado presintiendo el machacamiento sistemático y continuo a que los zapatos las someten; por eso tal vez su cuerpo quisiera adaptarse, pegarse y adherirse más al suelo en señal de sumisión y humilde aceptación de aquel destino vital y arrastrado que las conduce a morir machacadas y adheridas al piso. Estas “americanas” podrían ser las que devoran las carátulas almidonadas de tus viejos libros, que son en bibliotecas el succulento manjar proteínico nocturno. Sus patas son largas y aparentan los dientes de una sierra –tal vez por su primazgo con los grillos– son más zancos en los machos que son delgados, largos y atléticos que en las hembras regordetas y llenas de huevos en su simpático vientre.

Su boca es grande y destructora. Son masticadoras de oficio, trituradoras de papel, hojas y cartones violando el silencio de la noche, como si estuvieran

en la agobiante pero persistente tarea moledora en los aserraderos laboriosos. Hoy más limitadas; pues pastas, material y hojas de los libros modernos se hacen sintéticas, repugnantes y blindadas al sabor y consumo de los insectos. Las hembras “americanas” son sensualmente rechonchas, sus alas cortas recuerdan las impactantes minifaldas de las mujeres bonitas de largas y bien torneadas piernas; parece como si una preñez eterna las acompañara, su vientre es más voluminoso cuando facilitan el transporte de sus huevos hasta depositarlos en alguna esquina. Un opérculo triangular cierra y protege sus orificios anales, tal vez sea una forma de ampararse de los persistentes, perseguidores y voluntariosos machos. Las más jóvenes se ven llenitas y se enseñan más tiernas, desprovistas de las alas de coraza de las adultas, como si quisieran engatusar con sus cuerpos juveniles. Todo esto lo aprendí de Simona y de La Chuya en nuestro largo tiempo de amistad y contacto.

Pasados los años, los machos se hicieron inconfundibles para mí. Son largos, pocos son pequeños como sólidos acorazados, que aparentan ser o son muy poderosos; revestidos de dureza caminan rapidísimo acompañando sincronizadamente sus altas patas y alas; dividen su avance en trozos que caminan y trozos que medio vuelan, multiplicando así su atropellada huida. Los acompaña un verdadero escudo torácico de apariencia vertebral y protectora de su cabeza y su cuerpo, que finalmente cubre sobrepuestas y sucesivas capas de alas útiles y cubridoras, las segundas alas son más largas. Su aspecto es rudo y repelente, delgado, pero muy compacto que con alas o élitros forman ese estuche sólido que poco les ayuda a los efectos de evitar las trituraciones de piso que la vida les prodiga tan abundantemente.

Cómo me enseñaron siempre La Chuya y Simona, son apresuradas y marcadamente insistentes en sus quehaceres de amor nocturno, lo que las hace extremadamente prolíficas y productoras ¡mi madre enloquecía viéndolas multiplicarse!

Los machos ennegrecen más con la edad y se hacen más duros y tal vez rígidos como las venas con la arteriosclerosis.

De niño conocí unas negras, de agua, no sé si son primas hermanas de las terrestres aquellas nadaban presurosas a comerse la carroña de los peces muertos. También conocí cucarachas verde pálido, amarillas y peludas en sus extremidades.

En el famoso y organizado “Insectario de Montreal”, Canadá intempestivamente me encontré a las grandes “cucarachas zulianas”; llevaban ojos dibujados en su cabeza, como si quisieran recurrir al mimetismo para aterrorizar al depredador y, en estúpida esperanza al aplastador; estaban en un limpiísimo acuario seco, ecológico y prolijamente organizado. Debí esperar una paciente cola para admirarlas. Eran pardas, muy robustas, sanas y vigorosas, allí

escalaban rocas y troncos en la arena de su higiénico hábitat; centenares de vigorosas “cucarachas zulianas” trepaban y bajaban su paraje, sin temer a quienes las contemplábamos desde el vidrio, seguras de que ningún zapato osaría allí agredirlas. Comían excelentes e intocadas proteínas plácidas y confortablemente junto a una fresca y pródiga fuente de agua renovada y fresca. Me sentí complacido por este acto de justicia con las milenarias cucarachas, que, aunque suelen relacionarse con el virus del cólera y el tifus, no dejan de tener el fin superior y de asepsia en hendiduras y rincones inalcanzables para nosotros, devorando las impurezas que pululan en esos lugares. Fue para mí, repito, un acto de justicia el que otorgaban los ecológicos canadienses. Les aplaudí y sentí que Simona y La Chuya no las pudieran haber disfrutado conmigo como lo hicieron mis interesados nietos que me acompañaban dichosos.

Existe la cucaracha gigante del exótico Madagascar. Está de moda en las tiendas de mascotas de Malasia por su docilidad extrema y el silbido que emiten al ser acariciadas; su valor es de seis dólares americanos y ya la ecología en Tailandia prohibió su extendido comercio. Algunos de mis nietos me sorprenden siempre, al hablar yo de las cucarachas, “erudito” me explicó Marcel: “Abuelo ellas respiran bajo el agua”, al yo sonreír Juan Pablo se extendió: “y resisten dos meses sin comer y un mes sin beber agua, y agrego Marcel “hay cucarachas que se llaman patinetas... al pisarlas tu resbalas, abuelo”.

Pero no sólo el Insectario de Montreal hizo justicia. Años antes, en 1913, la famosa y popular canción “La Cucaracha”, puesta de moda en México en los días de la revolución contra Huerta, hicieron a la cucaracha muy popular y simpática en todo el mundo, más si se escuchaba en boca de un recio alemán con algunas copas, que animoso repetía “la cucorracha, la cucorracha, ya no poder caminar”, más de un sajón triste y acorralado por la vida habrá retomado la alegría cantando la cucorracha...

Siempre observé en la vieja casa de la hacienda, a un pajarito atrevido, brincón y silbador que llevaba en las mañanas una deseada cucaracha de insoportable peso para él; su alegría era visible al obtenerla, de no lograrlo se acercaba a la tela y compartía con la araña lo cazado por ella esa mañana: era el pájaro cucarachero, su mayor y más consecuente depredador criollo.

Han pasado muchos años, pero recuerdo las cucarachas de mi lejana casa, hoy con algunas de sus parientes que diariamente me acompañan y que conviven en mi biblioteca. Tantos años pasaron y todavía huyen de mí, pensando ellas tal vez que la vida me ordenó en convencimiento, la obligación higiénica de pisarlas, desconociendo que dejé esa tarea diaria y persistente a mi esposa quien la heredó fanática de mi madre. He querido amistarme con todas,

pero no lo entienden. Sólo La Chuya y Simona lo han hecho y divierten mis soledades de biblioteca.

Mis lecturas me llevaron a conocer minuciosamente a Simona y a La Chuya, ellas son “cucarachas americanas”. A poco de verlas, ya las distinguía en mis silencios nocturnos. Mi vista las siguió asiduamente: siempre pude entonces diferenciarlas plenamente, eran dos agresivas e inseparables hembras. La Chuya de pocos pelos en su nuca aparentemente era más vieja que Simona y ambas distraían mis recreos entre libros.

La Chuya y Simona venían acicaladas de lejanías –pienso yo– donde guardan las harinas: en el reguero diario de éstas comían y sé entalcaban todas, regresando luego a su hábitat entre las hojas del jardín interno de la biblioteca, donde yo las seguía observando. Las dos regresaban hacia la media noche, no me enteré nunca a qué horas salían a dar su paseo por el resto de la casa. La mayoría de las veces Simona y La Chuya regresaban solas, pero muchas otras venían perseguidas desde atrás y a galope tendido por dos o tres machos insistentes que, debo confesar, yo no diferenciaba por supuesto si eran o no siempre los mismos. Simona y La Chuya corrían delante de ellos por las orillas bajas del zócalo y llegaban –pienso que muy agitadas– al jardín; allí se perdían entre hojas. Los machos en su confusión de no verlas más se desorientaban también tal vez estimulados por mi visible presencia. Deslastradas de aquellos machos, Simona y Chuya, reaparecían e iniciaban sus otros recorridos nocturnos inmediatos ya sin temor alguno: corrían frente a mi escritorio y se detenían, casi como retándome a aplastarlas o al menos sin importarles que lo hiciera; jamás pensé hacerlo, pero confieso, conociendo sus agilidades y su velocidad, que tampoco lo hubiera podido lograr.

Así, contemplé a Simona y a La Chuya partir astillas y recorrer mi zona peatonal en busca de las burusas galletéricas ocasionales y también procurar la cubierta deliciosamente almidonada de un viejo libro de historia de la música, huyendo ellas sólo al levantarme para protegerlo. Presumí su actividad tesonera y el amor intenso practicado por las dos, pero advierto que no las presencié copulando, pues eran coquetamente púdicas y recatadas. Me divertía la tribulación con que huían cuando me levantaba de mi escritorio y la rapidez con que regresaban y recobraban la serenidad al sentarme de nuevo en él, lo que las hacía, sin duda, más dueñas del lugar que jamás pensé disputarles.

Hace mucho tiempo que no las veo, pero siempre pienso que muchas de las que generan las plantas de ese jardín son hijas, sobrinas, o nietas de las inseparables Simona y La Chuya, que tanto divirtieron mis ojos fatigados en noches de inderrotable insomnio, llenando soledades y tristezas que se hacían eternas y ermitañas en el silencio de la noche.

## DUEÑOS DE LAGUNAS BRAVAS

La mitología andina venezolana es rica en su contenido, justifica misterios y se hace de esperanzas llenando vacíos en el acontecer mitológico regional en siglos y milenios.

Las lagunas andinas anegadas gracias a los glaciales de la Sierra Nevada son incontables. En el Ande venezolano, en Mérida específicamente, existen centenas y centenas de ellas que se distribuyen en sus sierras y montañas; y sus campesinos, las viven en sagas orales y familiares; han creado las características de estos hermosos recipientes de agua que se dibujan exquisitamente cristalinas en ocres variados de hojas sueltas o todos los verdes, que iluminan las profundidades de sus fondos, cambiando el encanto periódicamente para envidia del mar coralino, dueño de los azules y los verdes más inverosímiles.

Había una cercana al pueblo de Santiago de La Punta, a unos 1.300 metros de altura, llamábamos la “Laguna de la Sabana” y se mostraba más tropical que las de los páramos situados a alturas de tres mil y más metros sobre el nivel del mar, a ésta la visitábamos de niños muchas veces. Hace 56 años, la fauna de esa laguna Santiago de La Punta<sup>17</sup> era abundante, estaba repleta de vida y su contorno mitológico y secreto revestía horas y horas de incesante atención y leyendas de hechizo, sombreada por los árboles que apretaban con dulzura su bello entorno.

Convivía con aquella laguna una mujer solitaria y misteriosa que parecía envejecida prematuramente, pues su aspecto de ancianidad no compaginaba con la impresionante agilidad de sus movimientos. Esto, de por sí nos turbaba; la notable prontitud en el caminar de la “anciana” acercaba más el encantamiento famoso del lugar.

La hermosa laguna ocupaba ese paraje de grandes árboles y cultivos de café, que la hacían ocre y hojosa, llena de ruidos y movimientos. Todo estaba allí espectacularmente organizado para crear un ambiente de teúrgia incomparable.

Vivía en la hacienda. Aurelio, era un viejo inteligente y grato, tejía mitos y ocultismos con seguridad pasmosa gravándolo en las mentes infantiles. Aurelio, blanco, jipato y pecoso, era un campesino de mermados pero avispados ojos parlanchines que describían personas y hechos con habilísima destreza. Contaba que muchas lagunas tenían su dueño: las del páramo andino menos que las más cálidas, pero en todas existía un jefe que podía ser anciano, muchas

---

<sup>17</sup> Laguna La Rosa, contigua al viejo Central Azucarero. Mérida, hoy Museo de Ciencias y Tecnología.

veces asociado a una colosal culebra; él había visto la culebra de aquella laguna de La Punta: era larga, muy gruesa y amarillosa, tenía parches marrones y él decía que devoraba niños y animales; en este caso la culebra estaba sometida y protegida por aquella vieja hechicera que vivía junto al borde de la laguna, cuyo misterio se volvía angustiosamente fantástico, al relatar Aurelio que la aparente “anciana”, cuando los chubascos eran colosales recogía su leña y se le observaba el cabello totalmente seco en medio del aguacero; los ojos entonces desmesurados de Aurelio acompañaban lo producido por él en aquel momento de relatos de prodigio. La culebra representaba la defensa de la “vieja dueña” y señora de aquel para mí encantado territorio de ardillas, monos, mariposas, escarabajos, pájaros, camaleones, peces... y misterios fantásticos.

Los dueños de las lagunas podían tener otros acompañantes. Uno de ellos, legendario y repetido en otros mitos andinos, era el *arco*, que no era otra cosa que el símil del arco iris, pero humanizado y tangible que Aurelio quería representar en un catire, fuerte y desaliñado que habitaba los charcos de barro color naranja, que contorneaban llenos de sapos aquella deliciosa laguna. El arco salía del charco cuando le apetecía hacerlo y “mordía” infecciosamente a quienes pisaran su territorio acuífero.

Años después, cuando la madurez rompió mis fantasías, elucubré sobre la cuatrilogía charco-arco-mordedura e infección, que no era otra cosa que el charco de aguas naranja ferrosas, terminación o inicio del arco iris brotado de las condiciones del sol y de la lluvia, cuyo reflejo podía partir de aquel lugar. La mordedura infecciosa, venía de las aguas inmundas y contaminadas que se incubarían en aquél que penetrara esas aguas pútridas acompañado de alguna herida en su pie, éste, pasados unos días, supuraría de pus. El viejo Aurelio era terco en su predicción del catire que castigaba a los infractores del lugar mordiendoles siempre sus pies –piernas a lo sumo–, coincidiendo los lugares donde con mayor facilidad podía accederse aquella agua contaminada al traspasarla descalzo.

En este caso nuestro, el “catire arco” era un joven ocasional que visitaba a la vieja y que decía Aurelio se presentaba como hijo de ésta. En su fantasía estaba rodeado por una realidad que vivíamos intensamente al observar al joven rubio que visitaba a la dueña absoluta de aquel paradisíaco lugar, casi siempre “los fines de semana” en aquel hermoso y ecológico lugar de sueños infantiles.

Lo cierto es que, para todos nosotros, aquella bellísima fuente de agua nacida del subsuelo tenía una hermosa y temida mitología que nos obligaba a visitarla con gran respeto, reserva y hondo temor. La culebra dueña de aquella laguna se había comido un niño y casi siempre se alimentaba de los chivos que

se arriesgaban a visitar los succulentos pastos del húmedo y ecológico lugar, decía Aurelio.

Alguna vez Aurelio, que nos acompañó hasta allí, nos condujo hacia la vieja; que ya cerca enseñaba juventud, sus ropas eran desaliñadas, sucias y llenas de remiendos, siempre estaba impregnada de humo de leña y restregada en carbones; su pelo era enredado de tal forma que de inmediato hacía pensar en que jamás había conocido un peine; vivía descalza y, al reír, enseñaba amplias zonas bucales huérfanas de dientes, sus manos eran callosas y mugrientas; todo hacía armonía con el terror que nos proyectaba. Aurelio la saludó cordial y le indicó que procuráramos algún nido de ardillas. Ella sonrió como dando su consentimiento, hablaron poco. Pronto entendió Aurelio que nuestro curioso y visible temor le podía perjudicar su amistad con la mujer y nos retiramos.

“Le han caído bien –nos comentó obispa!, no abusen al visitar este lugar y así podrán venir siempre”, nos agregó Aurelio.

El arco de allí era solitario, hemos dicho, pues Aurelio nos indicó que también se presentaba con las figuras de una pareja de catires y muy rara vez como un perro amarilloso y bravo. El arco había mordido a muchos y era muy inconoso, sus dientes traían de inmediato torrentes de pus. Él repetía, dominador, que un sobrino suyo “que no le había obedecido a él”, pasó varios meses con una espantosa infección en el tobillo que por poco le cuesta una severa amputación.

La mitología de Aurelio era pícaramente extensa y detallada. Las lagunas también se dividían en mansas y bravas: las del páramo merideño eran singularmente bravas cuando el hombre las molestaba. Esa molestia consistía en visitar su contorno sin ser grato para la laguna, gritar en sus orillas, agrediéndola al arrojarle piedras o meterse en sus gélidas aguas. La laguna entonces respondía con la rudeza de una severa lluvia acompañada de relámpagos y truenos y cuando todo se agravaba llegaba hasta ahogar al hombre, en una oportunidad –decía Aurelio con inalterable seriedad– una laguna paramera de Mucuchíes había ahogado a un osado campesino pescador, que había despachado dos botellas de miche andino<sup>18</sup>, portaba además una pesadísima ruana (poncho) y no sabía nadar; había caído en lo más hondo de la laguna desde una inmensa piedra acantilada de su contorno. Como deducción lógica a pesar del límite infantil de nuestro raciocinio, pensamos que lo imposible habría sido que aquel campesino borracho, sin saber nadar y con la ruana empapada de agua pesada, no se hubiera ahogado.

---

<sup>18</sup> Miche es aguardiente andino.

Aurelio relataba con su interminable sabiduría que, para los aborígenes del territorio andino merideño, que eran los Mucus, Timotes y los Mucuchíes entre otros, las lagunas del páramo eran lugares sagrados donde el indio procuraba a Dios; el agua era su lugar sagrado y las grandes piedras eran adoradas por ellos, con mayor razón si estaban colocadas adyacentes a torrentes y ríos o en el contorno de las lagunas; entonces éstas eran más divinas y sagradas. Aurelio – muchas veces lo vi hacerlo–, se desprendía de su sombrero de caña al pasar frente a alguna descomunal piedra que tanto abundan en el paraje de abras de los andes. Las piedras eran respetadas por él, “una piedra bien gorda –decía–, debe respetarse para no atraer la maldición”. Aurelio era un solitario, montaría ya bien pasados los setenta y cinco años, nosotros lo veíamos entonces mucho más anciano, pero atendíamos con inquebrantable respeto sus leyendas y las tremendas justificaciones que su mente repleta de creatividad mitológica describía. Él tenía razones y justificaciones para todo: el silbido del pájaro que presagiaba el mal humor de la laguna, los latidos del perro que anunciaban la presencia del arco personalizado, el ruido de un trueno, inmediato presagio de la muerte de alguien cercano; el agua rojo naranja ferrosa de los manantiales, señal inconfundible de la existencia del arco, o los rastros que sólo el “descubría” y que señalaban como trochas de la poderosa culebra dueña del agua. Sus anécdotas y mitos eran innumerables, su paciencia con nosotros también; diseñaba increíbles trampa jaulas, amansaba ardillas y cogía los camaleones con más velocidad que ellos, era exitoso cazador y ¡ah... bebía más aguardiente que una barrica vacía!

Cuando pescábamos en la vieja laguna de La Sabana, lo hacíamos con un silencio de profunda madurez; la sola vista lejana de aquella vieja dueña aparente de la laguna nos hacía desaparecer del lugar ante el temor de su reacción o la llegada del arco que la visitaba. Si manteníamos el respeto y el silencio podríamos quedarnos días enteros, como lo hacíamos, y observar atentos a la mujer que recogía leña y matas de escoba en su sosegado transcurrir de una simpleza vital inacabable.

Aurelio no recomendaba, ni él mismo lo hacía, visitar la Laguna o a su dueña en la noche, con mayor riesgo y temor si la noche era lluviosa y de tempestad “ruidosa” o si la luna llena era luz, entonces todos los seres que se confundían en la mitología del agua se visitaban o se reunían para organizar los planes de protección de sus querencias y propiedades. En esas noches especiales, los búhos, rabipelados y comadreas aniquiladores de los gallineros del lugar, se ofrecían a la dueña de la laguna para sus intenciones y proyectos. Aurelio nos relataba sobre los habitantes: ratas, murciélagos y rabipelados que ocupaban la abundante fauna nocturna de aquel legendario lugar de bellos recuerdos infantiles.

En esas noches de agua, truenos y luna, la mujer sola no gustaba de compañía alguna. Una vez, siendo más joven, Aurelio había pretendido “visitarla” y nadie había respondido al llamado de su puerta a pesar de que él constató, por el fogón y las velas encendidas, que ella estaba dentro de su pequeña casita de tejas y paredes de bahareque. Aurelio, con picardía andina, comentaba lo hermosa que era la mujer y descuidada dueña de la Laguna de la Sabana. Era un riesgo que él sólo había corrido para “indagar” sobre esas noches de laguna sola... decía él.

El paso inclemente de los años se llevó a Aurelio quedándose con él muchos misterios que él justificaba tal vez en apariencia, porque seguramente estremecían su alma pura, de recio campesino andino.

La vida me concedió el privilegio de conocerlo para que alimentara mi interior temprano, pleno de dudas y curiosidades que él supo explicarme como el más sabio en su momento, y que sembraron en mí por años la imaginación y creatividad más activas.

Qué triste estaría hoy Aurelio al ver su vieja laguna, “civilizada” por el rastro salvaje del hombre que devora y acosa con su paso invencible y ‘atiloso’ que lo hace “tecnólogo” de futuros estériles, llenando de casas y cruzándolas con calles la bella ciudad que creció junto a la bella laguna de La Sabana.

## CONTRACULTURA “JIPI”

Empecé a ver jipis en Caracas, estaban ya entrados los años sesenta. En poco tiempo esta forma existencial de actuar y pensar se había extendido desde el orbe y las más variadas formas físicas de presentación los acompañaban.

Los conocías más y con mayor intensidad como cultura al acercarte a New York, en el sur de Manhattan y en Greenwich Village primero, y luego más tarde, extendidos por el Soho, lugares hoy alterados por la caída de las Torres Gemelas; allí desarrollaron artesanías, comercios y artes plásticas que aún realizan muchos de ellos con genial actualidad. Muchos jipis han sido intensamente trabajadores sin abandonar su bohemia existencial y otros sumergidos en indolencias sin oficio.

Los jipis fueron más apegados a una forma de pensar intensa y diferente a la de su momento: la paz, el amor, la no violencia en imitación de Gandhiana. La vocación hacia el arte humanizó su causa y les dieron consistencia filosófica errada o cierta, pero intensamente existencial; fueron por esto una contracultura opuesta a lo establecido.

Señalemos, a manera de nota, que nos referimos a ellos como los jóvenes del mundo que pregonaron externamente el deseo de diferenciarse sin violencia y aunque en muchos casos provienen de una forma de pensar, creer y “crecer”, el atuendo físico estafalario que los acompañó los identificó más como una moda, que como una ideología.

Podríamos sí, referirnos sin abandonar la conclusión anterior, a algún rasgo dominante u obligante de ideas que sin duda los acompañó, –al menos a los más auténticos de ellos– como sucede ahora con el exhibicionismo de los jóvenes neonazis, quienes desean vehementemente que el mundo sepa que lo son, que existen y por esta razón pasean sus esvásticas de piel por todos los lugares, son absolutamente diferentes y lejanos; a los jóvenes guerrilleros que no exhiben tanto su fundamentalismo en forma externa y escandalosa, sino en complicados secretos y anhelos de bosque y carros bomba que los hacen agresores de inocencias y criminales que “¿disfrutan?.

Fue el existencialismo filosófico que engendró una forma de pensar, vivir y desarrollarse con la libertad individual pregonada que apareció y aparece con mil fisuras y gavetas, acudiendo, además, es verdad, a múltiples patrones externos de semejanza y caracterización en cada oportunidad, caracterizándose siempre como un producto nacido de la libertad generada por el liberalismo. Aunque los existencialismos son ilimitados, se confunden con el individualismo y otros pensamientos donde el hombre promueve el yo como fundamento de su filosofía y de su posición social o política. Los jipis son sin duda prueba de lo irremplazable del deseo intenso que embarga la voluntad de vivir en libertad.

El existencialismo filosófico es el que genera en el pensamiento el conocimiento “de su propia experiencia” por lo que puede o no ir acompañado de un cambio externo que lo marque y singularice, con alguna variedad visual y de conducta que plasme la diferencia interior junto a cada acto autónomo, destacándose con todo esto el hecho de que todos los hombres no somos física y síquicamente iguales, ni vivimos los mismos momentos, ni creemos en las mismas cosas, ni aceptamos los mismos valores; es por ello que nace una posibilidad existencial falsa o cierta, ilimitada y coherentemente individualizada, sólo posible por la libertad personal que la hace posible y es indispensable para el desarrollo de esa diversidad de vivir, actuar y sentir, la ausencia de todo esto acabó el comunismo por hacerlo intrínsecamente fastidioso.

De este tronco original de pensamientos y conductas planteado como solución vital en cada uno, aparecen los movimientos existencialistas que obedecen, unos más, otros menos, a conductas externas y formas de presentación acordes con la idea y el pensamiento escogido para agruparse.

El existencialismo se concreta con la soledad inicial del hombre, traducida en un individualismo que responde al interés “por sí mismo” remontándose al individualismo socrático: “Conócete a ti mismo”, o al individualismo de Pascal “que se debate entre el yo y la nada”. Sin la presencia del yo, no se puede existir; lógicamente que la existencia del hombre es indispensable para proyectar su futuro.

Otros existencialismos creen limitar la elección existencial, restringirla, diferencia profunda con los demás, pero todos están agrupados en el concepto de Sartre, quien creyó y pregonó que es ilimitada la posibilidad de elección existencial, pues está implícita en lo que a cada hombre le dé la real gana de ser. “El hombre se crea a sí mismo”. De allí la variedad ilimitada de la existencia humana, que nace y se desarrolla en cada hombre: tantas formas de existencia como hombres, así de simple. Para Sartre “el hombre nace y muere”, a esta

limitada y pobre visión se reduce la existencia: “con la muerte todo termina” dice en su limitación.

De cualquier forma, todos los existencialismos filosóficos creen que la elección existencial conlleva sacrificados riesgos, obstáculos y limitaciones, y agreguemos más: la concepción existencialista puede ser deísta o atea, cristiana o agnóstica. Como consecuencia, la variedad existencial, soportada en la apariencia física, nace del existencialismo filosófico. Esta apariencia física en vestidos y conductas le permitió al movimiento acompañarse de una importante masa de jóvenes en todos los rincones de la Tierra, otorgándoles con rapidez inmediata para hacer público el individualismo expresado, dándole una vigorosa posibilidad renovadora, cierta o falsa, pero continua, ágil y perenne, conducida y renovada en el nacimiento de cada hombre, en cada lugar y en cada período del mundo. Modas o conductas, con o sin sentido filosófico, impulsadas o no por una idea intrascendente o animada por un interés y promoción comercial y de moda.

Por todo lo anterior, se concluye que el existencialismo, como pensamiento genérico, es el motor de todos los movimientos marcados por una contra cultura o subcultura, externos o internos, de jóvenes o de viejos, “viejos solitarios y libres” que cubren “individualmente” el planeta.

Esta anarquía o variedad condujo el nacimiento de los jipis, una contra cultura, que sin dudas dio origen a la subcultura de los “punks”, los tatuados, los perforados (piercing), los Hell’s Angels, los neonazi etc., quienes divierten o contrarían el mundo con boatos y excesos externos. Una coincidencia en la selección individual existencial, material o espiritual, los agrupa en movimientos de vocación regional o universal, a los cuales ahora la moda conductora del consumismo les imprime el fetichismo comercial que Carlos Marx evaluó como hijo legítimo de su combatido capitalismo.

Los jipis aparecieron como un movimiento universal, con lugar trascendente, pacíficos, no violentos, defendieron fervorosamente el medio ambiente; con una apasionada protección del amor, se dividieron en andarines, soñadores y extremadamente laboriosos y creativos artesanos. Rechazan el materialismo occidental, pregonaron el “flower power”, el poder de las flores, símbolo utilizado electoralmente por los socialistas de Francia y Portugal.

Antibelicistas consumados, nacieron en USA como reacción a las campañas de guerra norteamericanas para convalidar la lucha en Vietnam y su intervención en Asia. Se acompañaron de mucho sexo y drogas, impulsaron la marihuana popularizándola y recogiendo aquella cultura precolombina de la América hispana pretendiendo organizar con ecología la droga del aborigen suramericano.

“Hagamos el amor, no la guerra”, fue su lema más traicionado. Los jipis representan una poderosa contracultura, impregnada de una anarquía pacífica y no violenta. De largas melenas sicodélicas, resultado de sus drogas y marihuana, alegres y amantes del arte, algunos muy cultos. Enemigos de los convencionalismos, oponían como signo de rebeldía ante el resto de los humanos, una ropa andrajosa y agujereada cuyo estandarte fundamental era el “yin”. Aunque entonces anticomunistas, recorrieran con ellos las calles de Moscú. Muchos se acompañaban de una guitarra, otros se iniciaron y se quedaron solitarios, los más ortodoxos terminaron en comunas.

“Lo importante es mi felicidad, mi verdad, mi sueño, mi deseo”, no intervinieron jamás en función del amor predicado en auxilio de los débiles o los enfermos, poca importancia le dieron al drama humano de la pobreza, sino que atendieron a un denso y poco solidario amor propio muy liberal y sin duda extremadamente individual.

Procuraban lo natural, la naturaleza era una de sus obsesiones, los hongos alucinógenos, eran una forma, tal vez, de sustituir la droga de la sociedad que ellos pretendían suplantar: el alcohol.

Los colores estrambóticos eran producto de sus sueños estrellados de luz y creativos suministrados por su cultura; “yins” y sandalias, en algún lugar una cinta de colores que ataban en sus cabezas, similar a las que detienen el sudor de los tenistas. Los más jóvenes con cabello largo y desaliñado.

Eran simplemente libres otros se envolvían acorazados en el libertinaje anárquico, todos actuaban sin apremio. La inmensa mayoría la formaba lo que el argot humano define como “buenas personas”, su hablar era arrastrado, entrecortado y caído en un displicente final que los distinguía. Tenían palabras muy propias que los identificaron sin llegar a alcanzar la necesaria importancia como en algún pueblo de la antigüedad, para crear una lengua o dialecto.

Fueron precursores del rechazo a la formalidad de la corbata, este fue uno de los logros en que con mayor fidelidad siguió la humanidad que convivió con ellos. La asepsia personal fue un símbolo de estatus que no compartieron demasiado les gustaba el abandono personal.

El amor al trabajo fue voluntad de muchos, eran espontáneos y muy creativos. Dominaron la indudable alegría que genera el color, esta visión es exacta en “Cristianía” hoy (en Oslo, capital de Noruega), su ciudad símbolo mundial, una zona libre que tolera las drogas; sus decoraciones y grafitis son allí formidables. Los escandinavos en sus existencialismos (¿milenarios?) son adelantadísimos del resto de los europeos. La libertad practicada por los nórdicos, raya con un libertinaje social organizado, tolerado y “reglado”, si es que no representa un enredo señalarlo así.

En Dinamarca uno de sus reyes, “Cristian”, tuvo tres esposas y 22 hijos, fue un hombre extraordinariamente liberal y progresista como rey: podría ser el precursor de los jipis y después de los coloridos punks, llevaba una trenza larga, que dejaba caer, –sin duda con inmenso deseos de exhibirla– sobre su hombro izquierdo y usaba aretes, no en el sentido de las argollas de los piratas ingleses, sino con ideas existenciales y singulares de distinguirse y proyectarse novedoso, haciendo más singular su reinado.

¡Paz, amor y libertad, fueron insistencias jipis!

Los jipis recibieron el impulso poblacional en dos naciones donde su contracultura fue poderosa en número y aceptación, pues allí la población juvenil era fuerte. En los Estados Unidos de América el 50% de sus habitantes era menor de 20 años y en Francia donde esta edad alcanzaba el 33%; la libertad holandesa también los cautivó.

Muchos jóvenes jipis disponían de la “prosperidad y generosidad” de sus padres, lo que les permitió “filosofar, trabajar y pensar”, sin mayores esfuerzos de sudor.

Los jipis precursores y más famosos ocuparon inicialmente la gran ciudad; el campo llegó después con su “madurez cultural”, su contracultura se hizo universal desde New York, la gran ciudad. Fueron símbolos tangibles de su comida, su vida, sus diseños, sus mercados y su pintura, sus valiosas creaciones plásticas; muchos de ellos “nacieron” y envejecieron o envejecen allí hoy, encerrados o abiertos, viviendo su propia libertad ya marchitada por el tiempo, pero anhelada como símbolo de vida.

El 15 de agosto de 1969, los jipis celebraron su más grande festival, fue una protesta política contra la guerra de Vietnam; 400.000 asistentes rebasaron a los organizadores, formándose una colosal trifulca que obligó a llevarles comida, bebida y auxilios en helicópteros, pues el tránsito colapsó y los caminos se cerraron. Los jipis fueron, sin lugar a duda, quienes castigaron políticamente con más fortaleza la política de USA en Vietnam, desarticulando y condenando la realidad de la guerra.

De la ciudad, los jipis tomaron el camino a las comunas, allí se fueron los más dogmáticos y ortodoxos, dejaban la soledad en sus encuentros esporádicos y casuales de convivencia para vivir, algunos promiscuamente en comunidades entonces, por razones originales de su idiosincrasia –la naturaleza– al igual que las grandes civilizaciones del hombre nacieron al margen de los grandes ríos o en un encuentro final con el mar que alimentaban vida.

Caminaron también inspirados o influenciados por poderosas religiones orientales, o en regresos de sencillez a las catacumbas. Otros, aprovecharon la fuerza jipi de los años sesenta para promover la idea de “la academia del Himalaya” fundada en 1962 en Virginia, Nevada.

Los jipis se hicieron comunitarios a su manera, el bohemianismo pactó con ellos; muchos abandonaron un romanticismo rural que sin duda les sumó adeptos. Forjaron una vida en común sin abandonar jamás el individualismo, es decir, conservando su semilla existencialista de tomar con libertad “yoista” cualquier rumbo dentro de ese todo comunal. Así, fundaron en mayo de 1965 Drop City, en Colorado, que fue su primera gran comuna, la que se acercaba salvando otras distancias a la vida comunitaria de Gandhi. La granja de Tolstoy fue ejemplo de vida en comunidad rodeada de pobreza.

Muchos jipis, antes de envejecer, se convirtieron en formidables líderes y conductores en el reemplazo generacional de aquel mundo que con amor y sin violencia combatían; otros cortaron sus cabellos regresando mezquinamente a la incómoda corbata; y otros, ya con más de 50 años, se hacen inútilmente viejos en el fracaso de una contracultura, que, sin duda, modificó algunos esquemas; que amorosamente sin asomos ni abusos de sangre, quisieron imponer. Escuché a alguien con humor venezolano decirme al quejarse del pánico al trabajo de un sobrino: –“¡Qué vaina la de Toño, sigue de jipi a los 56 años, sólo que ahora es jipi de otoño, pues ni es jipi, ni es un coño!”– concluyó muy serio mi dilecto amigo.

Para la dureza, crueldad y odio que arrojan el mundo contemporáneo mortal y cambiante, el hecho de que los jipis “buenas personas” se nos pusieran viejos, ha sido un severo golpe a la existencia vivida con amor, libertad y paz.

Cuanto más los requeriríamos para que enfrentaran esta inclinación a la autocracia y la violencia; cuando el hombre pretende imponerse con una cultura de la muerte; cuando su ideología política, potenciada ahora con elementos tomados de la ruda antigüedad: la crueldad con sangre y la soberbia para imponer fundamentalismos religiosos en nombre y representación de un Dios cuyo pensamiento pretendemos interpretar con innegable sabor político autoritario y macabro, los jipis hacen más falta en el escenario convulsivo de ese nuevo milenio vacío de amor y tolerancia.

Si el fundamentalismo, padre del radicalismo político, es terrible, desastroso para el hombre, el dogmatismo religioso y cultural destruirá todo asomo de convivencia, y entonces sentiremos una mayor nostalgia para evocar la ausencia de los jipis, de las flores, de su amor y de su desdén disfrazado de imperturbable holgazanería y efervescentes deseos de paz, amistad y siempre amor.

## LAS RATAS NEGRAS

Aquellas ratas de Ernesto Sábato perseguidas por comerse los billetes del Banco Central de Abbadon, no fueron las únicas que enloquecieron a la humanidad; tampoco las que comparten el mundo subterráneo de los ciegos que persiguen al notable argentino en los lugares inmundos y de pestilencia cloacal de la ciudad grande que él camina en sus azoros vitales.

El relato de las ratas negras –encontrado en muchos lugares– me interesó sobremanera. Desde la Edad Media, las ratas siguen agotadoras y repulsivas como tesoneras compañeras de lo putrefacto, desde la antigüedad son flemonas y furunculosas, hoy tanto como ayer, resucitan el recuerdo desordenado de pústulas traídas al mundo desde aquella civilización cercana al Turquestán que invadió con la peste negra el Mediterráneo en la Edad Media. El bioterrorismo las acerca hoy con las Twin Towers de New York donde pretendieron repartir a diestra y siniestra sus correos de muerte, con la eficiencia operativa aquellos furúnculos del ántrax, hermanado en nuestra imaginación con esas inmundas ratas de la Edad Media.

Aquel lejano tiempo, que la humanidad no soñó regresaría, –menos en un momento tecnológico –hoy– de alcances maravillosos –esos animales de increíbles, gruesas y torpes colas lampiñas y babosas, acompañándose en repelente contraste con su manto de pelambre negra y grasienta, esas ratas negras bacilosas, llegadas desde Asia, invadían a Europa por sus puertos. Venían atosigadas de infecciones que dejaban escurrir desde su torrente sanguíneo, contaminándolo todo con sus ampulosos bubones productores de miasma y pus. En su comitiva de ciclo funerario venían acompañadas por pulgas también regordetas, repletas de sangre sucia. Ambas portaban el bacilo mortal de la pavorosa peste negra, la peste asiática, “la mayor enfermedad infecciosa y mortal conocida por el hombre”, la peste bubónica, que se mostraba para los legos en dos formas: la septicemia que caía sobre la sangre para corromperla y la neumónica que era un bólido mortal que asesinaba en horas en bufidos corrompidos que tomaban el aire.

Las ratas negras multíparas e inteligentísimas, dicen que pueden comunicarse entre sí mediante ultrasonidos, ocuparon los puertos del Mediterráneo, menos prolíferas que las grises: parían cada 22 días, engendraban hasta diez crías cada vez y cada cría era adulta para volver a parir sólo en 90 días; su vida máxima podría llegar a los 7 años, su sexo apasionado es fugaz pero muy frecuente, una pareja puede crear una descendencia de 15.000 individuos en solo un año. La procreación geométrica era, pues, avasallante. Los puertos eran su lugar ideal: podredumbre, sucio, humedad para esta singular

y hábil nadadora aguantan su respiración pulmonar hasta tres minutos debajo del agua. Omnívora indestructible, igual comía cadáveres que madera, algodón o papel. La mugre insolente y copiosa y la asepsia, ausente en la edad medieval, la recibieron como a un monarca, acompañada de sus olores apestosos. Superaba a la rata gris en la facilidad para multiplicar su contagio diseminando abundantemente la infección, eran similares al comportamiento conductor de la electricidad por el hierro o por el cobre. Estaban en todas partes, sus costillas están abisagradas a su columna para deformarse y así poder pasar imposibles agujeros o grietas.

La rata negra uno de los mejores olfateadores del reino animal, lo que ha permitido rastrear con ellas los campos minados por la guerra, rebosante de experiencia, inconosa, haría desaparecer más de mil ciudades europeas, matando el 33% de los habitantes de Europa. “Era una ciudad próspera y poblada hasta que el demonio vino en forma de rata”, escribe un autor anónimo del siglo XV. Era el año 1348; las ratas negras sembrarían la muerte en el continente europeo, se sumaban a otras plagas que la suciedad agusanada distribuía en los siglos viejos con gran diligencia: en el 400 a. C., arrasó a Grecia y en el 3000 a. C., la viruela había destrozado a la India. Las ratas se sentían poderosas, habían llevado pestes también a Egipto, Libia y Siria en el siglo VI antes de la era cristiana. La fiebre de Manchuria o tifoidea también recorrería Europa asociadas con ellas en un pavoroso proceso de muerte y desolación. Las ratas y sus pulgas, compañeras de violencia, arribaron por el Mediterráneo. Génova y Venecia fueron los puertos que acusaron mayor contagio junto a Marsella donde se repetirían sus residuos en 1720. Estos portadores de desolación habían abordado con su morral de muerte desde el puerto de Kaffa en el Mar Negro, donde planeaban el asalto a Europa desde el año 1330. Muchos señalan que las ratas se potenciaron desde el Oriente con Las Cruzadas del siglo XII. La peste criminal e insaciable sólo se atemperaba y cedía un poco en su furia ante la presencia del frío y la sequedad; por eso se apagaba al término de cada verano para hacerse nuevamente del máximo de su poder cada septiembre. Salía externamente por los ganglios de las axilas y las ingles, con tumores en forma de huevos que se extendían después por todo el cuerpo acompañados de un apestoso hedor. La inclemente y pavorosa fetidez ocupaban todos los lugares, no respetó ni estamentos ni oficios, igualó a todos los hombres, pero se ensañaba más con la pobreza, por carecer ésta de una elemental higiene; la ignorancia medieval fue otro de sus grandes aliados. Como experta asesina, asechaba sigilosamente. Igual era “peste latente” que esporádica, se convertía en epidémica. Esa epidemia arrasadora permaneció durante más de cinco destructores años, luego se hizo esporádica hasta el año de 1400 donde permaneció por 52 años más.

El 1670 se hizo epidemia en Inglaterra y terminada ya para todos, reapareció en 1844 con brotes en Arabia, Persia y África, lo que obligó a instalar severos cordones sanitarios. Venía desde Asia, China, la India y Turquestán, en un beso agónico que chupaba la vida bordeando el Mediterráneo en la costa europea hasta hacerse de Inglaterra y el norte de ésta. Golpeó brutal e inclemente a Constantinopla, París, Florencia y la península Ibérica, resistiéndola más Milán y Baviera que el resto de los lugares afectados. En Barcelona la peste arrasó la población. En muchos sitios tuvo la epidemia repercusiones políticas y racistas, una destacada y fuerte contra los judíos, en España donde los acusaron de haber contaminado las fuentes de agua con el flagelo de aquel bacilo inmundo que atropellaba la vida.

El bacilo mortal con una rápida putrefacción y hedentina colmó el continente; su velocidad era espeluznante, penetró en todas direcciones como los dedos extendidos de una mano por toda Europa, pero prefería su mejor vehículo: el agua. La “muerte negra” almacenó pánico y horror, día a día se acumulaba el inmundo bacilo que era recto o encorvado, para hacerse altanero y resistente. Agresivo, ocupaba mesones, tabernas y posadas, logró así ser invencible y revolverse con otros males y deficiencias, afectando gravemente el piso social, económico y político de Europa, devastándola como los Vándalos, tan salvaje como los Hunos.

El nombre de peste *negra* se supone obedece al color que tomaba la piel necrosada y las hemorragias bajo ésta. Se llamó también “la gran mortandad”. La bacteria se mezcló presurosa en hombres y animales; en el campo fue pavorosamente cruel, dispersando la catinga en los establos y corrales, sus furúnculos rodeados de un halo negro y tenebroso ocupaban por igual la piel de hombres y animales en confusión de mortandad total.

Trajo, sí, un regreso a los valores morales olvidados por el hombre; con ella vino un retorno a lo ético, religioso y político, tan deprimido y afectado en aquel momento. La Iglesia, que estaba obsesionada por el poder terrenal, se volcó hacia sus viejas reflexiones. Las contundencias dogmáticas y materiales fueron excitadas y repotenciadas por la confusión y el pánico activado por los anuncios de castigos divinos aniquiladores que correspondían a cada predicador independiente. Un terror espiritual agobió a Europa; las calles se apretaban de exaltados que en penitencia flagelaban morbosamente sus espaldas con tiras de cuero entrelazadas con cadenitas de hierro, tiras que concluían en abrojos metálicos. Mientras los cadáveres y las ratas ocupaban como actores las mugrientas y húmedas calles medievales que atufaban ausentes de sol y repletas de moho, ocupando los vericuetos de sus admiradas piedras, se predicaba

anárquicamente contra los excesos sexuales, las bebidas, los vicios y las repetidas gulas heredadas del paganismo romano. Todo este bochornoso escenario nacía de las purulentas ratas negras invasoras. La Iglesia debió entonces reflexionar profundamente y el Papado intervino, aplacando los excesos y errores de gentes y predicadores.

El terror por contagiarse tomó la mente y la voluntad de todos. Las familias se aislaron, el contacto humano necesario en momentos de calamidades sociales se ausentó; los escalofríos, la fiebre alta, los vómitos y las ulceraciones iniciales que en días de mayores martirios se hacían fistulosas y fermentadas junto a las exhalaciones, eran presagio de muerte y aviso para que se abandonara al enfermo: no había demasiado tiempo entre este aterrador inicio y la presencia de los apuestos bubones. Todo lo envolvía el caos que era de tal fuerza que interrumpió apaciguando el odio histórico de ingleses y franceses al detener su “Guerra de los cien años”. ¡Una paz obligada ante la presencia de otra forma masiva de muerte! La confusión hundía y acongojaba la vitalidad creadora de Europa y la obligaba a reflexionar sobre lo trascendente. La eternidad, el infinito y lo inmortal volvieron a pensarse.

Los excesos religiosos generaron un salvaje e impetuoso misticismo; así, en el 1349 llegó a Londres una curiosa emigración desde Holanda: eran más de 100 personas que el día de San Miguel salieron en una exótica procesión desde la bella catedral de San Pablo; en Londres hacían su “show” dos veces diarias, iban “cubiertos de la cintura a los talones con una falda de lienzo”, desnudo el resto del cuerpo con un gorro pintado con cruces rojas. Empuñaban instrumentos para flagelarse, lo que hacían a medida que avanzaban, sangrando abundantemente por los auto azotes; otros cantaban, en algún momento se zurraban unos a otros, “los penitentes atrajeron pronto a la hez de la sociedad y se transformaron en expediciones de rapiña y robo”, esto trajo la condena papal que los había tolerado al inicio como penitentes públicos para que fuesen atenuante “religioso” en la angustia de aquel momento de pánico y horror.

Los grandes y oscuros hematomas sombreaban la piel, un semblante de sólido color plomo, rodeaba los ojos enrojecidos y lagrimosos, destacados por ojeras muy negras de los enfermos. Hemorragias y diarreas debilitadoras ocupaban los infelices cuerpos tomados por aquella podredumbre. La orina era roja y sus sedimentos semejabán polvo de ladrillo. El enfermo era envuelto sin compasión por un vaho de putrefacción halitosa, haciendo los ambientes que éste ocupaba pútridos y nauseabundos e impregnándolo todo con un miasma masificado.

La ropa de los sanos y enfermos, los ambientes, calles y casas sumaban suciedad y caos. El hijo no toleraba al padre enfermo, la esposa huía del esposo sintomático, la soledad era el alivio de la gente. Todo lo consolidaban espacios

disímiles de emanaciones, aquel vaho mortecino, asqueaba todos los lugares separando con pavor a hombres y familia.

En las primeras semanas de la enfermedad, y a veces tres o cuatro días después de cada brote o síntoma, aparecía la muerte. Los ganglios linfáticos se inflamaban expulsando bubones, volcanes dolorosos de supuración, cuya pus se hacía el vehículo de contagio más seguro. Los bubones sensibles, de borde rojizo, ennegrecidos y de un borde blanco amarillento, a veces eran las bubas duras, muy negras y calientes que reventaban sin clemencia los testículos eran flemones de

muerte que encendían un martirio y aceleraban contagios. El dolor del furúnculo era infinito y mayor el sufrimiento al acompañarse de las malolientes secreciones. Los bubones aparecían abusivamente invadiendo la piel; brotaban explosivos en el cuello, las axilas y las ingles, haciéndose martirio indetenible y persistente. La ropa enchumbada de pus y de contagio con aquellos flujos funerarios y pestosos, acercaba en horas la cita indetenible con la muerte.

Todo rompía la mente de los hombres que se enfrentaban con ferocidad por nimiedades causantes de una masiva confusión, que avanzaban con destreza. Los gases pestilentes de las zanjas y las carnicerías, la catanga de los animales enfermos aterrorizaba a las poblaciones. Se abrieron lejanas “casas de pestosos”. Los pueblos se hacían ingobernables. La gente huía de la gente.

Se encendían hogueras infernales con acopios de carne y ropa que despedían olores de asado y humo negro, putrefactos. El enterramiento en fosas comunes se hizo normal; los cadáveres eran echados en ollas y tapados con tierra de inmediato. Todo recordado ahora con las piras de “las vacas locas” inglesas, cuyos cadáveres fueron movilizados por decenas mecánicamente con bulldózer amarillos, en impresionante e indetenible aglomeración de muerte y testigos de la contaminación terrenal de hoy que se acerca increíblemente a las ratas negras.

El Decamerón de Boccaccio relata esta tragedia del viejo mundo europeo, que se estimó sólo en la Florencia de entonces en cien mil muertos entre marzo y julio de 1348; en algunos lugares desaparecieron por completo pueblos y ciudades, todo quedó vaciado en pre-homenaje medieval para nuestra “civilizada” y contemporánea bomba nuclear, al terrorismo impersonal o a la tecnológica bomba química “sólo mata gente”. El mayor número de víctimas lo cobró proporcionalmente esta aniquiladora de hombres entre los sacerdotes y monjes, a causa de la atención personal de éstos a los moribundos. En un sólo monasterio de Aviñón, mató 66 monjes. En Yorke, dispuso en un convento de 40 de los 50 monjes que lo formaban. Los testamentos crecieron veinte veces.

La peste además de los bubones se presentaba como “peste neumónica”, ésta era la más contagiosa variedad con mayor extensión y mortalidad, pues se

contaminaba por inhalación. Todo se juntaba para matar con la mucha urgencia del viento.

El autor anónimo que antes recordamos fue patético en su relato: “Los enfermos caminan lentamente como guardando el equilibrio con dificultad y sus siluetas son tan delgadas que se asemejan a esqueletos y sus ropas cuelgan de sus cuerpos como trapos sucios sobre palos viejos”. Y el mismo autor anónimo relata sobre la vida del hombre sano encerrado en su aislamiento: “Esta noche el hambre ha sido tan grande que decidí salir...”

No existía oposición científica alguna al devastador proceso, éste sólo recibía el combate de la magia y la hechicería y así el mal mayor adquiriría ventaja. Los barberos eran entonces los cirujanos, sus navajas disfrazadas de bisturí y acompañados de una gruesa ignorancia, abrían los furúnculos y bubones apretados de pus, contaminando con esto más lugares que así se saturaban de bacilos. En otros casos se colocaban sanguijuelas para desangrarlos, lo cual debilitaba más al enfermo, acercándolo a la muerte y dando fortaleza a la bacteria asesina que así se multiplicaba más sin las ratas.

La peste entonces se desplazaba con mayor rapidez que el contagio mismo por las propias ratas, pues al empapar aquellos flujos el algodón, se hacía indetenible. El algodón junto a las crines, la seda, el cuero y el papel, eran los medios óptimos de propagación. Más resistentes a aquella contaminación eran los alimentos, el pan y las monedas y los metales en general.

La peste se hizo revolucionaria en sus cambios económicos y sociales, la despoblación rural golpeó el campo donde espléndidas fincas rurales quedaron desasistidas y sin herederos. El mundo se hizo más ciudadano pues millones de hombres emigraron a las ciudades dejando aldeas y comarcas desiertas y abandonadas, esto creó una severa y extensa crisis económica.

De esta trascendente desgracia nacería una Europa nueva, uno de los procesos de más brillo de la humanidad: el Renacimiento. Una nueva Europa llegaría después repleta de belleza, de conocimiento, ejercitada en el sacrificio, la experiencia y la fe, vivificada en aquel padecimiento que impulsaría más requerimientos de amor, solidaridad y libertad.

Hoy el terrorismo y la separación acompañada del siglo XXI recuerdan a la peste negra, el ántrax y la horripilante destreza pegajosa de la viruela, una de las peores enfermedades vencidas por el hombre hace decenas de años, desaparecida de la Tierra desde 1980. Podremos regresar renovados con tumores y bubones atómicos o bacteriológicos, terroristas, cultivados por el hombre en sus laboratorios de muerte que la torpeza humana conduce y pretende renovar y conducir, aquellos terribles bubones regresaron con Hiroshima: son las ratas negras de hoy que se organizan con mayor soporte

tecnológico, más coordinado y efectivo que aquellas inmundas de 1348 arrasando igualmente sufridos inocentes lejanos al conflicto.

La peste negra superó a todas; el cólera morbo, ese bacilo asiático endémico que vive en las orillas del río Ganges, sobreviene con vómito y diarrea, la piel se arruga y se deshidrata, ingresa por vía líquida como reserva perniciosa que nos recuerda terribles verdades. La fiebre amarilla como vómito prieto, infecciosa y endémica en las Antillas, el Golfo de Méjico y África, transmitida por picadas de mosquito, la neumonía china, el catarro intestinal de la fiebre tifoidea o de Manchuria, que eleva en pulposas inflamaciones el vientre, son algunos males que, como la peste negra, el hombre ha vencido, sin tal vez poder vencer su propia y creada peste que cultiva en voluntad de violencia y odio religioso, ideológico y cultural en los laboratorios de hoy que predicán inquinas y rencores para alcanzar objetivos de maldad y radicalismos.

Se dice con propiedad, que el origen concreto de la peste negra europea de 1348 surgió cuando los tártaros atacaron un fuerte en Crimea, en Feodosima; este fuerte, defendido por genoveses resistió, cerrando el castillo que protegían, los Tártaros catapultaron dentro de éste cadáveres infestados de peste negra, saliendo muchos genoveses de allí contagiados y regando su infección por el Mediterráneo y el mundo.

¿Los Mongoles, precursores de la guerra bacteriológica del hombre nuevo, se han puesto otra vez de “moda?” al menos en “camino enfermizo” de crueldad incomparable. Lo cierto es que el hombre ha ido siempre acompañado luctuosamente de un karma que con él ha ido cabalgando los siglos: la peste negra... la viruela... la tuberculosis... la sífilis... el cáncer... hoy el sida, cada una incurable en su momento y cuando pareciera dominarlas aparece el tremendo fantasma de la “peste aviar” con el terrible pronóstico de la contaminación “hombre a hombre” que potencia la posibilidad de muerte masiva y sin control en el planeta tierra que tanto nos empeñamos en hacer inhabitable y explotar continuamente.

## “PRINCIPE”, EL ARABE

Había vivido en intensidad: burras con caballos; caballos con burras; mulos estériles pero insistentes; mulas abandonadas a la suerte sujetas solo al placer en la vieja hacienda. Pero ahora era una novedad.

El hombre se acercó a ese ser incomparable para formar con él una dupla inseparable en la guerra y en la paz, acompañándolo con insustituible nobleza: ¡El caballo! Que junto a la mujer son los seres más bellos de la creación.

“Rocín” es un caballo “de poca alzada y mala apariencia”, flaco y destartalado; Cervantes magnificó como nombre para hacerlo actor fundamental del Quijote agregándole el “*ante*” para convertirlo así en “Rocinante”. Según Don Quijote, era éste un “nombre alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue Rocín, antes de lo que ahora era: el primero de todos los rocines del mundo”. De aquel razonamiento nació el nombre del noble animal acompañante del caballero de la triste figura, y aunque tenía “más cuartos que un real y tenía más tachas que el caballo de Gonela”, (el caballo flaco del bufón del duque de Ferrara) le pareció –a Don Quijote– que ni “Bucéfalo”, el de Alejandro, ni “Babieca” el del Cid, con él se igualaban. “Cuatro largos días tardaría Don Quijote para escoger aquel nombre para su caballo: Rocinante, ¡bisnieto de Babieca!” El caballo ingresó de lleno en la cultura universal, de más prosapia, con destacada participación en la historia y en la mitología de la humanidad.

“Pegaso” fue el caballo volador de los dioses, que había vivido y galopado de potro en el monte del Olimpo, conviviendo en él con las divinidades griegas. Era producto de un cruce de caballo ario, raza nórdica indoeuropea, con persa, raza de esa nación de Asia... ¡Un caballo árabe!

“Janto”, era el caballo de Aquiles. Uno de los caballos de la Ilíada, necesarios, irremplazables en la obra de Homero y lógicamente en la guerra de Troya. Cuando Peleo y Nereida Tetis, padres de Aquiles se casaron, recibieron entre sus regalos dos caballos inmortales: Janto y Balio, hijos de la yegua Podraga. Janto era negro, de sangre persa, tenía tres años, y sus patas eran fuertes y llenas de vigor, su velocidad descomunal era mayor a la de cualquier otro equino. Balio era blanco y tan rápido como Janto, pero la velocidad de ambos impedía a Aquiles uncir a su carro otros caballos, pues éstos no podían igualar a aquellos en su desmesurada carrera.

Sin caballos como Bucéfalo, Babieca, Lazlos, Incitatus, Rocinante, Stralegos, Pelio, Janto y Balio, muchas páginas de la historia del mundo no se hubieran podido entender.

El poder y la conquista sobre la América hispana, lo hicieron posible los caballos de Hernán Cortés quien sometió a Moctezuma y conquistó a Méjico; y los de Francisco Pizarro, quien venció a Atahualpa, fundador de Lima y conquistador del Perú. Los aborígenes no conocían el caballo, lo que les produjo gran terror y una visión mitológica divinizada que unía hombre–caballo, algo parecido a la antigua figura del Centauro. Los legendarios caballos conducidos por los libertadores americanos, aglutinados en Simón Bolívar, Antonio José de Sucre y José de San Martín, ayudarían a reventar el poder y el dominio español siglos después. El caballo fue así actor fundamental en la conquista y en la libertad americana.

“Príncipe” es un “caballo del desierto”; así se llama en su origen al caballo de raza árabe, de increíble belleza y brío que hoy invade el mundo soportado en su extraordinaria calidad. Mahoma utilizó a su camello llamado “Alqaswa” antes de tomar intensa adhesión por “el caballo del desierto”. Recordemos que la tradición señala que el ascenso del profeta Mahoma a Dios lo hizo en un caballo con alas. “Lazlos”, llamó el profeta Mahoma a su primer caballo árabe, que lo condujo en su primer viaje a La Meca. Era un ejemplar extraordinario, el caballo árabe toma consistencia y raza, gracias a Mahoma quien formó una yeguada que consolidó esa raza atendiendo a cinco condiciones básicas: belleza, fuerza, velocidad, resistencia, y docilidad. “Kuhayla” fue la bella yegua líder de la manada de Mahoma, quien en su amor y reconocimiento al caballo dijo: que “el diablo nunca osará entrar en una tienda habitada por un caballo árabe”, esto llevó a ligar el Islam a través del Corán al caballo. En efecto, éste señala: “Cuantos más granos de cebada proporciones a tu caballo, más pecados te serán perdonados”.

Fue Jenofonte en el 440 a.C., alumno de Sócrates quien escribió por primera vez sobre caballos. Las Cruzadas, movimiento que perduró por 300 años, desarrolló mucho la tenencia del caballo y dio la posibilidad a sus criadores de entrelazar las razas. Los romanos no se destacaron por la utilización del caballo en la guerra, como sí lo hizo Alejandro Magno; sin embargo, el emperador Constantino logró organizar un ejército de caballería de 150.000 hombres bien montados.

La utilización del caballo que podría haberse iniciado en la edad de bronce, luego de servir de alimento se utilizó para arrastrar pesos, y fue tiempo después cuando se usó para montar y como arma de guerra.

No sólo la belleza, inteligencia y brío nos atraen del caballo, son las cualidades de este animal: el poder de percibir con apremio sonidos lejanos y ubicar su procedencia, identificar la voz que se le acerca para darle una zanahoria; por medio del olfato procura su alimento y el potrillo reconoce por éste, a su madre. El caballo descansa en tres patas y tiene en la soledad su mejor

maestro para ser entrenado; la violencia no logra amansarlo, pero la curiosidad lo vence donde se encuentre.

En la hacienda el semental “Príncipe” había salido del establo, esperaba paciente y alegre, presentía en aquel momento ese instinto de espera feliz que lo volvía ríspido y voluntarioso.

En la Pedregosa la tarde se hacía roja y se metía entre las copas de los árboles, que pintaban así sus hojas de ocre, acabados en los destellos moribundos de un cielo iluminado por un sol refulgente que se iba. La pequeña laguna era ostentosa en el lugar, apropiada al sitio y generosa en los reflejos intensos que multiplicaban aquella luz de sol que ya languidecía, envuelta en un fuego de verano anochecido que sostenía los ratos de una tarde vieja; bandadas de pájaros y loros lo presentían emigrando a las tupidas montañas en el fondo de la Pedregosa, rodeada de bosques merideños.

El patio de monta estaba frente a la cascada del arroyo de aguas parameras, conducidas hasta allí para dejarlas caer en cascadas refrescando el imponente escenario, que se esmeraba en delicias de vida para recibir a “Príncipe”, el más bello de los sementales.

Los caballos y potros en sus establos presagiaban el momento inmediato, y con sus relinchos y desparpajos pronosticaban lo que pronto aparecería en vitoreada escena.

Ritz Endeavor y los demás sementales del haras estaban siendo alejados por Teodoro y Carlos para aplacar la escandalosa algarabía de relinchos gozosos. La caballada estaba llena de impaciencia y angustiada espera, todos dirigían sus cabezas al patio de monta; la preparación del ambiente y la seguridad para los actores eran elementos indispensables en aquel momento activo.

“Diva” se auto-presagiaba escogida; los manejos a que la habían sometido en el día le otorgaban en “experiencia” la certeza de lo que prontamente le ocurriría, por ello su alegría y el bullicio eran mayores en esa yegua.

Los potros mayores en descanso protestaban con relinchos amenazadores y pretendían animar quejas que les permitieran quedarse en sus lugares visuales de siempre. Luis Alberto sonreía al observarlos. El lugar de la escena en el patio de monta estaba repleto de espontáneos: Henry, Samuelito, Orlando y Pedro apuraban quehaceres para estar presentes en el incomparable espectáculo de la monta. La caballada animaba el escenario y el sol perezoso seguía haciendo lento su retiro. Ya todo estaba a punto.

“Príncipe” fue sacado de su establo, apareció altivo en el largo callejón de los caballos. Poderoso y único, llegaba con respingos, poseído, lustroso e impecablemente peinado; venía saltando, lo sabíamos por sus relinchos

espontáneos y sus miradas buscando a la escogida, y coqueteando con todas las yeguas que presurosas se asomaban por los postigos de los establos, celebrando el paso presuntuoso del formidable garañón.

En pocos minutos tomó su alterado papel en la escena.

Bien plantado, se agitaba ya, empapado en un sudor de espuma. Los ojos vistosos y muy grandes se abrían doblándole las sedosas pestañas negras, la tarde lo acosaba en la premura no del frío que llegaba, sino del anhelo por su presa, a la que tal vez pensaba desde el establo.

El sol partía y la brisa atenuó su abundante sudor. La yegua Diva llegó a su lado, tímida y entregada en sus fugas masivas de orina, se cerraba y abría acalorada en su profundo sentir, vivificada por el vigor cercano del gran reproductor.

Este padrote era tercamente regio, repetía el acto y hubiera sido casi imposible devolverlo al corral o al establo, si no hubiese concluido su deseo ya invencible de cabalgar la yegua; la angustia por esa demora lo hacía olvidar su inseparable nobleza, volviéndolo rudo y portador de un disgusto peligroso para todos. “Príncipe” piafaba con fuerza repetidamente salpicando chispas con sus cascos protegidos con casquillos y repitiendo coces cortas.

Era un caballo de extraordinaria belleza, arranque y brío. Alto, su apariencia poderosa, vivida de una energía acumulada para el evento, parecía inagotable y lo era. El ágil y rápido caballo apenas había llegado a los cinco años y se perfilaba ya con credenciales de un ejemplar que bien administrado y comido, podía servir más yeguas que el común de los buenos y veteranos padrotes.

Su cabeza muy árabe, era hermosa, y potenciaba su belleza espectacular, terminada en dos pequeñas y perfectas orejas que bailaban con sus ojos y patas una danza de inquietud y acoso para la bella hembra; ni el mejor pasto o alimento, ni la mejor golosina o zanahoria, ni siquiera el agua para apagar la sed que aportaba su descomunal sudor, podía apartarlo de su intención vital y persistente de aquel momento: montar la yegua.

Mientras organizábamos a la hembra en el patio de monta, “Príncipe” seguía golpeando el suelo con las cuatro patas a un ritmo de fuerza y constancia hermosa que empolvaba sus brillantes cascos; Carlos lo sujetaba con fortaleza, pero debía acompañarse con él para armonizar las violentas vueltas y acercamientos a la yegua que estaba inmóvil pero cuyo vientre y vulva se movían saliendo de dentro al exterior agitada por todas partes. Aquel movimiento femenino sincronizaba el corazón del semental ojinegro, que se tonificaba incesantemente.

La tarde había muerto despacio. Todas las faenas habían sido abandonadas para observar el teatro final y mágico que impresionaba no sólo

por lo colosal y singular del espectáculo, sino por el estruendo de los demás animales que transforman las tareas. Presenciarlo constituía un privilegio. No es una exhibición particular y notable que todos entienden y atienden, sino un rito espontáneo y creativo de la naturaleza que se adorna con la cómoda y franca representación de los dos actores, permitiendo cualquier contemplación de los observadores siempre y cuando no se les interrumpa su prelude, pues es éste infinitamente más prolongado y dichoso para ellos que el momento final.

El público aumentó densamente. Los que presenciábamos, los que coordinaban la monta y algunos otros trabajadores y curiosos llegaron de otras áreas y el más alborotado y animado de los públicos, la cuadra de establos, se sumaba en relinchos de más de veinte animales donde las brillantes y hermosas cabezas de otros machos más lejanos de allí y el resto de la yeguada observaban atentos el espectáculo que se iniciaba, permitía aquel coro alegre y ensordecedor de voces de caballo dadas en densos resoplos de belfos temblorosos y sonoros, la voluntad de “entrenarse” para las faenas reproductivas del harás. Alguno de los acomodados observadores que no quería perderse el espectáculo, rebelándose ante la orden de cerrar la ventana del pórtico de algún establo donde los excesos del ocupante podían presagiar problemas mayores. Los padrotes eran los primeros en sufrir la censura con cierre visual del espectáculo, pues su sofoco y brío de acompañar desde su lugar al semental, los hacía insoportables.

El semental era cabestrero siempre que Carlos lo dejara llegar a someter a la yegua para convencerla con sus ojeos continuos primero, luego con sus olisqueos interminables y, por último, adornando todo con sus mordiscos de amor sensiblemente sentidos y aceptados en sumisión y gusto por la acosada yegua que con ello se rendía.

“Príncipe” se hacía gigante e imponente alzándose soportado en sus sólidos corvejones, era un castaño “colorao” con una suavidad de piel excepcional, sus patas eran largas y con aplomos singulares, alto, sus cascos eran poderosos reventadores de suelos que aceptaban hundimientos ante el poder de aquellas manos o patas golpeadoras. Armaba la cola que levantaba con mucho vigor, dejándola caer en un semicírculo perfecto y ondulante que sostenía en su final un brillante y bello pelo sostenidamente sedoso y pulcro. Su pedigrí revelaba un ancestro árabe imbatible; su abuelo era legendario y había dado las mejores crías en el mundo de los árabes, su madre era de una belleza inigualable, estaba rodeado de parientes campeones en el exclusivo universo árabe.

Pienso que su indudable éxito como insistente y recio galán se debía además a que oliscaba la silueta elegante de la yegua, con los movimientos sueltos y naturales de su crin negra sólida, lo que hacía más atractiva la ejecución de su danza al apoyarse en el más hermoso y largo de los cuellos,

robusto y ondulado. “Príncipe” se movía alegre con destreza de maestro. Su cabeza similar a la de su distante padre y a la de sus legendarias abuelas, confirmara su fenotipo espectacular. Los abuelos de “Príncipe”, con treinta años de excelente producción y más de 70 hijos campeones vivían retirados de sus glorias, comiendo avena, zanahorias y dando muy contadas y especialísimas citas de amor, pues a su edad avanzada no se los permitían, mientras su semen congelado les permitía la vigencia terrenal que los hacía inmortales... en cientos de costosas pajuelas.

Sus ojos tenían a cargo la prueba contundente de su estirpe: era todo un suceso de privilegio observarlos pícaros y de medidos movimientos, sus ojeadas rápidas eran celebradas por todos, “Príncipe” no perdía detalle en aquel encuentro. La cabeza se hinchaba en su frente y se estrechaba armoniosamente hacia su hocico, los ollares se le inflamaban y dilataban con soplidos constantes que lanzaban un ruido de sensualidad incomparable, sus crines alargadas bailaban con el viento como si quisiera seducir vertiendo fuego.

La yegua “Diva” era una árabe legendaria, muy blanca, de un brío incomparable que se mezclaba con una nobleza que toleraba niños entre sus patas, acompañándolos con estremecimientos de noble vigor y brío. Tenía también una cabeza colosal, la más bella, que acompañaba a un cuerpo largo, que casi siempre heredaban sus potros. Era una excelente madre. Altiva, ocupaba extraordinariamente su puesto de gran señora de los establos, respetada por todos, jamás requirió un recelador, estaba dispuesta siempre a entregarse al cabalgamiento y tenía una edad prolongada que había madurado colosalmente su presencia para el semental que permanentemente la admiraba. Era sensacionalmente hermosa, sus escenas de monta tenían un público selecto que indagaba esas fechas pues era deliciosamente airosa y de una inteligencia y delicadeza insuperable. Cuando el momento se hacía muy deseado, levantaba su pata y doblaba su corona golpeando el suelo y requiriendo más atención de parte del “galán”. Había que sujetarle las patas para proteger la integridad por la premura presurosa e intempestiva de “Príncipe” que impetuoso, pretendía terminar todo antes de tiempo.

“Diva” estaba colocada junto a un bello árbol siempre verde del patio de monta, todo estaba listo para el cabalgamiento, “Príncipe” olorizaba finalmente. Al soltar cuerda, el semental saltó sobre sus dos poderosas patas, sus músculos se salían de los bordes, movía el bello con angustia, cada ollar se agigantaba con vigor; había un innegable esfuerzo de tendones, su tremendo poder y peso se posó sobre “Diva” cabalgándola, un ímpetu inesperado produjo un certero acoplamiento y penetración con todos los recursos de que se disponía ayudado por Carlos para acercarlo y hacerlo más efectivo; “Diva” resuelta y animosa se mostró eficientemente firme y aceptó aquella acometida gigante final de

“Príncipe”. Los minutos no llegaron a contarse, el final se concretó: “Príncipe” jadeaba su sudorosa constancia que le acompañó siempre desde el acoso inicial, sólo entonces apareció el agotamiento del animal.

Bufaba tenuemente, sometido al cabestro, resignado y lento, regresó al establo. Al paso de un coro de relinchos de yeguas, potros y algún otro padrote que daban salvas al resultado visto, la caballada entusiasta lo aclamaba; ¡“Príncipe”! aceptó entonces el paso apresurado de quien lo conducía; tenía sus orejas puntiagudas y firmes, con su instinto imperial, se fue en tramos de trote corto y largo; se mostraba espléndido en el brillo de su pelo mojado, alegre y satisfecho, ya vencedor con su fortaleza ingresó al establo mirando resignado por última vez el patio de monta.

“Diva”, aceptando la nueva responsabilidad que aparecería en once meses, regresó también paciente a su establo, discretamente coqueta con los potros que desde sus caballerizas admiraban su paso hermoso. El anochecer la acompañaba con una delicada brisa que se desviaba hacia las altas montañas de Mérida en La Pedregosa desde el generoso cañón del río Chama que pasaba muy abajo. Todos empezábamos a retirarnos de un escenario de vida incomparable. “Príncipe” con responsabilidad hermosa y placentera, había sembrado el vientre de “Diva” que anhelaba ahora otro instinto cumplidor: el de ser madre, que le impediría con imbatible y persistente voluntad, invencible, no recibir más a un semental hasta que pariera su nuevo hijo. Ahora sus momentos serían para su otro emperador y dueño: un potro, que después vimos nacer colosal, y formarse siguiendo los espléndidos senderos de su extraordinario padre y sus increíbles abuelos, bajo la esmerada atención de su excepcional mamá que lo hizo grande.

## HERMANN, LA GARZA Y LOS VAGABUNDOS

Las observaciones de viajero se hacen más intensas cuando recurrimos a fuentes simples que nos acerquen en brevedades de tiempo a las profundidades sociales culturales y políticas de cada lugar visitado, con mayor intensidad si vives temporadas en él.

En los encuentros con una ciudad nueva que repasadamente visitaba, busqué siempre las herramientas que hicieran más simple y sencilla la observación que invadiría el conocimiento para detectar la verdad de aquella ciudad hermosa, abierta y extensa que periódicamente hacia mía para leer, escribir y cambiar.

Las áreas culturales son enseñadas por las instituciones que las soportan, observar los museos, los templos, las galerías, las artesanías o el arte nos enseñan la calidad de su gente sabor y tiempo de su cultura. En los mercados sabremos si estamos en un pueblo que come o que soporta hambre, los racionamientos ni son justos ni son revolucionarios, son expresiones de éxito o fracaso, son privaciones y limitaciones vitales que sólo merecían el aplauso de San Francisco de Asís en caso de restricciones o razonamientos. Un sistema que no produce mucha comida está fracasado, muerto y conduce un pueblo con hambre. Los restaurantes, un vicio de muchos, además de alimentar nuestro hedonismo, enseñan con facilidad el origen étnico y la base alimentaría de un país y, por último, los taxistas, nos enseñan como encuestadores volátiles y sensibles la verdad de todo gobernante, la realidad del país, cuando muestran cautelas temerosas, son prueba irrefutable de autoritarismo. Pero son los paseos peatonales en áreas muy visitadas o contornos de la ciudad nueva, los que más nos enseñan y descarnan la verdad de cada ciudad y sus habitantes en el detalle de lo simple y sencillo.

En aquella ciudad anglosajona e hispana, visitada por años y donde hemos permanecido largas temporadas, pudimos constatar la importancia de los recorridos peatonales que tanto enriquecen el conocimiento de cada ciudad.

En esa ciudad muy latina, de colosal extensión y diversidad cosmopolita los recorridos en tiempo y distancia me enseñaron muchas cosas, una fue la observación de los mendigos, que al final más que mendigos resultaron vagabundos y bohemios que convivían con la mendicidad citadina y el alcohol.

En la ciudad donde siempre vivo, los vagabundos tienen casi en la unanimidad, el rostro y el estandarte de la pobrería; son mendigos, indigentes,

son miserables, es difícil descubrir excepciones de vagabundos nostálgicos, holgazanes, soñadores, alcohólicos silenciosos, locos “cuerdos”, que pueden vivir en libertad, bohemios fantaseadores, aletargados drogadictos, aventureros persistentes, que depara la metrópoli donde la pobrería está más ausente del sentido que tiene ésta en la América hispana; la metrópoli que nos produce los locos agresivos portando lujosos, gruesos uniformes llenos de condecoraciones que depara New York en los meses de invierno, los que discurren y gritan altaneros y que mi hija me enseñó en experiencia estudiantil a no responderles la mirada y menos ofrecerles atención alguna, con lo cual reprimes su alevosía y seguirían su paso de sueños y recuerdos de guerras y frustraciones sucedidas. ¡Resultó siempre!

En mi ciudad natal, casi todos los vagabundos son menesterosos, piden dinero o mendigan, en esta otra ciudad de gran desarrollo, esa de mis asiduas visitas peatonales mañaneras en veranos tibios o calurosos, descubrí a muchos vagabundos, pocos de ellos y en contadas ocasiones, ejercían como mendigos. Eran nómadas diarios, andarines sin destino, con nostalgias de pasados idos o utopías de futuros imposibles; los fui almacenando en mi cerebro hasta que el acopio se hizo increíblemente aglomerado, entonces pensé descargar la memoria y salir de ellos, al menos de los que más se pegaban a mi recuerdo con intriga anímica persistente. Fue una mañana de sol desnudo, con el privilegio de un mar extenso distribuido en bahías y océanos mutantes vividos por todos, bajo un cielo azul que permitía a decenas de gaviotas vuelos al aire que se desviaban como cometas sueltas que saltaban aquellos vientos invisibles. Fue entonces cuando conocí a Hermann, un vagabundo excepcional... para mí.

Hermann era alto, muy rubio, tanto, que su pelo de amarillo se veía blanco vikingo, lacio y delgado envolvía una cabeza redonda que escondía sus años también mimetizados en la sequedad que el sol aplicaba a su maltratada piel, suelo de unas pecas ocre extendidas en los hombros y la espalda mil millonariamente; la barba espesa quería ser naranja pálido escondía un rostro colorado por raza o por aguardiente. Era frentón, el pelo trasero de su cabeza caía largo sobre su espalda, estaba sujeto en un haz que Hermann amarraba con una cinta de cuero sobado y curtido. Enseñaba setenta años ya muy largos y dudé en señalarle más exactitudes.

Lo encontraba frecuentemente en mí tramo de ejercicio mañanero en un parque a la orilla de la bahía donde la sombra de los árboles era total. Por semanas, tal vez años, no lo había notado allí, sólo lo observé cuando mi curiosidad se intensificó al ver algún calzoncillo que se secaba al sol sobre un banco público; cercano a un grifo de agua pude notar una mochila-morral, de color verde negro, al rutinar caminando en ejercicio repetidamente

aquellos lugares, se me ocurrió empezar a pasear mi vista por el derredor de aquel escenario repasado. ¡Jamás había visto a nadie! Esos lugares de ubicados cambiaban en reducidos espacios; un día pude verlo más allá, en el siguiente banco público o más cerca de la acera que yo transitaba. Pero cuando marcábamos más aquella ruta, el morral y la ropa volvían a estar allí. Entendí entonces que era “la casa” o “el hotel” de alguien, o el lugar mañanero de alguno. Intrigado, quise conocer el visitante.

El día que menos pensé conocerlo, pasé más temprano, serían las ocho de la mañana y allí estaba el hombre que después al escuchar a una mujer, también errante, que lo llamaba desde otro lugar del gran parque, me enteré de que se llamaba Hermann.

–Hermann, ya tienes café. –Le dijo en español– y se acercó hacia él con una tasa extendida cuyo calor humeante percibí desde lejos.

Ese día “conocí” a Hermann. Debía dormir allí al aire libre bajo el cielo y los árboles que eran su cobijo; los días buenos soñaba estrellas; y los malos, la lluvia altanera, implacable y copiosa lo obligaba a guarecerse. Colgaba un pequeño espejo en uno de los pinos, allí cultivaba su hermosa barba roja y nórdica, se colocaba sus anteojos oscuros y montando su morral con las botas bien rotas, pero excelentemente sujetas, se perdía hacia el fondo del parque para meterse en las calles de aquella gran ciudad, ocasionalmente mi ciudad, que lo toleraba tal vez indiferente, pero sin agredirlo.

¿Dónde dormiré en las intensas noches de tempestad y lluvias –que a veces eran repetidas–?, pensé. No pude comprobarlo, pero guardo la seguridad de que lo hace en el área de protección de las paradas de autobuses. Si yo me detenía allí para cubrirme de la lluvia pasajera, era lógico que él lo utilizara como techo de su vivienda de lugares infinitos en las noches de agua copiosa.

Los sitios en que las visitas periódicas me lo permitieron, conocí más a Hermann. Un día lo vi muy lejos del parque donde le había “conocido”, era un espacio verde también junto al mar más al norte, podía estar ¡a cuarenta minutos en automóvil! Del lugar original, otro día, muy sorprendido, lo observé en el lugar de siempre, pero con dos perros pequeños sujetados por cabuyas y cadenas, así lo volví a ver varias veces; los perros, al soltarlos, permanecían leales a su lado, esperando que Hermann regresara de los pipotes verdes, de los botaderos de basura de donde traía trozos de comida que los perros devoraban en instantes. Algo increíble sucedió el día que pude detallar mejor las facciones de Hermann. Fue en una gran librería que frecuentaba mucho, donde parte de la atención a los clientes estaba en mullidas poltronas colocadas en sitios dispersos del lugar para invitar a leer.

En una de ellas inesperadamente me topé con Hermann cuya cochambre mantenía distancias y rompía cercanías de distraídos lectores; él leía – mantuve atención en esto– un libro grueso de cuentos y sagas nórdicas. No tuve entonces más dudas de que era el vikingo que Hermann enseñaba con prodigio; las diferencias entre vagabundos, pobres y mendigos me ayudaron a concentrarme en aquellas divergencias y desniveles para entenderlas más.

Ya había concentrado mí tiempo en muchos indigentes y mendigos de aquella ciudad, después de que Hermann me enseñó la pluralidad de estos lo hice con mayor propiedad. El área de Hermann tiene mayor abundancia de vagabundos e indigentes, como es un área próxima al centro de aquella ciudad, ese sitio es como un lugar de “concentración” de todos ellos; en mis caminatas cuya voluntad primaria es un ejercicio corporal que esconde anhelos de “inmortalidad” terrenal y temores por “el cajón” donde al final nos meterán, fui viendo y personalizando a esos y a otros vagabundos y bohemios que acudían a mis lugares de ejercicio.

Una mujer que pensé era más alcohólica que demente, llevaba siempre un vestido negro; parecía que en el fondo le permitía enseñar su profunda tristeza, sólo portaba una pequeña mochila de la que sacaba muy ocasionalmente algo que en la distancia parecía ser algún alimento, llevaba unas medias tobilleras negras que se chorreaban sobre unos zapatos deformes y trajinados. Un rojo insano y persistente cubría su rostro casposo y graso coloreado por el alcohol y no por la salud.

Desde muy temprano en la mañana, venían muchos trashumantes de todos los colores y tamaños. Vi un negrito de lejanía simpática ¡una vara! Flaco y alto, tenía una cabeza de fósforo sin pelo, llevaba una mochila inmunda echada sobre su espalda. No podía tener más de 35 años, iba descalzo con unas botas siempre diferentes en su mano, parecía, o así lo pensé, que se las quitaba para invadir el territorio de la arena de la playa. Jamás lo vi pedir monedas, su tarea era presurosa; muy activo iba directo a los recipientes de la basura con un palo, rebuscaba en ellos para recoger latas de aluminio desechadas y botellas de vidrio que después depositaba cuidadosamente en su mochila mugrosa y ocasionalmente lo vi descubrir alguna colilla de cigarro que encendía apurado y vicioso; sólo una vez al verlo de lejos, exhalaba gran cantidad de humo, y comprobé que fumaba un grueso tabaco, lo hacía con porte adulterado en su caminar, entendí que deseaba con ello ser trascendente y darse una importancia acorde con el tabaco encontrado, esto parecía entregarle delicias de sueños cortos y felices de opulencia.

Había otro, era un viejo que recorría el lugar playero acompañado de una botella que sacaba de un maletín ancho guindado atravesando su hombro y

sobre su costado, llevaba una vieja gorra beisbolera, su barba anárquicamente descuidada era en apariencia, mucho más sucio y abandonado que todos los demás. Podía beberse, observé, dos largos tragos en el tramo de tres millas; alguna vez lo vi dormido bajo un puente en un atardecer de soles rojos reflejados. Las “curdas” eran demasiado ostensibles y públicas y tomaban su largo y etílico día apresurándose al final para alcanzar la concordia artificial que le prodigaba la noche tibia del verano.

Vi un gordo inmenso, se ubicaba próximo al lugar de Hermann. Por sus gestos parecía enfermo. Era de un grosor increíble; jamás pude verlo en movimiento para constatar mis elucubraciones al observarlo mermado en su acción física, pesaba unos 175 kilogramos, ocupaba sentado, mucho más de medio banco del parque pegado a la acera, jamás vi a otros utilizar ese banco, los vapores del infeliz gordo hostilizaban al colectivo, a vagabundos y a caminantes, jóvenes o viejos, todos huían de sus agresivos efluvios. Él, impávido, hablaba con su soledad a veces con profunda tristeza y otras parecía confortado por ilusiones que jamás enseñaba. El gordo era blanco, intensamente rosado, su panza caída y pesada como masa de pan crudo colocada en el filo de una mesa, se escurría sobre la parte delantera del banco cayendo sobre sus muslos, allí se sentaba todo el día con ese cortinaje pesado que tapaba opulentamente sus insignias de varón, obligándolo a abrir los muslos con abuso, para dejar también espacio a aquellas telas de grasa envuelta dentro de su camisa y en el pantalón que formaban su bandullo. A Hermann jamás lo vi acercarse a ese contorno. Tampoco lo hacía “Lagartija”. El gordo era un indolente solitario que observaba a los transeúntes con una marejada de pereza, ahorrando todo esfuerzo por acabarla o se miraba estúpidamente sus manos de dedos engordados; era bastante joven, pensé que no pasaba de los 45 años, su apatía era impresionante, más que holgazán se enseñaba inútil para moverse, su indiferencia para el mundo era tal que, al no verlo comer nunca, pensé que era desgano. Todos los días estaba en el mismo sitio, jamás pude saber ni cómo llegaba allí, ni cómo, ni con quién se iba, sólo admiraba el estoicismo de su soledad, sin poder aclarar si ésta era consciente o frágil, lo único que recuerdo era que su tufarada mantenía aquel lugar de “reclusión” vital del gordo vagabundo, huérfano de gente y de animales; sólo él, con sus flecos de grasa y pellejo sobre el banco y sus brazos gordos extendidos en el respaldar paciente del asiento público acompañaban aquella soledad. Siempre pasé cercano a él en un vehículo poco peatonalmente.

Observe tres amigos que platicaban siempre juntos en diferentes sitios del lugar, alguna vez los veía diseminados, separados, eran los primeros en llegar allí. Un día quise escucharlos hablar y me detuve, fingiendo el paso de mi

caminar para oírlos; dijo el negro con camisa de agujeros que ventilaban su pecho: –Yo recojo mi ropa en la basura del “dauntaun”; cuando quiero algo mejor me voy allí, encuentro calidad –agregó sobrado–, el centro de la ciudad tiene muy buenas tiendas y excelente basura pensé.

El rubio lo cuestionó: –¿Y por qué no cambias esa franela, la tienes llena de agujeros?

El moreno contestó: –Me gustan las franelas con el cuellito así, no las he encontrado, seguro que mañana habrá alguna cerca de la tienda de ropa grande de la calle grande.

– ¿Y pantalones consigues? –pregunto el más viejo.

–Claro, hay de todo. Mira estos zapatos deportivos, qué suerte de encontrarlos así nuevecitos y de mi número, agregó el negro feliz.

Los tres recogían y dominaban las sobras de comida en los 10 o 12 potes recolectores de esa playa; también en el tanque de basura colectiva al final donde operaban los desperdicios del lugar. De allí sacaban cuscurros de pizza y resto de galletas que alimentaban generosamente su indigencia.

El área estaba organizada, la autoridad apreciaba su disciplina, la libertad de vivir amparaba la mengua diaria de estos mendigos y vagabundos del liberalismo anglosajón; podían llegar a aquel lugar unos 20 hombres y mujeres, muchas veces cambiaban y todos eran desconocidos, sólo dos nos pidieron en alguna oportunidad una moneda al final de la tarde, solamente cuando el día terminaba sin la ración de aguardiente o alimento, sin el ingreso requerido para garantizar los flujos imprescindibles de vida antes del sueño.

Otro día –de cielo azul aire que contrastaba con los bellísimos tonos de los intensos azules agua de los espacios de coral, observe a dos viejos compañeros inseparables, piel y ropas hechos arruga, tomaban el café cuando caía la tarde; ya después de las seis, cercanos al último pote de basura pegado al mar, con las ramas de pino esparcidas prendieron una pequeña fogata entre maderos, candela y humo disuasivo para los mosquitos con genes de vampiro que visitaban aquella zona cuando el sol partía, en ese mismo fuego preparaban una lata de café que iban consumiendo en un encuentro ritual de amigos llegados al lugar seguramente desde puntos opuestos de la ciudad, lo que les daba ocasión de charlas interminables alimentadas con los vicios irremplazables que otorga la cafeína, al alcohol, el crack y la nicotina que ellos parecían cultivaban con beneplácito. Allí permanecían hasta que la noche tomaba su camino irreversible, entonces recogían los “apoyos logísticos” que llevaban en sus respectivos vehículos, unos carritos de los usados en los supermercados, en que ellos trasladaban aparatos de sonido, “trajes” y “comidas”, y se movilizaban con la holgada casa trashumante que esa modernidad con ruedas les deparaba retirándose del lugar por caminos

diferentes, en la esperanza humana común de poder regresar otro día a ejercer su hábito social de encuentros.

Los días transcurrieron. Un Hermann disciplinadamente vagaroso ocupaba monopólicamente su rincón imperial en el parque, dueño de su vida, de sus imágenes de fantasías y de su tiempo, viviendo la placidez vital en un mundo de conflictos y segregaciones mutuas que el hombre dispensa a diestra y siniestra sin entender y saber a ciencia cierta si actúa como actor del poder o como víctima de éste, pues quien segrega no sabe a ciencia cierta, si al contrario él es el segregado. La unanimidad no existe, no ahora, sino que jamás existió, ésta debe ser la razón de su persistente paz, tanto cuando llega al parque su “casa” con su morral de sueños, como cuando sale a haraganear rutas y rincones o a encontrarse con algún otro aventurero o aventurera o a leer un libro que lo espera, para juntos delinear visiones distantes pero soportadas en sentidas utopías o esperanza.

En la cercanía de Hermann, entre matorrales, habitaba una garza lisiada blanca, de las pequeñas, es astuta y desconfía de los humanos, pero su ineptitud para volar la hace cercana y caminadora siempre, sólo ocasionalmente vuela muy bajo en cortos tramos de cinco u ocho metros. El golpe de algún vehículo la desordenó estructuralmente, su aspecto es menudo, no se alimenta de peces pues su condición de inhábil la enseñó a temerle al mar movido. La vimos devorando pequeñas lagartijas grises que atraviesan de un lado al otro las aceras que transitan por los dominios feudales de Hermann. La garza es tímida, su blanco es sucio por sus lejanías de agua, cielo y viento, su esqueleto podría observarse más que en el resto de sus enjutos congéneres. “Lagartija”, que así llamé a aquella garza por su persistente costumbre de engullir esos pequeños reptiles, también por lo huesosa, en su hegemonía diaria delimitaba un importante tramo de mi diario periplo de caminador.

Hermann tenía por ella predilección, también por los perros, sus favoritos; agregaba ocasionalmente algún buen trato para cierto cuervo negro inteligente que nuestra condición de lego nos impedía definir como grajo, eran medianos y también lo visitaban: al cuervo, Hermann le entregaba asiduamente restos de comida que él devoraba en las mañanas tempranas. Un día de mañana calurosa y espléndida de sol, la lagartija amaneció con un compañero, era más pequeño que ella, pero de su misma clase y aparentaba también ser, como ella, un vagabundo terrestre, volaba limitadamente como la garza y sus alas guardaban reflejos barrocos y oscuros obligados por el polvo terrestre. Con la llegada de la garza macho “lagartija” perdió la disciplina mañanera y empezó a perderse por días en las zonas verdes de las

avenidas del poblado sector. Pensé que se había asimilado a la bohemia y al garzoneo, pues no volví a verla más.

Hermann limpiaba sus contornos con esmero, haciendo un lugar pulcro sin papeles y basuras. Algún día celebré desde mi lejanía peatonal que Hermann buscaba una bolsa limpia de basura y la cambiaba por la de su pipote, llevando la suya repleta de basura a otro lugar del parque, tal era la intensa asepsia con que protegía su lugar de vida de hombre intensamente libre y enemigo asiduo de la contaminación terrestre que los demás popularizábamos en estúpida insistencia suicida.

A veces sueño pensando si Hermann es un solitario que vivió multitudes en Escandinavia, en Holanda o en USA o si habrá sido un recio expedicionario que estuvo años en el Polo Norte y allí hizo la calistenia diaria que le imprime su vocación de soledad tan comfortable para sus anhelos vitales. Hermann es menesteroso, pero jamás pordiosero o mendigo, tampoco sus impulsos contienen atisbos demenciales, es un hombre que derrama dignidad cuando puede y encuentra curruscos de pan desperdiciados por otros, pasea su indigencia con decoro, rodeado de una sociedad que impone “valores” que él respeta, pero su existencia y presencia devastadoramente se burla de ellos –sin atropellarlos– sólo con el ejercicio diario de su vida de silencio y actividad.

Cuando un otoño se iniciaba, no vi más a Hermann, no sé dónde andaría, si se fue en busca de más calor tropical que tanto alimenta la vejez de los nórdicos o estará en un corto viaje. Su lugar ha sido respetado, nadie seca ropa en su silla negra de tubos, ni cocina en su parrillero público que él aseaba y mantenía limpio, sólo alguien osa tomar de su tubo de agua pública para lavar algo ocasional. Aquel lugar espera por Hermann que tantas verdades enseñó diariamente en su apacible vida de hombre sabio y lejano.

Será imposible saber si tiene hijos Hermann o si estos saben dónde vive y qué hace en su singular retiro. Si ha sido poeta o tecnócrata o piloto de safaris en África. Lo que sí sé, es que pacientemente Hermann enseña en su sobrada miseria a vivir y a amar los árboles, los animales y las cosas, a vivir la ciudad sin contaminarla, más allá de su presencia de hombre que ocupa espacios, que ama la vida y le gustan los cuentos y las sagas vikingas pues lo vi leerlas.

La próxima vez que pueda verlo en aquella librería magnífica, le preguntaré algo, debo hacerlo para así poder enterarme qué hizo y qué otras cosas le gusta leer y hacer; apenas he visto las horas iniciales de Hermann hasta las 10 a.m., hora en que se va del parque y toma las calles de la ciudad dejando absolutamente ordenada y limpia su bella casa, abierta, a la cual retorna cada atardecer de reflejos naranja o de nubes negras que amenazan y

pretender hacer normal el transcurrir del deteriorado planeta tierra que en franco deterioro continua viviendo en agonías reales. Tampoco pude entrarme si Hermann vivía en tristezas y silencios el recuerdo de alguna mujer distante que había rechazado sus intimidades diarias. Apenas conocí ligeramente una parte mínima de su día a día.

## LOS HOMBRES ANIMALIZADOS

Había caminado la ciudad como casi siempre, era la mañana de un día de primavera que se hacía delicioso; París estaba más exuberante y alborotada que siempre, no sabía si perderme o no en una de sus mil calles donde su romanticismo o lo clásico despiertan la vida sensual y espiritual que todos llevamos dentro y que aquella ciudad alimenta tanto.

Invertimos ligeramente la mañana y pasado el mediodía habíamos tomado excelente vino tinto de la casa y las sabias papas fritas francesas, sencillez de la excelencia para acompañar un “steak tártara” la deliciosa carne cruda, cuyos sabores se tornan tan variados entre cocineros y familias francesas en la estupenda riqueza culinaria y creativa de Francia. Decidimos después ir al Museo del Louvre.

Nos ha impactado siempre el Louvre, su inagotable contenido, la grandeza francesa de saber conservar exquisitamente sus cosas sencillas o monumentales y también su gente, me conducen siempre al museo de Louvre, cuya construcción como palacio, fue para el monarca y se inició en 1546, terminada fue ocupado por los reyes franceses hasta 1682, cuando la insaciable opulencia de Luis XIV lo abandonó para irse a Versalles. El Louvre es ahora inagotable por su magia imponderable: en él se une pasado y presente, enseñándonos mucho el futuro, proyectado ahora en la visión maravillosa de esa pirámide de cristal del arquitecto Ieoh Ming Pei, con sus potentes chorros de agua que refrescan el verano y esconden cautelosos el invierno parisino. Una obra difícilmente repetible por la magistral armonía y el encuentro de dos mundos distantes en el tiempo, logro del indudable talento que guía al Estado francés y la genialidad en el gusto sensitivo de los franceses y de este arquitecto de la excelencia y la calidad.

Aquel día, inesperadamente encontramos instalada en el Louvre una exposición del pintor francés Charles Lebrun, se llamaba “De la fisonomía humana y animal”. La exposición tenía una fortaleza plástica tremenda a pesar de que Lebrun, artista nacido en 1619, –de quien no sabía–, fue pintor de excesos barrocos. El estilo Luis XIV fue ese estilo barroco, recargado, suntuoso que pareciera querer imprimir solemnidad y dar más poder absoluto al rey, pero aplastando la delicia del minimalismo.

En el arte barroco, el pintor busca representar el ánimo interior, la pasión, la maldad, esto sin duda es reflejo de lo que Lebrun muestra con sus hombres animalizados o animales humanizados que podrían también serlo.

Nos enteramos de que Lebrun fue quien diseñó el Salón de los Espejos y los Jardines de Versalles, allí se destacó como naturalista y gran decorador, recibiendo el título de “pintor del rey”. Dirigió la época de mayor brillo de la fábrica de gobelinos de París.

Debo decir que reconocí y recordé en sus retratos bueyes, pájaros, comadreas y ratones dibujados magistralmente por su lápiz mágico traducidos a rostros humanos, animales–hombres u hombres–animales. Entonces recordé o imaginé compañeros de colegio y universidad, políticos, amigos y conocidos, impresos en aquellas caras animalizadas de Lebrun. La vida nos depara ante una ocasión así la posibilidad de recordar a los “hombres-animales” que abundantemente hemos detectado a través de una repasada vida que ahora ante los increíbles dibujos de este pintor, vimos renacer en la imaginación intensamente.

No fue una singularidad milagrosa o privilegiada la que vivía Lebrun, todos hemos visto alguna vez un hombre parecido a un águila; o uno con una cara insustituible de perro; recordé especialmente a uno que conocí hace largos años, tenía cara de cabro, mejor de cabrón, al final ambos son reconocidos por el diccionario como “machos de la cabra”, que recordé con claridad en aquellos retratos de Lebrun a los muchos cabrones que hemos conocido.

En muchas calles, mercados y aeropuertos nos topamos con hombres que nos recuerdan hormigas, o bellas mujeres con severo rostro de culebras; estos hechos concretos y vívidos, fascinaron más el momento de contemplar aquella maravillosa obra de Charles Lebrun, el pintor de Luis XIV.

Aquella obra de Lebrun fue espléndidamente trabajada en 1806 por los talentos de Louis Pierre Baltand y André Legrand, estudiosos de la líneas geométricas de Lebrun, con acoplamiento brillante, diseñados para hacer posible esta estupenda muestra que relaciona el rostro, la fisonomía y ¿el comportamiento? del hombre en estrecha interdependencia con el animal.

Los rostros “animalizados” eran hondamente humanos, construyen y se imaginan con perplejidad como rostros de hombres valientes, tramposos, cobardes, tontos, desleales, hábiles y bobos que nos transmiten para mostrarnos la idea del carácter carnívoro o herbívoro, de rata o pájaro, para entrelazar animalizando la existencia de espíritu y materia, materia y espíritu, según sea el caso, no mitológicamente como lo vemos en la rigidez de los dioses genéricos animales de los egipcios, sino impregnados de hombre, de ser humano singular, este es el mayor logro alcanzado por Lebrun, en relación a las facciones tan magistralmente concebidas y personalizadas en nuestro recuerdo.

Lebrun juega con las cejas, más anchas, más oscuras, más juntas o distantes, con más o menos vello; hace y fabrica un hombre prodigiosamente animal sin permitir que pierda su consistencia sólidamente plasmada de lo

humano, allí está su genialidad creativa. Lebrun animaliza genios imbéciles, virtuosos y malvados que presenta como animales, pero que son imperturbablemente hombres. Hombres de ojos profundos o salidos, que miran con picardía o morbosidad animal, pero que, aunque extraños, no pierden su imagen densamente humana. Esto fue sencillamente fantástico y definitivamente curioso y genial para nosotros.

Los estudios amplios de Lebrun relacionan y profundizan la diferencia insalvable de los ojos como ventanas espirituales o simplemente materiales del animal-hombre y aunque entiende por esa dedicación estudiosa que son absolutamente diferentes en sus momentos contemplativos y místicos o en sus movimientos y habilidades, procuran un acercamiento definitivo y final entre ellos; esto le permite colocar a un hombre con su lápiz o su pincel una mirada que olvida a ese hombre para acercarse al león. Recordamos este último ejemplo en las monedas acuñada por Amílcar, el padre del gran general cartaginés Aníbal, cuyo rostro varonil y duro, de inobjetable fiereza, nos recuerda la mirada vigorosa y vencedora de un león activo, agresivo y decidido.

Lebrun utiliza frentes anchas o estrechas que acercan el cabello o los ojos a las mandíbulas y, por supuesto, a la nariz, todo lo cual dibuja genialmente al hombre camello, o al hombre caballo, o al hombre carnero. Esto da una connotación especial al alma; esto hace surgir entonces efectos insustituibles de la fisonomía y profundiza la diferencia con el animal, “el alma está reflejada en las marcas exteriores del cuerpo”, asienta Lebrun que acompañó su obra pictórica con estudios profundos del rostro humano y sus comportamientos. Pinta comadreja, águilas y ratones que ríen como si tuvieran alma al presentarse como hombres.

En lo material, los dibujos de Lebrun pretenden distinguir, diferenciar – y creemos que lo logró a plenitud– a los carnívoros como el león, el tigre, el perro; les otorga una mayor inteligencia frente a herbívoros como el toro, el caballo, o el asno; se apoya en que “para sobrevivir, aquéllos debían ser superiores”. Esto lo fundamenta en el olfato, guiado por una fina nariz en los carnívoros que se abre al final para tomar detalles, no la expande a voluntad como el caballo que sí lo hace al danzarle a la yegua.

La exposición estaba plena. Los franceses son como los españoles e italianos, despiertos, latinos, vivificantes para evocar los recuerdos del arte y adaptarlos al recio sabor de París; en esta extraña y hermosa muestra, París hace sus detalles de magia, con esos recuerdos en fantasías y sueños de los hombres–animales que nos han acompañado ocasional o persistentemente en cada tránsito vital.

Lebrun decía en su estudio, que el olfato transmitía la sensación a los ojos, luego a las orejas y a los cuernos variándolo en cada animal; es por esto

por lo que los carnívoros ven más su derredor y algunos herbívoros bajan sus cuernos para defenderse. Todo lleva a Lebrun a alcanzar el prodigio plástico en sus reales dibujos que nos recuerdan a los hombres de la calle diaria, animalizados por su pluma –insistamos suficientemente–, sin dejar de ser humanos.

Su hombre mono es realmente impresionante, desde su frente sale una nariz aplastada que se cierra en una boca de finos labios abombada arriba y ancha para acercarse a una nariz de ojos juntos, menudos, bien hundidos ¡de mono! ... un hombre con ojos de mono. Se parecía tanto a un profesor de nuestro bachillerato.

Otra de las fisonomías más impresionantes, fue la del hombre con rostro de jabalí, lo acompaña un bigote largo, descuidado y sucio hacia los lados, con pelos de todos los tamaños. Su nariz se acerca a la del cerdo, sus fosas nasales eran frontales, las cejas pobladas estrechaban los dos lados de la frente ¡hasta el pelo de su cabeza era desordenado... de cerdo!

El hombre zorro llevaba una nariz puntiaguda, con un bigote más bien ralo, escaso. Su hombre loro es espectacular, la nariz ocupa su cara, es réplica en carne del encorvado y terrible pico del loro, su boca sube desde su labio inferior buscando el pico representado en una gran nariz gruesa, el ojo mirado de perfil se asemeja al ojo picassiano de los egipcios, pero redondo y rugoso por los pliegues en su derredor tal como las del loro. El hombre-loro, ¡casi habla!...

El hombre oso era sensacional, rudo, peludo, cabeza grande desgredada, frente ancha y barbilla estrecha, estaba cerca del hombre lince cuya intensidad de semejanza es muy grande; este hombre lince es muy lince y está dibujado para recordar sólo al lince; las orejas se acercan al animal con los pelos que se unen arriba en lanza puntiaguda, algunos deshilachados cubren su papada, los ojos son vigorosamente penetrantes y escrutadores. Este hombre lince, junto al hombre león detenía el mayor interés del público, que reía y acusaba con ojos de innegable curiosidad y remembranzas vitales el impacto causado.

Quiero insistir el hombre león era sensacional; existen en las calles del mundo muchos hombres con rostros de león como el de Lebrun; su melena se identifica con su pelo, los ojos son despiertos, su nariz con bigote y boca hacen el perfecto hocico del león. Sus ojos insistían en la fiereza... un león hombre.

Recorrimos varias veces el escenario de aquella singular exposición. El hombre conejo, el hombre cerdo y el hombre pájaro, enseñan el prodigioso talento de este gran pintor de Luis XIV dibujante en la muestra.

El hombre cerdo me trajo recuerdos del liceo; en simpatía y originalidad, recordé algunos amigos de buenos momentos; es pasmosamente real e insistentemente humano. Pero irrefutablemente sigue siendo un cochino.

Hubo tres más que me hicieron detener unos minutos; “los rostros–humanos” de un búho de atestigüadores ojos inmensos, cercanos entre sí y totalmente redondos que insistían en mirarme. Y el hombre gato, al que sólo faltaba pasar su lengua para refrescar sus labios, genialmente se le desprendía su nariz gruesa en la unión con la frente y final. El hombre buey era un verdadero derroche de talento. En el hombre toro, las líneas geométricas que el pintor estudiaba tenían una fortaleza y una realidad inagotables que le imprimían rudeza y atropello, estaba apoyado en su vigoroso cuello y en los cortes de cara.

Lebrun fue dadivoso con el hombre asno –nuestro no siempre elogiado pero útil burro–, fue para mí una de las excelencias plásticas del gran Lebrun, sus orejas eran cortas, pero parecían tan largas que debí recordar tantos hombres que las tienen largas, burros, pero parecen cortas hasta que se observan por algunos minutos y entonces esos hombres dejan aparentemente de ser burros, aunque sigan siéndolo en su verdad vital.

El hombre asno de Lebrun es un milagro plástico por sus maravillosas sombras, sólo por sus sombras, además de la vivacidad ligera y pícara del burro que se dibuja allí inconfundible. En el perfil del hombre burro, Lebrun se da el lujo de hacer tres perfiles con narices y hocico de asno, similares y fantásticamente humanizados, no son los de un hombre, siguen siendo las de un asno, pero por ser asno no deja de ser hombre; aquí está el talento visible y claro en el estudio y observación de este genio de la fisonomía: el francés Charles Lebrun y sus admiradores: Louis Pierre Baltand y André Legrand.

Sentí que no tuviera más popularidad esta obra de Lebrun, sacada del olvido por el Museo de Napoleón en 1806; el hombre asno nos dio, sin duda, la certeza en la notabilidad del dibujante–pintor, pero igualmente la experiencia maravillosa de los sentidos de Lebrun que procuraron la posibilidad asombrosa en el resultado del hombre asno; Lebrun debió ver muchos en la corte absolutista y en las calles de su mundo que le facilitaron aquel derroche de sabiduría en este hombre asno que tanto conmocionó aquella tarde a los visitantes. Su cuervo es el retrato de un hombre sagaz, astuto y avisado, cuando lo contemplé recordé a Maquiavelo.

Recordé a mi dilecto y distinguido amigo, nuestro vecino contiguo de Cámara, el inteligente senador y líder venezolano doctor Freddy Muñoz Armas, recordé entonces nuestros ratos de risas y comentarios en aquellas largas, incoherentes e insípidas sesiones parlamentarias ¡Cuántos “hombres animales” vimos entrar y salir en aquel Senado! Recordé a aquella mujer amarga, animalizada en su diario gruñir y fea hasta la saciedad, que hacía ejercicios brutales de crueldad para hacerse más fea y repulsiva en aquel ambiente senatorial. Cuánto sentí no tener cerca ese día el talento de Muñoz para

comentar la estupenda exposición del francés Lebrun, él hubiera hecho después “su agosto” en aquel vivido y hoy desaparecido senado y parlamento venezolano, tan repleto de “animales–hombres” y de “hombres–animales” a veces insustituibles, que nos llevaron a finales no deseados de descenso y disminución política en el país de todos que la ramplonería hizo pedazos y nos llevó al desastre total.

Con la calidad de los dibujos de Charles Lebrun y su catálogo impresionante, recordé también la destreza y agilidad de mi genial profesor español de dibujo en bachillerato –el genial Profesor Páez–, con sus trazos de maestría que hacía soportable y deseada sus clases del mediodía. Páez es el autor de los estupendos dibujos a lápiz que se esparcen hoy en los lugares de la casa de retiros de San Javier del Valle Grande, en Mérida<sup>19</sup>, con los rostros de compañeros de colegio desaparecidos en un tristísimo accidente aéreo.

Charles Lebrun, nos demuestra que el hombre puede animalizarse más sin requerir del auxilio de Darwin y sin perder el lugar humano que el exceso animalizado vigoriza.

Charles Lebrun, en la magia de su talento nos enseñó el rostro real y tangible de un hombre animalizado, o de un animal humanizado: no pretendió dibujarnos y estudiar un animal humanoide que no procuró su lápiz genial.

---

<sup>19</sup> Mérida, Venezuela. Construcción retratos en memoria de los alumnos del Colegio San José muertos en el accidente aéreo del Páramo de los Torres.

## SUBCULTURAS: “PUNKS” Y OTROS

La libertad del existencialismo está fundamentada en el individualismo que hizo infinitas las posibilidades y caminos existenciales para cada hombre; esta diversidad vive latente en el interior de cada individuo y con mayor o menor provisionalidad o inconsistencia se define en el aspecto material y físico para enseñarse en su contorno. Estas verdades han sido más ciertas en el tiempo transcurrido. Después de los “Jipis” de los años sesenta, aparecieron los “punks”; se habían visto muy frescos y novedosos aun en Holanda, pululaban entonces allí sus colores de pelo que rebotaban escandalosos en un inmenso espacio de su plaza soleado. Los habían traído esta vez los años ochenta o antes, desde Inglaterra.

La música rock, que por años alimenta generaciones en su variadísimas formas y sonidos, el viejo rock and roll y la metálica o el rock pesado, los aglutinó alrededor de alguno de estos exitosos conjuntos musicales; pero su música fue marginal en el sentido de sonar distante del negocio de las disqueras, ellos reclamaban con esa música más libertad y agredían con sus letras a la reina inglesa, o cualquier otra forma de estatus. Tomaron entonces mundialmente el lugar de líderes, no como conductores de una contracultura, sino acompañando a una subcultura que aceptaba el estatus existente, pero que se separaba y distanciaba de él, con sus atuendos, su música y sus agresiones verbales de cualquier forma. Convivieron con la sociedad de la cual querían salirse.

Salieron los “punks” a la calle con su música agria, mordaces, con gestos de desprecio. Su pelo era muy corto y de colores increíbles, incandescentes, fluorescentes al sol y atropelladamente visibles, sus cabellos eran amarillos, rojos, naranja, azules o verdes, antimilitaristas, profundamente anarquistas hasta con los suyos, pesimistas, vivieron la euforia de “sex pistols”.

Al contrario de las mujeres Jipis que guardaban la feminidad a su modo y eran coquetas al saberse codiciadas, las mujeres “punks”, luchaban por confundirse con sus hombres usando todo el atuendo similar al de ellos. Apenas las distinguía alguna falda abierta a los lados o unos pantalones cortos. Los “punks” eran rechazo y odio, contrariando visiblemente el amor jipi.

Dentro de ellos existía la variedad en sus estruendos musicales, pero todos marchaban unidos “contra la hipocresía moral y sexual de la sociedad”, con un lenguaje estridente y polvoriento que se adornaba muy a menudo de una mordacidad externa altanera e insolente, manejaban su barroca rebeldía.

“No hay lugar para los jóvenes, todo lo llena el consumismo y el materialismo”, repetían.

Su indumentaria pretendía ser intencionalmente ofensiva, al menos ellos la disfrutaban pensando en ese fin. Sus creencias, sus aptitudes diferentes, las palabras incomprensibles se mezclaban con cicatrices reales o dibujadas en su cuerpo; portaban navajas de afeitar y todo un conglomerado de excesos persistente y provocador para retar a la humanidad distanciándose de ella. Su cara estaba empolvada, los ojos repasados con derroche de negro y los labios los pintaban con fuerza estafalaria.

Se adornaban también con rudezas estrambóticas: medias rotas, camisetas zafadas y desprendidas, un vestido insistentemente extravagante, rojo, negro o blanco. Las imágenes de sus franelas eran un canto perpetuo a la violencia, los crímenes y la pornografía divulgados morbosamente. Su ropa machacada y agujerada, enseñaba carnes arañadas o maltratadas artificialmente, todo evocaba una profunda voluntad de violencia: sandalias de tacón alto o estruendosas botas de remembranza militar, gruesas y pesadas. Adornaban sus chaquetas anárquicamente. En su extraño y abundantísimo atuendo agregaban cadenas de las usadas para los perros o de viejas bicicletas que exhibían retadores y provocadores; las llevaban al cuello para exagerar su desmesurada presencia, o rodeándolas en sus piernas para aparentar expresiones o deseos sadomasoquistas.

Fueron más breves y ligeros que los jipis. Se ligaron más a lo comercial, la moda los marcó con profundos surcos: King's road, más que en ideas se basaba en superficialidades.

Precursores pudieron ser: el rey Federico VII de Dinamarca, utilizaba un sombrero diferente cada día, su nacimiento se remonta a 1808 y su muerte a 1863; su estatua en Copenhague le vemos con un sombrero y sobre éste un leoncito; existe un museo donde pueden mirarse todos esos, sus sombreros. El obispo danés Absalón, también abusó de sus atuendos o verdades, en su estatua lleva un hacha amenazadora en la mano izquierda pudo “armonizar” la estridencia vital de su alma de vikingo, más que de apóstol. Fue guerrero más que sacerdote.

Otros los tatuados se hicieron de una moda en las calles de un mundo que se resiste a morir, son expresión a veces increíblemente exagerada de rebeldía y subcultura; otras, obedecen a momentos de euforia; tal vez el portador de esos tatuajes de dibujos o frases se sienta ahora arrepentidos de llevarlos. La modernidad los salva, pues con rayos láser dicen que pueden eliminarse a muy alto costo esos viejos y a veces inconvenientes recuerdos de amores, dislocaciones, colores y cargas sobre la piel. Los tatuados tienen precursores en “los pictos” hombres pintados del III siglo d. C. Los romanos y griegos

marcaban con hierro incandescente a sus prisioneros y los anglosajones hasta mediados del siglo XIX marcaron también de esta forma a sus desertores.

Otros estridentes son los piercing, son los perforados, que en remembranzas de siglos nos regresan al África de bembas portadoras de platonos y orejas enormes perforadas mes a mes hasta alcanzar tamaños inverosímiles.

Los jóvenes piercing portan aretes en todos sus lugares corporales: se perforan todo, desde el ombligo hasta los párpados, las fosas nasales, la lengua, los labios, las axilas, las tetillas, los testes y los pezones; sin duda que obstruyen y perennizan la sensibilidad de esas partes, doloroso pensar que un arrebato involuntario se traiga el piercing desgarrado acompañado de carne. En las orejas no los relatemos, pues además de ser una cultura de nuestras abuelas, los zarcillos hoy no revisten ya novedad ni califican singularidades existenciales, son rutina rodeada o no hoy de las exageraciones de seis agujeros en cada oreja lastrada por el peso y las orejas adornadas de los hombres.

Los zarcillos se volvieron unisex y populares y señalan profundidades humanas que a veces no se querían antes enseñar o convocan a señalar conductas de sexo diferentes que se muestran dependiendo de la oreja y lugar de ella en que se ubiquen. Son un graffiti viviente que camina publicando variadas existencias y comportamientos vitales opuestos o encontrados. Últimamente, los odontólogos han alertado sobre el peligro de colocar los piercing entre los dientes y los severos riesgos que esto producirá a la larga.

De aquella hidra de los “punks”, surgieron anárquicamente decenas de movimientos juveniles en el mundo: unos crearon sus propios rivales y descendieron más en la trascendencia filosófica de su conducta que fue distante, pero casi nula en ideas. Los “trucks”, vestidos de negro, oscuros, pesimistas, siniestros, con el pelo anárquicamente organizado, de aspecto enfermizo, profundamente individualistas. Los neonazis, resurgimiento de una contracultura que la humanidad rechazó y derrotó en un brutal y sangriento esfuerzo de guerra, se mezclan con “los pelos cortados al cero” –hoy de moda– aquellos para acercarse a militares de vocación nazi. Se presentan higiénicos y sus radicales pregonan ser salvadores de la humanidad para limpiarla del sexo y de algunas razas, son victimarios gratuitos de drogadictos, negros, travestís, inmigrantes, judíos y homosexuales. Se exhiben y actúan como las viejas pandillas de New York, su estilo es el linchamiento o la muerte silente.

A los anteriores se oponen los “sharps”, antirracistas convencidos, que simpatizan con ideas marxistas y socialistas.

Podríamos hacer más espacios con grupos y subgrupos que pululan por el mundo y sus pueblos. Todos con un mismo origen como estrategia para ser visualizados sin aportar ni escribir una sola idea seria y completa que sustituya

lo que con tanta vehemencia rechazan con su violencia, sangre y superficialidad de moda.

Pero lo que más acongoja este momento humano, es la falta de ese mensaje ideológico que vaya más allá de un rechazo que podría ser legítimo si se acompañara de una nueva oferta, proposición o idea de vivir, que pierda vigencia ante su vacío cerebral con la sola presencia materialista de un atuendo alegre, triste o energúmeno, sin que salga de un pensamiento coherente y nuevo, sustancioso o la expresión de verdades o falsedades metafísicas, mitológicas o filosóficas que lo acompañe para construir otro hombre con visión, que debe nacer de la comunión de la Tierra con el espacio sideral y la tecnología acercándonos más a lo desconocido.

No sólo basta proteger el ambiente con gritos y agresiones, hay que hacerlo en uso del talento y la tecnología, que requieren de aportes muy especiales e insistentes y sucesivos para ello. Los árboles y los animales se cuidan no gritando o siendo hostil sino creando más y más árboles y animales.

Los Yupis, que surgen en 1986, vienen como una producción vacía y prepotente del liberalismo económico, cuyo capitalismo arrollador los anegó con su idea y se realizaron dentro del marco del absorbente capitalismo financiero que pareciera reventarse ante la caída de grandes corporaciones; están alejados del capitalismo del agro y de la industria, símbolos del esfuerzo de producción y calidad para el hombre material, los yupis son un producto de sagacidad y habilidad en la “bolsa” a la que sacuden hacia arriba y hacia abajo desgastándola, utilizándola a veces irresponsablemente como riesgoso juego de envite y azar que terminará desastrosamente para el mundo desarrollado y la posibilidad de verdaderamente acceder a un capitalismo popular.

Los yupis son los hijos de un capitalismo global, arrollador, vivificado con poco esfuerzo y sin creación de sudor, apoyados en una burguesía facilista que se aleja del hombre y se acerca a las dispersas macrocifras que no pueden generar armonía universal por la razón de sus olvidos de estómago, imprescindibles para alcanzar la paz y la justicia del mundo marginal que crece. Los yupis son ejecutivos jóvenes de éxito y talento, 19% de las personas entre 24 y 34 años son “accionistas” financieros de las grandes transnacionales, que con la impersonal globalización pareciera conducirán la Tierra plenamente cuando se acerque la primera mitad de este nuevo milenio. Son profundamente individualistas, pero decididamente laboriosos. Sus trajes y corbatas son más oscuros y solemnes hoy, pues ellos están tratando de incorporar como grandes ejecutivos a sus hijos “yupis” fundamentalistas, bien formados por aquellos, animados con los éxitos empresariales vividos por sus padres pero que hoy parecen comenzar a transitar como “idealistas” un camino hacia la esperanza de la justicia social, la libertad, la paz y la política, y que parecieran estar

decepcionados del fracaso social de la democracia y reaccionando ahora con violencia ante el materialismo y el individualismo. Los yupis “viejos” originales fueron egocéntricos y egoístas, los nuevos ya no sacrifican todo por el crecimiento económico, han reaccionado contra sus exitosos padres y ven la luz del túnel en el acercamiento a una anhelada e irremplazable cuestión social que parecieran entienden imprescindible para alcanzar la paz y la convivencia entre los hombres.

Otro grupo ya envejecido en sus ideales existenciales es igualmente una subcultura: son los Hell’s Angels que nacieron en 1948 y hoy viven acercándose con sus motos a la ancianidad. “Los Ángeles del infierno” salieron “de un grupo de renegados” que se auto llamaba “Pissed of Bastards”, que traducido fielmente es “miados de bastardos”, por esta sola razón los vemos sólidamente deprimidos, en cualquier anhelo de autoestima. Vivieron en las afueras de Fontana, California. Sus precursores eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial que salían en sus motocicletas con cascos negros nazis a las calles, con escándalo de sus escapes; la gente los llamó entonces “Ángeles del infierno”, sus motos eran la clásica y popular Harley Davidson. Sus “gestas” llegaron a los libros y al cine y así se esparcieron por el mundo.

La unión y solidaridad absoluta entre sus miembros es lo fundamental de este “club”, esto les ha permitido tener decenas de asociaciones solidarias en el mundo.

Las infracciones y el espíritu extremadamente fuerte de sus miembros, los llevaron a enfrentar la ley; y procurar dinero y abogados para ser mutuamente solidarios al enfrentar a la sociedad. Rebeldes siempre, la violencia y la muerte son parte no posible sino cierta y realizada de su áspera conducta.

Los Hell’s Ángeles, son una indudable y persistente subcultura que ya se eleva a 53 de años de desarrollo, por lo que cuenta con mayoría de más que “abuelos veteranos” según los podemos ver muy ocasionalmente ya en las carreteras norteamericanas, pero han cautivado también algunos jóvenes para que se unan a sus proezas ilícitas, ya que después tendrán el apoyo social y económico del club y así suman muchos cientos. En 1977 hicieron una demostración vial de poder sobre sus motos que sumó 1.200 en los Estados Unidos y 600 miembros en el resto del mundo. Los Hells Angel’s siguen existiendo para apuntalar las decenas de subculturas que plena el mundo contemporáneo.

Los “punks” crearon una subcultura transitoria, volátil y dramáticamente superficial que los hace intrascendentes frente a la contracultura de los jipis, que sí dicen procurar un mundo de amor y no violencia, tal vez a su manera, pero en forma clara, dentro de su austera verdad y en el simple manejo de sus cosas.

La profundidad conceptual de los jipis marcará un momento existencial para el hombre. Los “punks”, los piercing, los Hell’s Angels, etc., no llegaron a aportar al mundo futuro sediento de nuevas formas de pensar.

## EL OJO

El restaurante estaba lleno. Platicaba con Alonso cuando una mujer no tan alta de pelo corto, cuyo cuerpo vibraba como gacela temblorosa, entró en el lugar. Muchos, tal vez los más, callaron para mirarla; tenía unos ojos abiertos y bellos, los más bellos que él había visto, me comentó Alonso. Era cierto. Un señor de bigote largo, cercano a nuestra mesa, la aplaudió con aspaviento. La mujer rio acusando el piropo ruidoso y agresivo y pasó por su lado coquetamente. –Viene mucho dijo, ahora la acompañaban –nos señaló un mesonero cercano–, un hombre alto, más bien gordo, llamado Asdrúbal, un quebrantado jipato ya viejo y apurado que el mesonero conocía como Duglas, y un joven minimizado que conocía como José. Entraron en tropel. Ella sobrada y segura, los adelantaba. Los tres la seguían sumisos acompañando el atropello de miradas sobre la mujer la cual mostraba una madurez muy joven, si se detallaban los pliegues de su cara. Los ojazos de la mujer se hicieron dueños del escenario y la deliciosa comida que allí servían pasó a un segundo plano.

Alonso dijo: – ¡Qué ojos!

–Los ojos son para mí –respondí– el centro sensual y espiritual de la creación. Salomé con sus ojazos –dicen que los tenía– obtuvo la cabeza de San Juan Bautista; pienso. Alonso –le dije–, los ojos, como el agua y los insectos, son la expresión más tangible y concreta de la vida. Son vida y muerte, todo al mismo tiempo; desde la prehistoria la imagen es la comunicación y los ojos comunican materia y espíritu.

Alonso calló un instante observando el restaurante, atónito y confundido. Me dijo: Al hacernos a la vida, al nacer, se “da a luz” expresión hermosa, sabia y tremenda de la realidad; desde entonces el ojo se corona como el primer signo de vida, el recién nacido lo primero que hace es abrir los ojos; aunque se haga vida sensual por el tacto y oído, también se llora; la expresión de incomodidad o de dolor se hace con los ojos. Aunque se huela, ninguna sensualidad del hombre supera a la de los ojos y su compañera, la visión, puede ser porque la luz que perciben los ojos es la forma concreta de vivir al nacer, pero los ojos, así como son la primera expresión de vida también son la última; los ojos se cierran o son cerrados al morir, es el último vestigio de vida en el hombre.

Alonso miró a la bella mujer con ojos muy separados y me comentó: –Acepto tu tesis sobre el liderazgo de los ojos y del ojo.

Yo agregué: –Alonso, todo es muy curioso. El tacto tiene un reinado imprescindible para mil menesteres. El gusto hizo posible la desproporción de la gula tan pródiga en Roma y tan ausente hoy en África y en la América hispana por la superpoblación y el virulento olvido de la justicia que ahuyenta tanto la paz y nos hace violentamente explosivos. El oído es testigo de historias y rubores terrenales, amedrenta y cautiva a hombres y mujeres. El olfato, a veces logra animalizar al hombre. Todos tienen un conductor, Alonso, que es el ojo mentor con la visión que organiza la sensualidad y la espiritualidad; el ojo es el conductor de Platón y de Epicuro.

La mujer del tumulto se había levantado de su sitio para pasear sus espectaculares atributos por el restaurante, dirigiéndose al lugar de las intimidades.

–Es cierto, la sensualidad es la tangibilidad de sentir, gritar, oler, gustar y tocar; todos reinan, –dijo Alonso– todos son insustituibles, príncipes del existir, puede llenarse con ellos vacíos de vida, pero el hombre grita, huele, gusta y toca conducido por el liderazgo sensual de mirar. Si los ojos se esfuman, la sensibilidad humana desciende. Con los ojos, Sábato retrata la ignorancia y la oscuridad mental, él concreta el pavor en los ciegos, ante ellos presenta su esperanza de victoria con un recurso poderoso y honesto de la mente.

–Cierto –le señalé curioso a Alonso–. Es cierto –le repetí.

Alonso agregó: –Lo has visto; los ojos sensacionales o no, son el arma más poderosa de esa mujer, los maneja monopólicamente con sugestiva y sobrada superioridad. ¡Con ellos es increíble! La versatilidad de los ojos te acerca a lo corporal o a lo incorporeal indistintamente. Los ojos te enseñan si un hombre miente, engaña o es desleal, retratan pasmosamente su inseguridad, su solidez, o su valor, pero igualmente los ojos de una mujer te pueden hacer su prisionero.

–Lo hemos visto, Alonso –le respondí–, unos ojos vivos bailadores y coquetos son invencibles, si son recatados y sigilosos, allí tienes a la Mona Lisa, o la creación de su idealismo platónico, la dulzura: nadie puede asegurar si fue una pasión plástica o amorosa, secreta, su risa sale más por sus ojos que por su boca. Unos ojos rasgados, bien organizados por su propietaria, manipulan y soportan la tangibilidad del poder, pueden forjar disciplinadamente un imperio y sostener el dominio con mayor eficiencia que la sangre en las batallas.

La mujer bella de los ojotes grandes seguía alborotando la tranquilidad masticada del restaurante; los que la acompañaban soportaban estoicamente las visitas constantes de otros hombres, unos once, –calculamos Alonso y yo– que visitaban su mesa y pretendían robar unos minutos a la bella mujer de los ojos separados semidioses del lugar manejados con talento y veteranía.

Alonso intentaba hablar cuando llegaron a nuestra mesa Felipe, culto y leído, parranderazo, solidario cuando no había quien pagara y Aranguren, sabio vegetariano y botánico, jefe del Departamento Ambiental de San Eustaquio de la Laguna. Los dos parecían venir a compartir, más por los tragos que por la comida, sumándose al revuelo causado allí por los ojos de la mujer.

Alonso repasó a Felipe y al licenciado Aranguren todos los sucesos y comentarios nuestros acaecidos en el momento en aquel restaurante, con ocasión de la visita de la mujer morena, alta y ojosa.

Felipe nos habló entonces: –Dios es omnisciente, “la divinidad que todo ve”, el ojo es su cualidad llevada al infinito de ver, es el atributo que Él asocia más a la eternidad. Para el budismo, el ojo es luz y sabiduría, es conciencia espiritual. El sol era tenido por los griegos como el ojo de Zeus. Me resulta curioso referirles lo escrito por Aristóteles en su “Tratado del alma”, quien al analizar la inmaterialidad de ésta escribió: “En efecto, si el ojo fuera un animal, su alma sería la vista. Esta es, desde luego, la entidad definitoria del ojo”. “El ojo es la materia sensible de la vista, de manera que apartada ésta, aquél no sería en absoluto un ojo a no ser por la palabra, como en el caso de un ojo esculpido en piedra o pintado”. Y agregó Felipe: Es indudable el carácter sicofísico del ojo, con él se capta la más profunda sensorialidad humana: es, pues, y más que eso, representa, la tangibilidad cierta del obligado encuentro material e inmaterial en el hombre y es así como lo plantea Aristóteles: es el símbolo sensible y espiritual del ser humano. Del “ojo del alma” nos habló Platón para el conocimiento, y su debate sobre si éste viene por los sentidos o por la razón a través de las ideas. Es decir, la materialidad absoluta o la espiritualidad total, de ambas nace el equilibrio humano guiado por el ojo.

Alfonso hacía su diálogo no sólo agradable sino fluido; tomó entonces la palabra olvidando las visitas y contorneos en la mesa de la mujer.

–La cámara fotográfica, después la Tv. y la computación los recursos para los recuentos vitales del hombre de hoy, se inspiraron y son hijos tecnológicamente del ojo. Fueron los ojos, los que condujeron la acción rápida de la espada en las batallas atroces de la antigüedad donde ellos protegían intensamente al resto de los sentidos para acompañar cada acción, guiaban la lanza o el fusil, también el penoso y fatigante movimiento de la armadura que protegía a los caballeros. Los desplazamientos de los buzos, hoy submarinistas más ágiles, no pueden prescindir del ojo; tampoco los “astronautas” gringos o los “cosmonautas” soviéticos. En los ojos de un juez, podrás leer su remota decisión o seguir con certeza la intención de un hombre violento. “Unos ojos humedecidos por la tristeza y el dolor, llegan a vencer más pronto que la voz” –agregó.

–El lenguaje de los ojos existe –dijo Alfonso– entre los seres humanos, aun cuando éstos hablen los idiomas más disímiles o pertenezcan a las culturas más distantes se entenderán con los ojos; con ellos enseñas una agobiante tristeza o una desmesurada alegría, casi sin moverlos y darles la vida de que disponen; la forma de comunicarse hoy potencia prodigiosamente esta cualidad en el vídeo, la TV, el cine, la computación, el microscopio o telescopio, sin la visión la tecnología no hubiera alcanzado el 90% de su éxito.

El licenciado Aranguren había permanecido en silencio mientras comía su pasta, cuando intervino.

–En los animales, el solo recurso de la materialidad, sin poder recurrir a otro valor superior como es el espíritu, el ojo se les convierte en algo así como su todo vital, su defensa, su ataque para sobrevivir. Su esperanza de vida. Un animal sin disponer de los ojos por más poderoso que sea difícilmente sobrevivirá a sus depredadores. El prodigio natural, y aparentemente simple de la visión, está sujeto a la estructura anatómica y fisiológica que complica armónicamente su movilidad; lo ves al nacer en un avestruz, un potro o un cangrejo apenas salido del huevo, el ojo es su todo vital y salvador.

El licenciado Aranguren prosiguió el fabuloso diálogo iniciado:

–Los ojos de los grillos, separados y bellos, los de la chicharra o los terroríficos y agresores del águila, se hacen de una belleza incomparable y conducen a una fuerte y concreta realidad vital. Los ojos de los crustáceos son una hermosa masa negra. Se dice que, en la mirada de los insectos, su visión, es fragmentada, mejor digamos repartida, diferente a la nuestra. Los ojos de los moluscos tan tímidos y pequeños son biológicamente más atrasados ¡pero les permiten ver! El ojo del pez –el licenciado Aranguren dio muestras de animar su diálogo con más sorpresas– hace milagros de visión en la agilidad de su rigidez disciplinada e inmodificable, cuando lo compras, podrás observar su fresca en lo brillante u opaco de sus ojos muertos, los ojos del pez dentro del agua amplían y corrigen las distorsiones con que ésta les muestra el exterior.

–Es difícil evadir la mirada de los ojos atentos de una rana o de un sapo que te escudriñan para luego saltar sobre seguros, sorprendiéndote.

–Pasé mucho tiempo –agregó el licenciado Aranguren, todos le escuchábamos atentos– observando en un admirable “close-up” uno de los dos ojos de un descomunal elefante que pastaba, los vivaces movimientos de una innata picardía acompañaban su derredor, atento, desde lejos lo había visto lento, apagado y triste, arrugadísimo, sin imaginar la vitalidad que sostenía y cómo me miraba sin yo percatarme, con un brillo similar tal vez al de los ojos inquietos, alertadores y rápidos de la ardilla, quizás más pícaros y vivaces pero igualmente eficientes.

–El ojo del lagarto es sensacional, se mueve estando fijo, con la constancia técnica y persistente de un ventilador, se cierra y se abre sin que puedas percibir cómo lo hace, estando inmóvil; impasible y lleno de sosiego escudriña rápidamente su alrededor con gran excitación.

Felipe que había estado escuchando al tiempo que contemplaba la vistosa mujer de los ojos bellos, tomo un trago de vino interviniendo para decir:

–Yo encuentro bellísimos los ojos de la mosca, son colosales, dos bellas burbujas negras y rayonas, fijas, como anteojos de piloto en los años del general MacArthur. Vistos en un microscopio causarían pánico o una profunda admiración, no habría término medio.

Alonso agregó: –No existen, tal vez, ojos con la modalidad expresiva de un caballo en su función de reproductor, pareciera que quiere sacarlos de sus órbitas, fijándolos con vehemencia extrema y angustiosa en su anhelo: la hembra. Aunque no hayamos tenido la ocasión de verlos, imaginamos los del tigre y el león en la misma tarea vital, estoy seguro de que no superarán la destreza que enseñan los del caballo.

El licenciado Aranguren cortó a Alonso para decir: –Los ojos de la culebra tienen una fiereza rígida, inmóvil, que nos hiela, pero no puedes desconocer su belleza; ellos duermen despiertos, parecen “distraídos” y lejanos, como los del criminal cocodrilo, asechando siempre para matar...

–Una conducta de defensa y vida es la del temido alacrán, cuando desvía y tuerce radicalmente su rumbo para enfrentarte, encontrarte, tal vez por desafiante o bruto, entonces, nunca mirarás su armada y ponzoñosa cola o la velocidad resbalada y urgente de su desplazamiento, escrutarás en su sólida negrura o en su terroso y mimético aspecto asociado a su coraza que guardaba distancias superiores, los dos casi microscópicos ojos negros que en enigmático brillo y contradicción lucen inmensamente vivos y destacándose sobre su manto duro y también negro.

–Los ojos con mayor vocación de crueldad en el mundo animal son los del águila; son ojos insistentes y fieros, más rasgados y diurnos que los espectaculares del búho que parecen siempre asustados devorando la oscuridad viva con su negrura, glotones de visión nocturna. Estos depredadores –el águila y el búho– hacen girar prodigiosamente su cabeza para poder otear con sus ojos fijos y laterales. Hay ojos reventones, impulsados por presiones de estómago, sustos o admiraciones, que sustituyen maravillosamente gritos de alarma o exclamaciones por riesgos presentes.

La mujer bonita ya no se veía, tal era el cúmulo de amores que la rodeaban en su lugar. Alfonso agregó: –Quisiera oír su conversación sobre los ojos con todos los hombres que ahora la cercan y la acorralan en su mesa. Muchas expresiones diarias –dijo Alonso–, son realidad del poder increíble de los ojos:

“abrirle los ojos” a alguien, un recurso humano muy utilizado; un gesto de admiración, “clavarle los ojos” al que puede seguir la expresión “comérsela con los ojos”. Hoy nos ha pasado la sorpresa de un hombre que quedó con “los ojos en blanco” ante tanta maravilla vista y escuchada aquí, concluyó Alonso con sus ojos puestos en la mujer que aparentaba, sonreída indiferencia.

## **¡LA BREVEDAD DE LA INMORTALIDAD TERRENAL!**

Napoleón dijo algo así como: “la inmortalidad no existe. Esta solo existe cuando vive en la memoria de los hombres” ... siempre creímos que solo el recuerdo es el nutriente de la inmortalidad terrenal. ¡La evocación!

El tiempo presente se extingue para dar paso al tiempo futuro. De ellos deviene y nace el tiempo pasado. Sólo el pasado puede ser eterno y lo es. El pasado se hace perpetuo ya que no puede ser borrado jamás, ni por intervención divina, quedando estancado para siempre en su perennidad. El presente y el futuro son transitorios mueren al suceder. El presente muere después del hoy y del ahora y sucesivamente muere el futuro al convertirse y luego dejar de ser presente. Llegando todos al lago del pasado donde se estancan permanentemente para siempre. El pasado puede estar vivo o muerto en el sentido de su vigencia, pero el pasado sólo nace para vivir eternamente. Nunca se borra, ni se extingue, ni termina... no claudica.

Alguien señala que lo que fabrica la inmortalidad terrena, en la transitoriedad del tiempo de los hombres, es la literatura. Agreguemos que la pintura y la escultura la acompañan.

Aquí nos referiremos a la inmortalidad terrenal del hombre mortal, no nos refiramos ni nos compliquemos ahora con la inmortalidad y trasmigración del alma espiritual, o pensemos si es el alma “aquella cosa” que acompaña al hombre y lo hace incuestionablemente “racional”, la esencia que lo diferencia y singulariza como ser superior en el reino animal. La que le permite saber que él es. Que existe y que su materia no será inmortal.

La “inmortalidad terrenal” que envilece el corazón y la conducta de los hombres en la búsqueda afanosa de alcanzarla, lleva implícita la transitoriedad y brevedad de lo mortal y lo efímero; muy pocos hombres, “inmortales”, ocupan tiempo largo terrenal en lo inmortal, no sólo en nuestra fugaz vida diaria sino en la ocasional y periódica vida que igualmente los olvida, ensacándolos en una perruna y exigua mortalidad masificada que por ser cualidad de todos, nos iguala en la igualdad política anhelada.

Recordemos ahora que hay un grupo muy selecto, cuyo acontecer terrenal se potenció de tal manera que su recuerdo, al menos para un sector, se extiende y crece en el tiempo para seguir siendo “mortal”.

Alejandro III, el Magno, tiene apuntalada su inmortalidad en su acontecer de conductor, guerrero e inagotable conquistador; esto hace su figura más “popular” y atractiva para la mayoría planetaria, por encima del carisma selecto y privilegiado que guarda la perpetua y constante presencia de Shakespeare o Cervantes. A esto ayuda no sólo su apasionante y abundante contenido histórico que puede estar entre los más intensos historiados por los hombres de todos los tiempos, sino por las leyendas y mitos que la dimensión humana les otorga y abona a la espectacularidad de su tránsito terrestre que se repite continuamente por la remembranza de su añoranza que la fija en la memoria.

Alejandro murió en su mejor edad, muy temprana, 33 años apenas y en el centro de su éxito brutal que transformó social geográfica y económicamente a Grecia dándole presencia universal y bienestar al alcanzar el poder. En consecuencia, su saga oral “es inmortal” ha ido de boca en boca a través de 2.323 años, leída, aplaudida y reconocida. Esto trae atada otra verdad: el poder que ejercía en aquel momento lo plasman sus retratistas y escultores en obras de gran belleza, en esculturas o mosaicos que emanan una figura humana fuera de lo común, proyectándolo para nosotros no sólo como ser perfecto, sino apasionadamente mitológico y legendario.

Los hombres vivos del siglo XX que pasaron al XXI, jamás pensaron que la inmanejable mortalidad de lo inmortal se dibujaría con la intensidad que lo hace, estimulada tal vez por la velocidad del computador. La egiptología, que desarrolló para la humanidad la verdad milenaria de aquellos reyes y faraones y los relatos filosóficos humanos o culturales de griegos o romanos, no fue suficiente para que los hombres del siglo XXI comprobaran la obcecada realidad de la restringida y breve inmortalidad terrenal de las cosas mortales.

Nuestros hombres “eternos” están durando poco. Napoleón, Bolívar y De Gaulle, con Luis XIV, podrían dormir tranquilos, pues, sin quitar derecho histórico a quienes quieren apagar la memoria soberbia de Bonaparte, o el éxito de espada y talento de Simón Bolívar, o la consolidación de la Revolución Francesa y burguesa, estabilizada hoy en la V República de Francia, consolidada por el republicano de la contemporaneidad, Charles De Gaulle, parecieran ser hijos del respeto y la estabilidad universal. Hoy nadie puede asegurar que no será sacado de su tumba de paz y gloria “inmortal”, por algún comeandela precursor de habladeras existenciales que pretenden o quieren cuestionar, –nos guste o no–, una verdad histórica que nos enseña, verdades buenas o malas sucedidas.

La brevedad de lo inmortal conduce la presencia finita del hombre sobre la Tierra; ella lo saca del silencio ingrato del olvido. Esa brevedad de lo inmortal requirió de siglos para cuestionar severamente a Nerón o para aplaudir la verdad de Galileo, distorsionada en su momento. A la manera inmortal de lo mortal, Hitler será inmortal como símbolo de maldad condenada y no deseada. Los Vándalos serán recordados en la inmortalidad histórica de lo no anhelado y, en consecuencia, morirán históricamente cuando se repletan más los archivos mundanos con sus recuerdos ingratos.

Pero lo más original es que quienes hemos vivido en ventaja increíble los merecimientos “inmortales” de hoy, nos encontramos con que en Juan XXIII y Lenin, símbolos ideológicos inconfundibles de la inmortalidad terrenal, pues el primero representa un revolcón o al menos un cambio en la Iglesia Católica Romana, renovada por su convocado concilio, aún no sabemos si para sanearla o mermarla, pues su proceso de cambio es joven aún. Este poder milenario que, por supuesto no acompaña a otros, hace a ese Papa trascendental y único por los cambios generados por su acción renovadora que no acompañan al común de los mortales, igual sucede con Lenin.

Juan XXIII fue un Papa pleno de bondad y amor. Quiso dar y dio esa visión, no sólo como hombre manso y bueno, sino con el producto fundamental de su ejercicio pastoral: el cambio dentro de la iglesia. Si los Papas sucesivos, incluyendo a Wojtyla, el polaco Juan Pablo II, siguieron ese surco profundizándolo, corrigiéndolo o prescindiendo de él, es temprano para señalarlo. La última inmediata elección de nuevos cardenales para la iglesia, serán votos convertidos en tendencias a la izquierda o la derecha dentro del conclave que, indudablemente y dado el poder Papal, sumarán en la próxima elección. Esa será la iglesia que indicará en profundidad ideológica y doctrinaria, lo que Juan XXIII logró o no con su renovación tangible para el pensamiento católico. Las variaciones externas de ceremonias y liturgias que han modificado el culto no son suficientes para observar la mutación y la situación doctrinaria de una institución milenaria y por ello sirven menos para deducir si estas metamorfosis han sido positivas, correctas, necesarias o reales y moldearan la inmortalidad terrenal de aquel Papa.

Sin lugar a duda, la Iglesia conduce como institución una inmortalidad terrenal; en ella se concentran los últimos dos mil años de continuidad, que no representan la inmortalidad ni lo infinito como abstracciones o tangibilidades, pero que sí insinúan y representan esa “perennidad” efímera terrenal que el hombre ha querido alcanzar con la gloria, para marcarla en el mármol o en el bronce de lo “eternamente” transitorio. Esta es la inmortalidad terrenal que ahora Juan XXIII y Lenin nos obligan a desmenuzar. Eso es el logro inmortal de la mortalidad terrena de los hombres.

Juan XXIII, ahora santo, acaba de ser exhumado con gran despliegue noticioso. No entremos a considerar el estado de su cuerpo impoluto, impresionante y estupendamente conservado, aunque para lograrlo lo hayan precedido agregados químicos, pero no es éste el problema. Juan XXIII representa un momento que pretendió ser intensamente ideológico, en consecuencia, la salida de su cuerpo del mausoleo represento recuerdos y renovaciones en muchos sectores de la cristiandad. Hasta este momento –y lo será en lo sucesivo–, si nos atenemos a la forma en que la Iglesia se conduce, no existe la más mínima disidencia frente al reconocimiento del mundo y de la Iglesia Romana para con el Papa bondadoso. San Juan XXIII sale de su túmulo para irse a ¿otro de mejor ubicación?, tal vez de mayor rango, que permitirá exhibir su cuerpo ante los fieles católicos y el mundo, una señal de continuidad, una extensión de su inmortalidad terrenal producida fundamentalmente un acto de consenso y diálogo político en la Iglesia Católica Romana de hoy, un reconocimiento a la “inmortalidad” terrenal que continúa siendo mortal.

No ha sucedido igual con el marxismo y su hijo el comunismo, venidos a menos desde la caída del Muro de Berlín que rompió la hegemonía europea oriental y rusa de aquel imperialismo autoritario soviético, dando por finalizado el largo proceso de guerra fría que finalizó con el arribo “neocomunista” de Gorbachov y el nacimiento de un nuevo polo o extremo que trata hoy de ocupar, no una guerra fría de fondo ideológico como aquélla –tal vez ahora anhelada– que conocimos, sino una guerra religiosa y de civilizaciones que se pretende soportar en la crueldad tangible y cierta del terrorismo más no en el comunismo fracasado.

Muertos Stalin y Mao, Stalin olvidado y rechazado y Mao absolutamente mermado en su gloria por la presencia de una nueva China, nos convence de una inmortalidad cuestionada o al menos mezquinamente manejada por el siguiente camarada, pero nunca hasta el punto de que trajo la posibilidad histórica increíble, o tan remota que nadie osaba discutir o plantear, de un nuevo entierro de Lenin en otro lugar, por supuesto menos trascendente. Digámoslo: “menos inmortal”, que el que ostenta en su poderoso mausoleo de Moscú, que tanto nos impresiona por su solemnidad y decoración. Dicho de otra forma, robarle su inmortalidad terrenal y sacarlo de su mausoleo en la plaza Roja... para empezar a “olvidarlo”. Lenin yace en un gran mausoleo, que al ser visitado implica recogimiento, trayendo de inmediato la idea de veneración depositada en la inmortalidad terrenal que ahora más débilmente él sustenta, su mausoleo muchas veces renovado pero jamás movido de la plaza Roja y aún no igualado a la brevedad sucedida con el nombre de Stalingrado, que no fue inmortal y que volvió a ser San Petersburgo abandonando aquellos nombres de Leningrado

primero y luego ese de Stalingrado, los cuales sostuvieron inmortalidades demasiado transitorias y breves.

Lenin, después de su indudable gloria hace 72 años (1930), reposa en aquel austero pero ostentoso mausoleo en el centro de Moscú, tan adherido a la majestuosidad de la inmensa y bella plaza Roja, cercana a las bellísimas torres bizantinas de la extremadamente trabajada catedral de San Basilio, casi al lado del enorme Cañón del Zar y la campanota de la Zarina, cuyos cuerpos mortales y transitorios ya no están por esos lares y han mantenido una inmortalidad terrenal más débil y transitoria que todos.

Lenin se llamó Vladimir Ilich Ulyanov, más fácil para un político fue llamarlo Lenin; ingresó a la revolución antizarista por la puerta de la social democracia (P.O.S.D.R), de donde surgieron sus bolcheviques que traducían simplemente *mayoría*, pero que Lenin condujo hasta el marxismo comunizando su existencia. Murió en 1924 a los 54 años.

Se dice que Lenin está bien conservado porque ello fue preocupación y atención constante de los comunistas, que glorificaron su memoria por haber sido junto a Marx y antes que Stalin y Mao, el soporte fundamental del marxismo vivido, realizado y tangible, también por los cinco mil dólares diarios que todavía paga el Estado Ruso para mantener su cuerpo en esa admirable cámara de oxígeno puro y luz mantenida hora a hora y por la presencia de tres médicos que sustentan esa todavía deseada “inmortalidad terrenal”, y el cuartelito que se mantiene para rotar funcionarios y guardias que cuidan el importante muerto. Lenin creó el marxismo práctico y su aplicación, pues Marx dentro de su trabajada y brillante obra política apenas teorizó sobre el comunismo, pero decenas de esas utópicas y teóricas tesis y aplicaciones son hoy un producto absolutamente leninista. Allí radica la veneración que los comunistas ortodoxos tienen por él; Lenin representa una tendencia política e ideológica dentro del marxismo denominada “marxismo-leninismo”, frente a otras formas menos ortodoxas y más pragmáticas y secundarias, como el estalinismo el castrismo y el maoísmo, variantes de este trocú ideológico.

Lenin fue un teórico y un hombre de acción; esto lo llevó a liderizar el movimiento comunista dentro de la revolución soviética, cobrando para el marxismo la conducción y jefatura de esta, derrotando a la social democracia que con él competía. Fundador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en 1922, unificó férreamente la Rusia dispersa dentro de un severo autocrático y disciplinado centralismo, acentuando y concentrando la formación de esa Unión de Repúblicas Soviéticas; el fracaso de sus proyectados movimientos revolucionarios en Europa le permitió dedicarse más a la Unión Soviética que él fundó y que “consolidó” Stalin con crueldad.

Lenin concentró el Estado, transformó una revolución democrática en marxista y combatió la idea de guerra mundial, pues sostenía que ésta era una forma de expansión burguesa del capitalismo. Por eso firmó rápidamente la paz con Alemania en la guerra mundial que le tocó vivir.

El Soviet era el congreso de delegados de los obreros; por eso ese inicio existió también en la China Soviética. Lenin no creía en el otro “izquierdismo” socialista que pregona una posición frente al liberalismo político y económico, sostenía que “ese izquierdismo es una enfermedad infantil del comunismo”. Fue audaz y recio, con una ensañada vehemencia que condujo su causa; absolutamente dogmático y férreamente radical, la disciplina fue su norte. No le angustió sobremanera la exportación de la revolución marxista, como sí le sucedió a Mao Tse Tung y su guerra de guerrillas.

Después de 84 años de hacerse tangible la revolución marxista, que hasta 1917 había estado sostenida sólo en el manifiesto comunista de 1848 y en el “capital” de Karl Marx y en Lenin, que hoy cambia radicalmente un denso sector de la nueva Rusia capitalista e imperialista como ha sido su conducta histórica. Sea con zares, comunistas, o renovadores hoy, se pretende “desenterrar a Lenin”. Dicho de otra forma, sacar su cuerpo del mausoleo cuyo cristal “milagroso” lo ha enseñado al mundo desde 1930 y llevárselo a las fosas comunes “más mortales” que utilizamos los demás; no irá a un sitio más jerárquico ni lo cambiarán a un sitio mejor como a Juan XXIII, sino que debilitada la tesis comunista en el mundo, más por fracasos de estómago que por ideología, se discute sacar al “inmortal” Lenin y llevarlo a un túmulo en uno de los muchos cementerios que tiene la inmensidad del Moscú de los muertos. De hecho, ya disminuyó la inmortalidad terrenal de Stalin al ser sacado por Nikita Jruschov de su mausoleo de cristal al lado de Lenin para llevarlo a una fosa menos inmortal que aquel mausoleo colosal que tanto nos impresiona... olvidándolo.

¿Inconsecuencia? ¿Inmortalidad transitoria y brevísima? Las dos cosas tal vez. Lo cierto es que Lenin está a punto de fallecer nuevamente, si Putin acepta el deseo liberal de sacarlo de su templo ideológico. Se ataca la permanencia del notable soviético que descansa en aquel resguardado y cuidado mausoleo de cristal, poco después de su “reciente” muerte en 1924, que lo elevó a la inmortalidad terrenal sustentado en su recuerdo. Sería poco tiempo para llamarse inmortal y para la vida de un mortal que se da el lujo de quedarse plantado y vivo de verdad en el planeta hasta por mil y más años.

El gobernante ruso Putin, mantiene una menguada Unión Federativa Rusa y no pierde oportunidad para estabilizar el nuevo régimen ruso, se apoya en un sistema que camina hacia la democracia y el capitalismo que desea fortalecer ahora, pues así como Lenin, cuando implantó su dictadura del

proletariado se percató de que aquella Rusia no estaba industrializada y en consecuencia carecía de un proletariado fuerte como entonces tenían USA, Inglaterra y Alemania, también Putin ahora –en la Rusia de hoy– quiere una clase media estabilizada y real y una unión de repúblicas liberales Rusa. En consecuencia, debe estructurarla política, social y económicamente para consolidar esa “democracia” que organiza.

Putin sale en defensa clara de la evocación comunista que representa la presencia del cadáver de Lenin oxigenado en el visible mausoleo de la plaza Roja de Moscú; se “opone” a que lo saquen de allí; en defensa –dice él– de una verdad histórica que existió. Pero en cambio Putin, propugna un nuevo sistema nacido del Glasnost y la Perestroika, heredado de Gorbachov que derrumbó el Muro de Berlín, quiere algo tan importante o mucho más importante que el traslado o no de los restos de Lenin: Putin quiere y está pidiendo públicamente a los comunistas rusos cambiar el nombre del partido comunista ruso por el de “Partido Social Demócrata del Pueblo” para regresar al origen, dice, de la revolución rusa antes de ser bolchevique. Busca con esto el habilísimo Putin, sustituir el sonido, el recuerdo y la imagen del comunismo ideológica y totalmente; piensa que esto sería más importante pues lo acercaría más a la idea de democracia y libertad que desea implantar, como contraposición a la “dictadura del proletariado” que el comunismo dogmáticamente generó. La inmortalidad terrenal de Lenin se hace con esto más política que glorificadora y seguirá existiendo a cambio de esto. Con gran talento dejar en su mausoleo a Lenin, pero borrar el recuerdo ideológico de la Unión Soviética fabricando la social democracia que hábilmente derrotó Lenin y mantener los votos comunistas que todavía vegetan en la actual dieta rusa... es una astucia y genialidad política de Putin, que con el cadáver de Lenin y su mantenimiento mantienen la adhesión en la dieta rusa de los pocos comunistas que quedan en ella.

El dogmatismo que Lenin cultivó con su centralismo autoritario y disciplinado, no le permite ya hoy ser “padre de Rusia”, sino “el padre de la Unión Soviética”, desaparecida que es una cosa muy diferente. Esta razón poderosa y absolutamente política, no le permite ser el padre de todos los rusos, como si le permite a Washington, Bolívar, Martí o a Gandhi ser padres de sus naciones, más por razones de nacionalidad genérica que por razones políticas específicas. Pero la realidad histórica de Lenin a setenta y más años del régimen comunista, obligarían en justicia a dilucidar el regreso a la mortalidad de Lenin, mediante un referéndum, para que siga o no el descanso de su oxigenado cuerpo; no sólo sería más democrático sino más justo, no importa que Stalin no compartiera esta idea, pero es la única forma de reivindicar el respeto mutuo que aún debe conducirse en la Rusia de hoy.

De cualquier manera, Lenin es creador fundador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), pero la Unión Soviética ya no existe; en consecuencia, Lenin no tendría derecho histórico a presidir a Rusia ni a “disfrutar” de una inmortalidad terrenal y allí está el fundamento de la transitoriedad y brevedad de esta. Esto al menos ha sido ya, severamente cuestionado.

Es histórico y curioso poder asistir vivos a esta singularidad, poder estar presentes en una humanidad que pasados 77 años de una muerte “inmortal”, pueda asistir ahora al “entierro mortal de Lenin”, ¡un inmortal de impactante brevedad! ¡Un inmortal demasiado transitorio para llamarse así! Solo que la inmortalidad terrenal creada en la imperfección de hombre no es eterna sino transitoria y mucho más... cuando es fundamentalista y crea radicalidades concluyentes.

## ASESINOS DEL AGUA

En la corta experiencia de “llanero asimilado” vivida, quizás el mayor impacto fue el que nos entregaron los peces caribes, instruido por el viejo caporal Don José, llanero de minuciosa y vieja observación, con quien hablé en noches de insomnio y mosquitos, de mil historias sobre este devastador pez de singular vida. Las pirañas o caribes nos han llevado a creer que estamos frente a una de las criaturas más asombrosas de la creación y de las más eficientes para la asepsia –en su caso, específico de las aguas–.

El Orinoco y el Amazonas, en sus colosales masas de agua y recorridos, son quizás la expresión tropical más simbólica y monumental de la Tierra. Contienen misterios de vida en todos sus rincones, sus aguas de gigantescos caudales trasladan por sus cauces y afluentes el mayor volumen acuoso y de vida en el planeta.

La Orinoquía, la Amazonía con el llano, hacen la inmensidad del área tropical que se extiende desde sus márgenes en espectáculo hermoso de ramificación de aguas sucesivas e interminables que forman los miles de ríos y caños vivificadores de la selva y surtidores de pantanos, lagunas y esteros.

Todo dentro de aquella masa de agua de las cuencas de estos ríos que es singular y único, sus plantas son sensacionales y de una variedad impactante. Sus caimanes y culebras son los más grandes del mundo, tienen una planta: el lotus gigantesco de hojas flotantes desmesuradas y exóticas que pueden soportar tu peso sobre el agua y también los árboles más altos del planeta.

El área venezolana de estas partes llena todas las expectativas y creaciones posibles de la naturaleza. Venezuela cuenta allí con decenas y decenas de maderas preciosas, agrupadas en bosques y selvas ubicados en todas las alturas, desde el bosque húmedo y lluvioso a tres mil y tantos metros, hasta el bosque que llega hasta el mar para besar la costa acompañada de innumerables minerales, riquezas, aguas y animales.

El río Orinoco en la inmensidad de su ocupación terrenal, sedimentó la Guayana venezolana por siglos; posee los parajes más bellos y exóticos que contienen inmensos saltos –grandes cascadas– como el Salto del Ángel y los tepuyes<sup>21</sup> misteriosos que sucesivamente la ocupan. La región tiene en su norte y el oeste al extenso llano venezolano que crece hacia la República de Colombia, Perú y la selva brasilera; y hacia sus costados se hace homogénea y única geográficamente, formando la selva amazónica. Ese llano está plagado de esteros<sup>22</sup>, ríos y caños de mil tamaños y muchas lagunas que cobijan la gran fauna acuática donde los peces son tan variados que difícilmente puedan ser imaginados, si no se contemplan, pero sin duda, está el mayor número de peces de agua dulce del planeta tierra.

Esta región, cuya intensidad ocupa el hermoso sur venezolano, está habitada por diversas tribus indígenas que le dan consistencia ecológica y creativa. Entre las muchas tribus y familias que la ocuparon, se destacaron mundialmente los indígenas Caribes, luchadores incansables contra el conquistador. Continentalmente ocuparon las costas de Venezuela y se extendieron hasta las islas del mar Caribe, eran indomables, agresivos y diestros combatientes, vivieron intensamente sus amores con el agua prodigiosa de su extenso hábitat en comunión con el mar tropical. Gabriel García Márquez, hispanoamericano, cartagenero y caribe, evoca, como símbolo suramericano a esos caribes, él habla del amor caribe, del sentir caribe y de una conducta caribe, como expresión de gloria y dignidad.

La sensualidad viva y estelar de sus movimientos arrolladores, el vigor brusco ondulante de los “peces caribes” que rebasan el agua buscando su presa viva, sólo son comparables en contraposición a los fuertes estertores de su propia agonía en la torpeza de sus saltos incoherentes, briosos y agresivos cuando se les saca del agua.

En esas aguas tropicales de Venezuela, vive este pequeño y temible depredador del agua dulce: el pez caribe, separado sólo por la realidad fronteriza y del idioma de su hermano gemelo brasileño, la piraña (pirahna), ocupante de las aguas del Amazonas brasileño.

El pez caribe dominador, debe su nombre a aquellos aborígenes descritos; es poderoso, y está colectivamente organizado para matar; en sus múltiples variedades constituye una sola y terrible realidad, es un limpiador implacable de las aguas inagotables de la selva y del llano tropical suramericano. La mayor parte de sus especies no supera los veinte centímetros, son plateados, algunos moteados y atropelladamente fulgorosos; en sus revolcones de carne, huesos, sangre y muerte, su combate ilumina la superficie del agua, compitiendo con el sol o con la luna indistintamente, en la refulgencia que de sus cuerpos que se enseña como hojas de plata que se van amoldando en danzas de atropello feroz al agua viva que acompasa sus rápidos movimientos de voluptuoso brillo.

---

<sup>21</sup> Formaciones cilíndricas y huecas que contienen singulares plantas y fauna y que ocupan el territorio de la Guayana venezolana.

<sup>22</sup> Depósitos de agua, pantanos, viveros extraordinarios de fauna potenciadores de todo género de vida.

En las aguas de la Orinoquía llanera o bajo los árboles inmensos que escurren su sombra sobre el agua y las lianas gruesas que tejen y se abrazan a la selva para soportar las plantas trepadoras de gigantes vegetales hojosos, los caribes hierven impactantes, esperando presurosos e inquietos su presa, que en el llano a veces la aporta el propio hombre o sus ganados o en la entrega de vida de monos, venados, pájaros, chigüires, tapires o peces débiles. Los caribes están en todas partes, sus núcleos de vida son como colmenas del agua, miles esperan en los grandes espacios y decenas o cientos en los más pequeños, siempre atentos y seducidos por el movimiento.

Ese pez tiende a redondearse como moneda gorda; su cabeza es menuda, de ella nace una potente mandíbula inferior, preponderante de la superior, desproporcionada, eficaz e incontenible que ocupa más de un tercio de la cabeza hasta morir en sus agallas. Ese maxilar terriblemente destacado y literalmente aglomerado de dientes desproporcionados, soportados en una fila apretada semejan puñales blancos en forma de triángulos filosos y sucesivos, que se funden con el cierre de las mandíbulas, donde la superior, construida sólidamente, soporta, amortiza y recibe los golpes y el traqueteo indetenible de su arrollador masticar; criminal y ausente de toda piedad, arremete enérgico con una elasticidad y una capacidad de expansión tremenda ambas salidas de esa hábil boca, realmente descomunal y construida para devorar la vida.

Sus ojos son grandes y negros, no podríamos con seguridad decir si le imprimen o le restan fiereza, pero se destacan mucho en su cabeza; el ojo y la mandíbula inferior ocupan aquélla casi totalmente. Esos ojos parecen hechos para ver mucho en la distorsionada distancia del agua, que allí la acompaña la turbidez del aluvión constante o el enrojecido color de vino que dan esas hojas. Sus ojos nos ofrecen la idea de que también están allí para mantener el nerviosismo sostenido de su agitada, inquieta y móvil observación, a la espera de la presa que angustiosamente no acaba de llegar o caer al río, pero que ellos aguardan con la certeza de que llegará pronto.

Su cuerpo supera el resplandor de una moneda de plata, su lomo es gris acero vence el intenso argentado de sus costados, que le dan tanta autonomía de luz a su vientre y a las agallas que en una variedad muy común se hacen extremadamente llamativos en el “caribe colorao”, el más popular; lleva allí un naranja intenso que se destaca más por un sólido punto negro que nutre su espectacular color nítidamente.

La plaga acuífera de la piraña es apaciguada y diezmada por un depredador carnívoros de sus millones de alevines: “el pavón”, hermoso y atractivo pez deportivo venezolano, que llega a sobrepasar los diez kilogramos, y es primo de otro cíclico de Norteamérica: el carnívoro Bass.

En los nuevos siglos le apareció al pez caribe otro nuevo depredador que lo agota: el hombre. Hace años el caribe no se comía por especulaciones mitológicas de muertes humanas casi diarias, esa idea de devorador de carne humana y de carroña, lo hacía olvidar por el hombre a la hora de la mesa, por esta causa al llanero le repugnaba su carne, pero la mengua de la caza alimentaría por el severo deterioro ambiental y social revivió la aceptación y deseo de comerlo. En mis visitas al Llano pude constatar el gusto y asiduidad con que se devora hoy el pez caribe en la mesa ahora abreviada del campesino, olvidando sus muchas espinas y hábitos caníbales.

Sus ataques masivos crean el terror en aquellas aguas tropicales, las vacas muchas veces se ven sin algunos de sus valiosos pezones dejados en la boca de algún caribe solitario y atropellado. El escándalo de su ataque mortal no es ni siquiera comparable al del temido cocodrilo o caimán que abunda con ellos. Se convierten, al depredar, en una masa plateada viva y luminosa, el agua parece hervir tal es la escandalosa ebullición fría que la hace salpicar por todas partes. La efervescencia se prolonga y se multiplica, aunque no por mucho tiempo.

Don José decía que devoran un cerdo de 100 kilogramos en algo menos de 7 minutos. En el primer minuto, ya víctima y victimarios escandalizan la selva con estertores ruidosos de muerte y el escándalo acuático estimulado por presencia de la sangre, completándose así la convocatoria masiva de caribes diligentes, más urgente y aniquiladora que la del tiburón. Unos litros de sangre sobre el agua y habrá en pocos segundos allí miles de caribes haciendo hervores para esperar ansiosamente lo que llega con ella.

Al caer sobre la presa, lo hacen masivamente, muerden y arrancan todas sus partes vitales con furia, poder y consistencia. Al morder se contornean y giran sobre sí mismos para arrancar y desprender voraz y glotonamente en forma insaciable cada trozo de carne. Tras su labor, va quedando un esqueleto blanco y limpio al que le han quitado todas las partes blandas. A la convulsión, asisten caribes de muchas familias y especies; en Venezuela existen más de nueve familias conocidas diferentes, como el caribe dorado; el caribe moricharero de las aguas estancadas; el caribe pinche, más alargado que todos; el caribe azul; el caribe lagunero; el caribe jetudo, de boca más grande. Otro, “el caribe mondonguero”, el más pequeño de todos, debe su nombre al mondongo del animal: entra perforándole su vientre o por sus orificios y agujeros ampliados a dentelladas, lo penetra para engullir sus vísceras y tripas interiores, (el mondongo) mientras sus otros primos lo consumen desde afuera.

El caribe es diligente al comer, no sólo por lo “guloso” o por su avidez de sangre, sino por la feroz competencia que representan los miles o cientos de compañeros cuya urgencia devoradora no permite mayores reposos ni calma alguna para tragar el macabro y enardecido festín de carne y sangre.

El caribe, además de hambriento, es vicioso de sangre y el movimiento de estertores lo excita y exaspera colectivamente en forma impresionante. Viví una experiencia inigualable por su rapidez y voracidad. Un llanero traía en su anzuelo un pez bagre rayado de varios kilogramos, venía vencido y moribundo después de su pelea con la cuerda; sus movimientos eran por eso incoherentes y reflejaban su débil estado, sólo esto bastó para que el bagre fuera atacado por los caribes; el pescador sólo logró sacar su espinazo limpio y la cabeza que llegaron a la orilla, esto sucedió en pocos instantes.

La pesca del caribe se hace colocando al final del nailon, antes del anzuelo, un trozo generoso de guaya de acero, esto impedirá que sus invencibles dientes corten el cordel normal de pesca. El caribe destroza cualquier red para liberarse de ella. Pero la misión del caribe no es sólo asesinar, es un excelente limpiador del agua, evita la pudrición infecciosa del río, elimina en eugenesia la fauna enferma, es un indudable protector de la densamente rica agua tropical que se llenaría de impurezas sin él. La piraña, impregnada de muerte, hace también la vida, sus revolcones oxigenan el agua encharcada. Este pez, singular habitante del norte suramericano, hace la saga del acontecer guerrero de un continente que procuró siempre la dignidad de su gente y de sus siglos, representante de una variedad animal y vegetal ciertamente exuberante y diferente, hecha para distinguirse y resistir el atropello del tiempo y recordar siempre la amalgama aborigen, fundamento de un proceso cultural y símbolo de una nueva raza: ¡Los Caribes latinoamericanos! Cercanos a la prehispanidad de Perú y México, éste último protegido por la pluma caribe de Carlos Fuentes.



**La Grilla**, Bernardo Celis Parra



Este libro de catorce relatos y cuentos es el primero que se publica en este género. 'La Grilla' título del libro, es la historia de dos grillos parameros andinos a los que el autor pudo observar largo rato haciendo el amor debajo de un frailejón.



El cuento milenario 'El Cuento de Mérida' que envuelve el período prehispánico de nuestros aborígenes y su acontecer hasta el paso de El Libertador en la campaña admirable, fue un homenaje a la Mérida (Venezuela) amada en sus 450 años de existencia singular y única. ¡El libro lo contiene como un cuento especial!

El resto de los relatos y cuentos son un acopio de tiempo, en su devenir existencial, unos son hechos de la creatividad, y otros sucesos adornados y enriquecidos con agregados de muchos momentos vitales, donde leyendas y región llegan a sus recuerdos de niñez, pubertad... cosas de ayer.

Los personajes y los tiempos de esta obra le permitirán pasearse por la historia, detallar sus actores y el pensamiento que los acompañó; una síntesis del denso proceso cultural que acompaña a la historia de la humanidad. El mestizaje, que modeló el culto pueblo merideño en todos sus rincones y detalles, es brillo civilizador que con la Universidad moldeó prodigiosamente el acontecer de Mérida.

ISBN: 978-980-11-2101-5

